

CRÓNICAS
SOBRE HOMBRES
POLICÍAS, VÍCTIMAS
EN EL CONFLICTO
ARMADO INTERNO
COLOMBIANO

El país cuenta con cientos de historias con distintos matices que no se terminarían de contar. Lo cierto es que, solo quienes han vivido la inclemencia del conflicto armado interno pueden entender, el sufrimiento causado y el dolor que aún vive en sus recuerdos, que no es más que, el resultado de la ambición del ser humano. Las víctimas no son simplemente una cifra más, son un cúmulo de sentimientos y experiencias, que luchan día tras día para sobrellevar el dolor y la tristeza de la violencia que persiguió sus vidas.

El ser policía tiene un significado detrás de cada integrante de la Institución y como no, de su familia, lo que contribuye en gran forma a los ideales que se mantienen dentro de la sociedad y que fundamentan el sentido de servir, ayudando de una u otra forma, a visualizar el esfuerzo y dedicación que se infunde en cada acción construyendo un país mejor.

Por esto, la Policía Nacional, bajo la dirección de la Unidad Policial para la Edificación de la Paz (UNIPPEP), a través del *Área de Historia, Memoria Histórica y Víctimas*, focaliza su esfuerzo en dos pilares fundamentales: el ser humano y el servicio de Policía, aportando en la construcción de la Memoria Histórica del país, por medio de este tipo de iniciativas que permiten reconocer, el esfuerzo y sacrificio de miles de personas que: vistieron el verde aceituna y no se rindieron hasta alcanzar un objetivo “salvaguardar la vida de muchos que no conocían, sin importar el precio de su ausencia o desgracia”.



www.policia.gov.co



- @PoliciaColombia
- www.policia.gov.co
- /Policia Nacional de los Colombianos



POLICÍA NACIONAL DE COLOMBIA • EDIFICADORES DE PAZ



Edificadores de PAZ





Edificadores de PAZ

**CRÓNICAS SOBRE HOMBRES POLICÍAS,
VÍCTIMAS EN EL CONFLICTO ARMADO INTERNO
COLOMBIANO**

POLICÍA NACIONAL DE COLOMBIA

Edificadores de PAZ

Publicación de la Policía Nacional de Colombia

Coronel

JUAN CARLOS CASTELLANOS ÁLVAREZ
Jefe Oficina de Comunicaciones Estratégicas

Teniente

EDWIN ALEXÁNDER PULIDO TORRES
Jefe Grupo de Diseño, Publicaciones e Identidad Visual

Imágenes e ilustraciones

Fotografías obtenidas de los familiares de las víctimas e integrantes de la Institución

Diseño, diagramación e impresión

IMPRENTA NACIONAL DE COLOMBIA
www.imprenta.gov.co

ISBN: 978-958-8698-29-8

Bogotá, D. C., julio de 2020

Las opiniones expresadas en esta obra son responsabilidad exclusiva del autor y no necesariamente reflejan la postura de la Policía Nacional de Colombia.

Se permite la copia de uno o más apartados completos de esta obra o del conjunto de la edición, en cualquier formato, mecánico o digital, siempre y cuando no se modifique el contenido de los textos, se respete su autoría y esta nota se mantenga.



General

OSCAR ATEHORTUA DUQUE
Director General Policía Nacional

Mayor General

GUSTAVO ALBERTO MORENO MALDONADO
Subdirector General Policía Nacional

Doctora

CECILIA MARÍA VÉLEZ WHITE
Rectora Universidad Jorge Tadeo Lozano

Coronel

ALBA PATRICIA LANCHEROS SILVA
Jefe Unidad Policial para la Edificación de la Paz (UNIPEP)

Codirectores del Proyecto

Teniente Coronel

FERNANDO JOSÉ PANTOJA CUÉLLAR
Jefe Área de Historia, Memoria Histórica y Víctimas - UNIPEP

Mayor

JUAN PABLO ORTIZ RAMÍREZ
Jefe Grupo de Historia, Memoria Histórica y Contexto - UNIPEP

Docente y Periodista

ÓSCAR DURÁN IBATÁ
Director del CrossmediaLab de la Universidad Jorge Tadeo Lozano

Investigadores

Mayor

EFRÉN YEZID MUÑOZ MORALES
Enlace de Policía
Fiscalía General de la Nación

Capitán

RAFAEL EDUARDO MURCIA CÓRDOBA
Enlace de Policía Centro Nacional de Memoria Histórica - UNIPEP

Magíster

MARÍA VICTORIA PÉREZ POVEDA

Estudiantes del Programa de Comunicación Social - Periodismo de la Universidad Jorge Tadeo Lozano

Camila Andrea Lozano Delgado
Érica Jiménez Torres
Meredith Peñuela Rojas
Íngrid Ramírez Fuquen
Angi Viviana Yanguema Ayala
María Camila Botero Castro

Edición

Capitán

ANGÉLICA LORENA SALAZAR
TIBAQUIRÁ
Enlace de Policía Centro Nacional de Memoria Histórica - UNIPEP

Revisión Jurídica

Brigadier General

PABLO ANTONIO CRIOLLO REY
Secretario General Policía Nacional



Dedicatoria

A Dios por ser la fuente de inspiración
y director de esta obra.

A mi familia y en especial al mejor policía
del mundo, mi padre.

A todos los integrantes de la Policía Nacional de
los colombianos que han ofrendado hasta su vida
en el cumplimiento de su deber constitucional,
en especial a esos héroes anónimos que durante
vastos períodos de violencia fueron víctimas.

A las familias que hoy sufren la ausencia o el dolor
de un ser querido que vistió el verde aceituna y
que, a pesar del dolor, compartieron momentos
que se traducen en memorias.

Capitán Rafael Eduardo Murcia Córdoba

Investigador en ciencia, tecnología e innovación
Unidad Policial para la Edificación de la Paz



Agradecimientos

Reconocimientos especiales a los integrantes de la Unidad Policial para la Edificación de la Paz, en especial a los funcionarios del Área de Historia, Memoria Histórica y Víctimas; a la Universidad Jorge Tadeo Lozano, al Departamento de Comunicación y Cinematografía y a su CrossMediaLab.

Esta obra se enriquece a partir de los relatos, testimonios y vivencia de los familiares de las víctimas e integrantes de la Institución que aportaron en esta construcción narrativa. A Felipe Arias Londoño por sus aportes que enaltecen estas experiencias de vida.



Contenido

<i>Prólogo</i>	
Felipe Arias Londoño.....	10
Las respuestas que nos da el tiempo.....	15
“Hoy se está vivo y mañana quién sabe”.....	25
Abandonarme a su encuentro.....	33
El corazón del león.....	47
Un hombre de autoridad.....	57
El ADN del amor.....	67
A pesar del miedo.....	77
Entre risas y dolores.....	89
De lluvia y otros recuerdos.....	105
El ser humano bajo el uniforme.....	117
El amor hacia un uniforme le salvó la vida a todo un pueblo.....	129
Soy feliz porque perdoné y Caquetá fue el escenario.....	141
<i>Epílogo</i>	
Mayor General, Gustavo Alberto Moreno Maldonado.....	150

A portrait of Felipe Arias Londoño, a man in a pinstriped suit and tie, smiling slightly. The background is a blurred office setting with shelves of books. The entire image has a blue tint.

Prólogo

FELIPE ARIAS LONDOÑO

Periodista y presentador de noticias colombiano

¡Ser policía es una profesión para valientes! Y así queda demostrado en este libro, el cual consigna de manera juiciosa y detallada, historias de uniformados que entregan todo por los demás, incluso hasta su propia vida. EDIFICADORES DE PAZ se convierte en un valioso documento de la Policía Nacional para el país en una etapa compleja de renacimiento, de perdón, de caminar hacia la justicia. El lema *Dios y Patria* está diáfananamente plasmado en estas hojas que relatan dramas y glorias. Las crónicas contienen detalles de los ingentes sacrificios no solo de los uniformados, sino de sus familias. Es desgarradora la desolación que la violencia armada deja en viudas, huérfanos, madres y niños con el corazón roto; familias enteras que sufren la ausencia y el dolor.

Estos valientes policías han tomado un camino difícil cuyas cuestas empinadas llevan a la cima bordeando siempre un profundo abismo que sugiere un temprano fin.

En este escrito hay una transversalidad y es la parte humana de cada uniformado. Como sociedad debemos reflexionar acerca del trato y la calificación a las personas que están detrás del traje verde aceituna. Deja muchas reflexiones la crónica *Un hombre de Autoridad* el pasaje en el cual Jenith Lizarazo, esposa del policía Iván Barrera, le pone hielo en diferentes partes del cuerpo a su pareja al llegar a su casa para desinflamar los golpes que recibe de la comunidad en la prestación del servicio. Seguramente el dolor es más fuerte en el alma. Y es que se ha confundido a los buenos con los malos y esto no podemos permitirlo.

En este libro hay estremecedores relatos como el del patrullero Eduard Mauricio Betancout, secuestrado por las Farc en 1998 en Vichada, quien padeció vejámenes en su secuestro en la tristemente célebre zona de distensión. El terremoto del Eje Cafetero acabó por desolar a esta familia tras recibir la noticia de la muerte del uniformado, suceso que desencadenó una procesión de despedida en su natal Armenia, encabezada por su hermana Mariana y su destruida madre.

Incompleta quedó la foto de la familia Cubillos Gutiérrez, en donde aparecían dos preciosas niñas, hoy huérfanas por el vil asesinato de su padre, el Subintendente Hugo César Cubillos. Para la viuda, María Jimena, no fue fácil explicarles a sus hijas que crecerían sin su padre, del cual estaban orgullosas, y más aún, cuando ella no entiende el porqué de su muerte, si estaba al servicio del país y la sociedad. Es doloroso conocer que sus compañeros guardaron como el más preciado tesoro, la Biblia que este hombre de Fe siempre mantuvo en su mano hasta el día de su partida.

Como es titulada una de estas valiosas crónicas, *Hoy se está vivo, mañana quién sabe*. Esa es la suerte del policía; pero ante todos los obstáculos y decepciones está la convicción del deber y la satisfacción de salvar vidas, la alegría y esperanza de cómo muchos niños sueñan con portar el uniforme, orgullo de miles y bendición de los justos. El ser humano es lo que nos debe quedar por encima de señalamientos y críticas en una profesión compuesta por personas que seguramente cometen errores, como todos nosotros, pero que tienen un corazón, una familia y un Dios que los impulsa a seguir, porque el honor de ser parte de la Institución es más grande que cualquier adversidad. Por esto y por mucho más, ser policía es algo exclusivamente reservado para ¡VALIENTES! Disfruten de este valioso documento literario.



**DANIEL ALFONSO
HERNANDEZ JAIMES**

Desaparecido
en Cali, Valle
el 7 de febrero de 1992
Policía Nacional de Colombia

"Que el sacrificio hecho por miles de policías colombianos no sea desconocido por las futuras generaciones".

Lugar de memoria, Una luz de esperanza.

Bogotá D. C., 2019



Por María Victoria Pérez Poveda

LAS RESPUESTAS QUE NOS DA EL TIEMPO

*“Este camino nadie ya lo recorre,
salvo el crepúsculo”.*
Matsuo Basho (1644-1694)

Con la llegada de diciembre, el dolor de los recuerdos siempre se transforma en alegría cada vez que en la ciudad de Pasto, en el departamento de Nariño, los niños de todas las edades se reúnen en torno a las novenas comunitarias que doña Delfina Ortiz hace en honor al nacimiento de Jesús y como evocación del servicio comunitario de su hijo, el Cabo Segundo Jhon Alexander Muñoz Ortiz, quien el 4 de agosto de 1998 hizo parte de los luctuosos titulares de prensa que describían el salvaje ataque perpetrado por las Farc en la Base Antinarcóticos de Miraflores, en ese entonces, el principal centro de operaciones de lucha contra el narcotráfico en el país.

Los guerrilleros atacaron a las unidades de la Policía y del Ejército Nacional durante más de 20 horas, dejando entre el humo y los escombros uniformados muertos, heridos y el rastro en la hojarasca de quienes

desaparecieron; mientras los sobrevivientes que no lograron escapar fueron secuestrados y tomados como “prisioneros”, momento que para algunos duró décadas.

A la luz de la distancia de estos trágicos acontecimientos, las velas de colores, las guirnaldas de los árboles de Navidad, la natilla con buñuelos y los aguinaldos son parte del homenaje a su primogénito: “*mi Jhon Alexánder*”, como le dice cariñosamente su madre, quien cada año reúne a cientos de niños en las novenas de diciembre para entregarles regalos y cantar, junto a ellos, villancicos, trayendo de esta manera a la vida a su amado hijo y en su memoria, rendir tributo al Salvador del mundo en lo que muchos llaman las novenas de doña Socorro, que comenzaron con 40 niños y desde el año 2003 son conocidas bajo el nombre de “*la novena corazón de niño*” para opacar el dolor de la tragedia y renacer en el amor que produce el descubrir a ese Dios y de las tinieblas del vacío, crea y restaura vidas, como así lo describe ella:

“Él siempre se las ingeniaba para hacer novenas desde los 8 años en los barrios más pobres de la ciudad. Desde ahí empezó su amor por la Policía Nacional, en la posibilidad de servir a los demás y de ser feliz con la felicidad de otros. Su corazón se enternecía por los ancianos y por los más vulnerables. No le gustaba el maltrato ni la discriminación social, y esa era su manera de cambiar la realidad del país.

Jhon dejó esa huella y yo la retomé. Ahora las novenas de aguinaldos se celebran para honrar su amor al prójimo y muchos de los hijos de los que iniciaron la novena han tomado esta costumbre. Siempre se recuerda a doña Janeth Jiménez, una de las fundadoras, junto conmigo, y a su hermana Nancy, quien colaboraba con presentes para los niños. A estas manos amigas sumábamos los regalos que me daban como vendedora de las revistas de moda, y que ofrecíamos para poder comprar más detalles, mientras mi hijo Wilmer empezó a disfrazarse de Papá Noel, y cuando no puede, de vez en cuando es reemplazado por mi nieto”.

El barrio Lorenzo de Aldana aún recuerda a Jhon Alexánder Muñoz como un chico fornido, de cabellos largos, enredados en el frío proveniente de las montañas,

que siempre estaba pendiente de jugar con los niños. Pero **¿dónde quedaron registrados esos deseos de entregarse por completo a su comunidad?**

“Esa pasión por servir, se reflejaba al hacer sus tareas en los cuadernos del colegio cuando se esmeraba por dibujar fielmente el escudo o la bandera de la Policía con colores vivos y adornos heráldicos.

Su deseo más ferviente era enrolarse en las Fuerzas Armadas. Desde los diez años, cuando decidió hacer parte de la Policía Cívica Juvenil, era muy apreciado por superiores de la época, señoras y niños. Esa era su máxima pasión; por esta razón, cuando tuvo que prestar el servicio militar no dudó en postularse para ingresar a la Policía y cumplir su sueño. Nada lo podía detener en esta convicción. Jhon Alexánder quedó huérfano de padre a los cuatro años, y su fortaleza estaba representada en la imagen de valentía que observaba en la televisión, de hombres y mujeres que integraban la Fuerza Pública. A su corta edad, por su carisma y nobleza, era un padre putativo para los desamparados. Los niños del barrio siempre acudían a él, todos los días”.

Su familia recuerda su carácter alegre y jovial cada 5 de octubre, cuando cumplía años y celebraba con sus primos, mientras departían dulces, gaseosa y escuchaban los vallenatos que más les gustaban a todos. Esa fecha tiene un sello indeleble para doña Delfina, particularmente el octubre crepuscular de 1997, por ser la última vez que ella celebró con su hijo, cuando él viajó de Popayán a Pasto para tener un encuentro inolvidable con los suyos. **¿Pero cómo el corazón de una madre puede presentir la última despedida de un hijo?**

“En esa oportunidad, bailó y me dedicó la canción Los caminos de la vida. Mientras le cogía el paso, Jhoncito no dejaba de susurrarme al oído: ‘Los caminos de la vida no son como yo pensaba, como los imaginaba, no son como yo creía, son muy difícil de andarlos, difícil de caminarlos y no encuentro la salida’. Al final de la reunión, le dije... Cuídese hijo. Luego, con sus botas perfectamente emboladas y su uniforme lustroso, partió hacia Miraflores, para nunca más volver”.

“Los caminos de la vida no son como yo pensaba, como los imaginaba, no son como yo creía, son muy difícil de andarlos, difícil de caminarlos y no encuentro la salida”.



Era la época de las más despiadadas acciones armadas de las Farc. Según informes de prensa, por esos días eran frecuentes los ataques de la guerrilla en varios municipios del país los alcaldes tenían que gobernar desde la capital y los permanentes hechos de terrorismo dejaban incalculables pérdidas humanas y materiales. Fue así como faltando cuatro días para la posesión del presidente Andrés Pastrana Arango, el bloque oriental de las Farc, arremetió con uno de los más devastadores ataques en contra de la Fuerza Pública. Los guerrilleros habían avanzado por el río Vaupés para acabar con la base del Ejército, donde se encontraba *la compañía Águila del Batallón de Infantería No. 19 Joaquín París*, conformada por 110 efectivos, pero su objetivo central era desmantelar la Base Antinarcóticos de la Policía Nacional, con 70 uniformados, al mando del entonces Teniente William Donato Gómez. **¿Cuál fue la última comunicación de Jhon Alexander con su madre?**

“Antes del ataque, el 1° de agosto, Jhon me llamó y me dijo: ‘madre, la situación está muy caliente acá, me fumé un cigarrillo de los nervios. Es probable que mañana nos saquen de este pueblo’”.

A las 10 de la noche del lunes 3 de agosto de 1998, no solo se iniciaron los enfrentamientos entre un grupo de 500 guerrilleros de las Farc y los efectivos de la Fuerza Pública que defendían sus guarniciones, sino que sus destinos fueron truncados trágicamente para el resto de sus vidas. Tras 26 horas de demoledora y desproporcionada confrontación, tanto la base militar como la de antinarcóticos quedaron prácticamente destruidas. El balance de 16 muertos, 26 heridos y 129 secuestrados no podía ser más fatal.

Sin embargo, este hecho no se constituyó en un acto aislado de terrorismo durante el conflicto interno armado. Luego de dos décadas de este insuceso, la angustia y las secuelas paulatinas del secuestro se hicieron sentir, y aunque la mayoría de uniformados fueron liberados como resultado de los diálogos de paz en San Vicente del Caguán (departamento del Caquetá), en el caso del Teniente Coronel de la Policía William Donato y el Sargento Mayor del Ejército Arbey Delgado experimentaron años de suplicio, amarrados a los árboles o encerrados en un campo con alambre de púas en un secuestro que duró 12 años, hasta que fueron rescatados por las Fuerzas Militares en la “Operación Camaleón” el 14 de junio de 2010.

Un marco de acontecimientos siniestro y luctuoso fue el que marcó la muerte del Cabo Segundo Jhon Alexánder Muñoz Ortiz. Él hizo parte de la lista de inmolados en la base antinarcóticos de la Policía, al enfrentarse a fuerzas desconocidas, sin importar los límites de esta decisión, para nunca fallar a la misión encomendada y al destino que había abrazado. Ante la fatalidad de los acontecimientos, **¿cómo sobrevivir al dolor de los recuerdos?**

“Siempre tuve la duda sobre la manera como había muerto mi hijo. Esa inquietud me torturaba. El solo sentir que había sufrido en sus últimos momentos, no me dejaba vivir en paz. Fueron días de mucha zozobra. Esa pena psicológica no se la deseo ni a mi peor enemigo.”

La única manera en que he logrado aliviar ese dolor tan grande es visitar su tumba el día en que celebramos su cumpleaños, cantarle la última canción que bailé con él, hacer un inmenso corazón de flores rojas y blancas para decirle que nunca lo olvidaré, porque ese dolor sólo morirá conmigo, el día de mi muerte”.

El Cabo Jhon Alexánder fue uno de los que abrieron la brecha para que otros pudieran transitar plenos por un camino allanado en la lucha contra la violencia indiscriminada, al lograr que la historia de arrojo de la Policía fuera escrita con ofrendas existenciales como la suya, y aunque han pasado décadas de la confrontación, los recuerdos siguen vivos no solo en el corazón de su madre Delfina, sino en el imaginario colectivo de cada colombiano que ha manifestado la voluntad de vivir en paz mediante una realidad de resolución de conflictos, a fin de no repetir esas crónicas de dolor y muerte que marcaron la vida de generaciones enteras de jóvenes, muchos de los cuales no alcanzaron a dejar descendencia.

“Es una gran tristeza que mi hijo haya muerto tan joven. Le quitaron la oportunidad de casarse, de tener hijos, de ser feliz. Para aliviar su ausencia, mi hijo menor tuvo dos hijos, y a través de mis nietos intento ver el reflejo de lo que pudo ser la vida de mi Jhon Alexánder”.

Es por ello que su madre, siempre lleva puesta la camiseta con la foto de su hijo en servicio activo, impresa en su pecho. Nunca se la quita, está adherida a la médula

de sus huesos. Lucha porque el recuerdo de los acontecimientos en los que perdió a su “Jhon” nunca muera, como lo hicieron en los años 70, las Madres de la Plaza de Mayo, quienes se identificaban con un pañuelo blanco en la cabeza durante la dictadura de Jorge Rafael Videla en Argentina, para recuperar a los detenidos desaparecidos, y lograr una asignación de responsabilidades a quienes cometieron crímenes de lesa humanidad, o el colectivo de las Madres de La Candelaria en Colombia, quienes sin cesar han buscado a sus hijos desaparecidos por distintos grupos armados ilegales.

Es por esta razón que ella se ha convertido en todo un ícono de los familiares de soldados y policías de Miraflores, al siempre participar en marchas, talleres y convocatorias de memoria histórica para reivindicar la voz de los ausentes, lograr el esclarecimiento de la verdad y así romper los barrotes del claustro del silencio. Aun así, **¿de qué manera los recuerdos y pertenencias no solo hacen parte de un tesoro personal, sino que también se han constituido en patrimonio de la nación ante el deber de no olvidar a las víctimas en el conflicto?**

“Cuando recibí la noticia, caí desmayada. Mi hermano mayor fue el que contestó el teléfono y por su cara, supimos que venía para nosotros la peor noticia. Nunca olvidaré que el 8 de agosto de 1998 enterré a mi hijito. Aún conservo la bandera de Colombia que me entregó el General Rosso José Serrano. No sé ni siquiera cómo me mantuve ese día en pie.”

En los cajones y en el corazón de mi hogar están guardados los zapatos, las camisas y la camboyana distintiva de los policías antinarcóticos. Su habitación permanece intacta, como si estuviera esperando su pronto retorno. En ella se encuentra su cama de hierro, los uniformes de la Policía Juvenil y su No. 3”.

Esos tesoros personales expiden el perfume de la inmortalidad. Retomando la expresión del escritor francés André Bretón; “el armario de doña Delfina, está lleno de cuadernos, de escudos e insignias policiales; hay incluso rayos de luna que se pueden desdoblar...” y motivos para nunca olvidar lo sucedido.

Ella mandó hacer una vitrina exclusiva para mostrar los uniformes que usaba su hijo, la bandera de la honra funeraria y un carrito de Policía que le dio su abuelo

cuando era muy pequeño, entre otros objetos. Por ello, cada vez que se aproxima la fecha del cumpleaños de su héroe, invita a una misa a la que asisten más de 70 personas y luego va hasta el cementerio *Jardines de las Mercedes* en Pasto, para adornar con hermosas flores el lugar que aún evoca su joven presencia. Así mismo, su hermano Wílmer Armando Muñoz a través de los nombres que puso a su hija, de 7 años, y a su hijo de 14 años, a quienes bautizó Marián Alexandra y Jhon Alexander, continúa honrando la ofrenda existencial de su hermano, devolviéndole a doña Delfina la alegría que le arrebataron cuando casi pierde la razón ante la pronta desaparición de Jhon.

“Los que mataron a mi hijo no saben todo el mal que nos hicieron a mí y a muchas otras familias. Yo entré en depresión y algunos de los sueños de su hermano se desvanecieron por su inesperada muerte... se tenía la fe de poder estudiar y lograr oportunidades con la entrada de Jhon a la Policía, pensábamos que mi hijo iba a ser una gran ayuda para su hermano”.

22

Sin embargo, esa agonía menguó hasta hace poco cuando llegó una respuesta que trajo el tiempo a través de un compañero de su hijo que duró ocho años secuestrado por las Farc, quien le contó detalles importantes y significativos para la realización de su duelo.

“A él no lo mataron las balas, sino los cilindros. El murió entero. Yo mismo lo levanté. Su cuerpo quedó intacto como el de un ángel y lo puse sobre la mesa de billar”.

Con esa noticia, su incertidumbre menguó. Doña Delfina ya sabe que su ángel guardián de cabellos etéreos, le acompaña a cualquier lugar, pero también retorna a la existencia cada vez que escucha con nostalgia la canción *“Los caminos de la vida”* y su letra premonitoria, como una letanía en la memoria, tarareada en la voz vibrante de su Jhon, cuando cantaba...

“Yo pensaba que la vida era distinta, y cuando era chiquitito, yo creía que las cosas eran fáciles como ayer.

Que mi madre preocupada, se esmeraba por darme todo lo que necesitaba, y hoy me doy cuenta que tanto así no

es. Porque a mi madre la veo cansada, de trabajar por mi hermano y por mí. Y ahora con ganas quisiera ayudarla, y por ella la peleo hasta el fin. Por ella lucharé hasta que me muera, y por ella no me quiero morir. Tampoco que se me muera mi vieja, pero yo sé que el destino es así”.

...Un destino esperanzador porque algún día cuando pase el tiempo y doña Delfina llegue al estrado eterno, podrá abrir las puertas de perla que están a la entrada del cielo y, sin duda alguna, será recibida por el Mesías, el Salvador de sus angustias, y junto a él, por su más hermoso héroe, Jhon Alexander, con espléndidas alas abiertas, que para ese entonces habrá recogido todas sus lágrimas en un cofre especial, después de más de 20 años de los fatales acontecimientos, transformadas en diamantes de todos los tamaños, con el sublime propósito de enviarlos en forma de lluvia de bendición a cada madre que redime en oraciones, la ausencia repentina de sus hijos, víctimas en el conflicto armado.



Por Mayor Efrén Yezid Muñoz Morales

“HOY SE ESTÁ VIVO Y MAÑANA QUIÉN SABE”

*"Jaimito, yo quiero ser como usted, le dije".
Efrén Yezid Muñoz Morales*

Era el domingo 23 de enero de 2000, yo iniciaba mi grado 11 y veía en él un ejemplo que me ayudaba a decidir lo que quería hacer con mi vida luego de graduarme como bachiller.

Fueron muchas las veces que visité en Bogotá a mi tía Tata, su esposa. Yo viajaba desde un pueblo de Cundinamarca y veía a Jaime llegar de su trabajo, poner su pistola Jerichó 941F calibre 9 mm sobre el comedor, almorzar y luego tomar una siesta en el sofá de la sala ubicado frente al televisor, que lo arrullaba con las noticias del mediodía. Un rato después, se despertaba con los ojos rojos, sobresaltado y mirando el reloj porque se le hacía tarde. Presuroso se bañaba los dientes y salía. Yo lo veía, desde la ventana de su apartamento en el cuarto piso, irse en un Mazda 323 NE color gris junto con su compañero, quien lo esperaba luego de reposar el almuerzo dentro del

carro. Jaime Rojas García era un Capitán de la Policía Nacional de Colombia, experto en inteligencia y uno de los oficiales con mayor experiencia en ubicación y operaciones contra secuestradores.

De acuerdo con un informe de la Fundación País Libre publicado por el diario *El Tiempo* el 24 de agosto de 2004, hasta el año 1997 la cifra de secuestros en Colombia no superaba los cuatro plagios diarios, sin embargo, aumentaron dramáticamente a 1.131 casos solo entre agosto y diciembre de ese año. En 1999, esta cifra ascendió a 3.334 y en 2000 alcanzó el máximo, 3.708. Los comerciantes y los menores de edad eran las principales víctimas de este flagelo, les siguieron empleados, funcionarios públicos, ingenieros, ganaderos, conductores, agricultores, amas de casa y hasta policías y militares.

Según País Libre, los Grupos de Acción Unificada para la Libertad Personal (GAULA) fueron uno de los pocos aciertos del Gobierno de esa época, toda vez que rescataron a 2.335 personas, evitaron el pago de más de 271.000 millones de pesos en rescates y capturaron a 2.280 secuestradores.

Jaime era el jefe del Grupo de Producción de Inteligencia de la Dirección Antisecuestro y Extorsión (DIASE). Cada vez que se enfrentaba a un caso, en el que su único objetivo era rescatar con vida a quienes tenían que sufrir la tortura del secuestro, encendía uno tras otro un cigarrillo Marlboro rojo. Su capacidad para ubicar secuestradores y desarrollar estrategias operacionales, lo hicieron merecedor de varios reconocimientos y condecoraciones en diferentes unidades policiales donde trabajó durante más de 12 años, como el Departamento de Policía Norte de Santander, la Policía Metropolitana de Cali y la Dirección de Inteligencia Policial.

Al igual que yo, Jaime era oriundo del municipio de Guaduas, Cundinamarca. Un pueblo conocido por la valentía y el heroísmo de Policarpa Salavarrieta, la "Pola", quien seguramente fue su inspiración para luchar por la libertad de un pueblo condenado al secuestro. El 1º de marzo de 1987 y con 19 años de edad, Jaime ingresó a la Escuela de Cadetes de Policía "General Francisco de Paula Santander"; dos años y medio después se graduó con honores al obtener el segundo puesto académico de su promoción. La señora Ofilia García de Rojas y el señor Jaime Rojas Ramírez, padres de Jaimito, se sentían muy orgullosos de su hijo.



Fuente:
Fotografía
suministrada
por la familia.

Ese domingo 23 de enero de 2000, Jaime tenía a su hijo Juan Jaime entre sus brazos, lo besaba y le decía

“El miércoles le compro su torta para que celebremos su primer año de vida’. Aún recuerdo ese día, recuerdo las caras de mi tía y de él llenas de amor y alegría al lado de “Nené” –así era como lo llamaban cariñosamente–”.

La respuesta de Jaime a mi deseo de ser como él fue el presagio de su muerte. Yo me encontraba en Guaduas el miércoles 26 de enero, cuando a eso de las 3 de la tarde timbró el teléfono de la casa. ¡*Mataron a Jaimito!*, me dijo mi madre al otro lado de la línea. No podía creerlo; mientras estaba sentado en la silla de la mesita del teléfono, respiraba profundo, trataba de encajar la noticia en la realidad y recordaba ese preciso instante en el que tan solo tres días atrás él me decía:

“Hoy se está vivo y mañana quién sabe”.

Mi tía me contó que el día 25 de enero, Jaime se levantó a las 5 de la mañana, como era de costumbre para ir a su trabajo. Tomó una ducha con el agua tan caliente como “pa’ pelar pollos” dijo ella. Desayunó y le dijo:

“Cariño, tengo que viajar a Ibagué por un tema de trabajo, pero yo llego mañana para que le celebremos el cumpleaños a Nené y por favor, compra la torta para la fiesta”. Le dio un beso y se fue, solo que esta vez lo hizo para siempre.

Alguien me dijo que para las citas del destino no se llega tarde ni temprano, simplemente en el momento exacto. Para encontrarse con la muerte, Jaime viajó en la tarde del 25 de enero, con un informante, en un helicóptero Huey color verde aceituna de la Policía Nacional, desde Bogotá hasta Ibagué. Allí se reunió con el Mayor Solís Javier Aldana Granados, quien era el comandante del GAULA en esa ciudad. Jaime le hizo una presentación de información y análisis de inteligencia para llevar a cabo el operativo de rescate de un niño que había sido secuestrado desde el 13 de diciembre de 1999 en San Juan de la China y por quien sus captores exigían a su padre la suma de 120 millones de pesos por su liberación. Todo estaba dispuesto para llegar a una vivienda ubicada en zona rural de la vereda Santa Rita en el municipio de Venadillo, Tolima.

El operativo inició el 26 de enero sobre las 5 y 30 de la mañana. Comenzaron el desplazamiento desde la ciudad de Ibagué hasta el municipio de Venadillo para luego tomar la vía a Anzoátegui y llegar a la vereda Santa Rita. Para ese momento todo marchaba bien.

Una vez en el lugar, los policías entrenados para enfrentar grupos armados organizados y rescatar secuestrados se dividieron en tres grupos: **de seguridad, de cierre y de choque**. El grupo de seguridad, al mando del Sargento Viceprimero Bohórquez, tenía la misión de rodear la vivienda y asegurar el cerro contiguo para ganar la posición, toda vez que la casa se encontraba en medio de una zona montañosa. El grupo de cierre, al mando del Intendente Yanili, debía estar alerta en el lugar donde habían dejado los vehículos para facilitar una rápida salida durante el operativo. Finalmente, el grupo de choque, liderado por el Mayor Aldana, era el encargado de ingresar a la vivienda, enfrentar a los secuestradores y rescatar al pequeño Élver.

“El orden en el que íbamos era mi Capitán Rojas, seguido de mi Mayor, el Cabo Primero Góngora, yo, el Intendente Báez y el agente Gutiérrez”, *relató William López, uno de los policías que conformaba el grupo de choque.*

La operación parecía ser un éxito, tenían la información precisa de la ubicación del niño, cobertura operativa en la zona y, además, un informante que los guiaba en el recorrido hacia la vivienda a través de la espesa maleza. Luego de pasar por un “cambuche”¹, el informante alertó al grupo de que ya se encontraban muy cerca de lugar donde tenían cautivo al menor. De repente, y en fracciones de segundos, todo fue un caos. Los delincuentes detectaron la presencia de los policías e iniciaron un feroz ataque.

“Yo escuchaba los disparos desde el cerro y a mis compañeros que gritaban llamando al enfermero” *relató uno de los policías del grupo de seguridad. Una vez los delincuentes empezaron a disparar “el agente Gutiérrez reaccionó disparando hacia el frente y yo lo cubrí”* recuerda López.

Sin embargo, la escena no pudo ser más devastadora. En el suelo se encontraba el Mayor Aldana muy mal herido. Jaime estaba muerto junto con Élver, al igual que uno de los secuestradores. Rápidamente, López se comunicó con la central de radio en Ibagué para que enviaran un helicóptero de evacuación, pero Aldana tampoco sobrevivió, murió a causa de sus heridas.

Los secuestradores pertenecían a una de las bandas delincuenciales más temidas del departamento del Tolima, conocida como los “Guarditas”. Durante el operativo, se logró capturar a dos secuestradores, incautar dos revólveres, una carabina, un fusil Famage y una escopeta “cinco tiros” de repetición. En el intercambio de disparos dos secuestradores perdieron la vida.

En Guaduas, luego de la noticia recibida por teléfono, yo recordaba los instantes que había compartido con él en Bogotá y comprendí por qué Jaimito estaba fumando tanto en esos días. Era la manera de despejar su mente para enfocarse exclusivamente en armar el rompecabezas de las piezas de información e inteligencia que analizaba cuando se enfrentaba a algún caso de secuestro.

“Jaime sabía que a él no lo iba a matar el Marlboro, sino el plomo” *fueron las palabras que don Jaime, su padre, me dijo frente a la puerta de su casa.*

¹ Pequeña construcción elaborada con palos, ramas o plástico, generalmente ubicada en la selva, para protegerse de los efectos del medio ambiente.

Los preparativos para recibir su cuerpo ya estaban listos en la funeraria de Otoniel. El Comandante de la Policía en Guaduas había dispuesto de una Guardia de Honor para honrar la memoria del Capitán Jaime Rojas García en el cementerio. Jaimito era una persona querida por muchos de los habitantes del pueblo. Su humildad, carisma y buen humor le hicieron ganarse ese cariño. A mis 16 años de edad, nunca antes había visto tantas personas acompañando un entierro. Parecía más bien una procesión de la *Virgen del Buen Suceso, patrona de Guaduas* en plena Semana Santa.

Sobre el mediodía del 28 de enero, un helicóptero Huey de la Policía –*que aún no sé si fue el mismo que llevó a Jaime desde Bogotá al encuentro con su muerte*– aterrizó en la cancha de fútbol de la Villa Olímpica del pueblo. Esta vez no traía informantes o policías listos para una operación de rescate, solo trajo consigo al Brigadier General Jorge Daniel Castro Castro, director de Antisecuestro y Extorsión para la época y quien unos años más tarde fue el Director General de la Policía Nacional.

30

“Ese hombre nos va a hacer mucha falta, mija” le dijo el General a mi Tía, “pero a mí más, General”, ella respondió. Seguramente estas palabras también estarían en la mente de los dos hijos y la esposa del Mayor Aldana y de los padres del pequeño Élver.

Fueron tantas las personas que acompañaron a la familia de Jaime el día de su entierro, que el arco blanco de ingreso al cementerio con casi 3 metros de ancho, 7 de alto y un gran mensaje que recibe a sus visitantes diciendo *“Bienvenidos los que mueren en el Señor”* no daba abasto y las personas entraban apretujadas a medida que la procesión avanzaba.

Juan Jaime, nené, creció sin su papá. El conflicto se lo arrebató igual que a los hijos de los policías asesinados en el marco del conflicto armado en Colombia, y lo privó de recordar los sentimientos de ternura que generan las caricias y el amor de un padre. Pero lo más triste es saber que celebrar su cumpleaños significa conmemorar otro año de la muerte de su papá. Ese inolvidable 26 de enero dio origen a su vida y a la voz de la libertad hace más de 200 años con el nacimiento de la “Pola”, pero, tristemente, también fue el día cuando acabó la vida de su padre.



Fuente:
Fotografía
suministrada
por la familia.

Ver a Juan Jaime hoy es ver la viva imagen de Jaimito. *“Es igualito”* dice mi tía entre risas, solo le falta que me diga “cariño”. Asimismo, lo es su responsabilidad e inteligencia. Tiene 20 años y cursa quinto semestre de economía y administración de empresas en una universidad de Bogotá.

Los tres disparos de las balas de salva que al unísono honraron al extinto Capitán Jaime Rojas García el día de su sepelio, retumbaron en un eco prolongado a través de las montañas del valle de las guaduas. Todo quedó en silencio. En ese momento, fue cuando comprendí por qué quería ser como él. Ahora, luego de 19 años de su muerte, yo soy un Mayor de la Policía Nacional de Colombia y al igual que la “Pola”, momentos antes de su fusilamiento a manos del virrey español Sámano, el 14 de noviembre del año 1817, creo firmemente en que

“me sobra valor para enfrentar la muerte y mil muertes más’ si es necesario para forjar la paz de Colombia, una Colombia en donde hijos e hijas puedan crecer libres y sin el temor a que las balas de los violentos les arrebaten la vida de sus padres”.

“HOY SE ESTÁ VIVO
Y MAÑANA QUIÉN SABE”

31

POLICÍA NACIONAL
DE COLOMBIA



Por María Victoria Pérez Poveda

ABANDONARME A SU ENCUENTRO



*“Las noches son breves
¿Cuántos días más aún por vivir?”
Shiki (1867-1902)*

Colombia había sido impactada en las fibras más finas de su sensibilidad al entrar el siglo XXI por el secuestro nocturno de personas en un edificio residencial de la ciudad de Neiva Huila, y en el ámbito rural por casos como el de Fortul (Arauca) con la más desgarradora inmolación de Irwin, un niño de once años de edad, quien vivía con sus abuelos, cuando al parecer un guerrillero le pidió que llevara una bicicleta acondicionada con explosivos hasta un emplazamiento móvil del Ejército Nacional, haciendo estallar el artefacto que causó la muerte del menor y heridas graves a otras cuatro personas.

Diariamente en los noticieros no mermaban los titulares sobre secuestros en corredores viales, atentados a la infraestructura eléctrica y de hidrocarburos, ataques terroristas a poblaciones por parte de grupos ilegales a lo largo y ancho del territorio nacional. Ciudades y

campos habían sido convertidos por la acción indiscriminada de la ilegalidad en verdaderos escenarios de terror.

En el estanque de memorias de los más afectados flotaban intactas sobre ríos de dolor, las imágenes del atentado al prestigioso Club El Nogal, en Bogotá, ocurrido el 7 de febrero de 2003, a las 8:11 de la noche, cuando un automóvil Renault Megane rojo, cargado con 200 kilos de anfo explotó en el nivel 4 del edificio, ocasionando la muerte de 36 personas y heridas a 158 más.

A pesar de estos hechos, la Fuerza Pública progresaba en la determinación de modernizarse y de ampliar su capacidad de respuesta ante la fenomenología criminal a la que se enfrentaba. El Gobierno Nacional había decidido aumentar el pie de fuerza, crear batallones de alta montaña y dinamizar la cobertura del servicio policial para no abandonar a la población a su propia suerte, asignando a la Fuerza Pública una misión de cobertura y protección, a fin de devolver la experiencia del Estado de Derecho a estas regiones a la deriva de la ilegalidad.

Una de las determinaciones gubernamentales para retornar y afianzar la gobernabilidad fue llevar a la Policía Nacional a los municipios sin presencia estatal, además de ampliar la cobertura en zonas rurales, y construir estaciones fortificadas, ese fue el caso del Subintendente Hugo César Cubillos Aldana, quien prestaba su servicio de Policía en Caño Blanco (Meta).

Para él y su familia era costumbre hacer largas travesías, ya fuera para satisfacer el anhelo de visitar a los suyos o para que sus familiares lo visitaran, en zonas consideradas de orden público. Pero, aunque el temor de una afrenta y de un desenlace trágico siempre estuvo latente, **¿de qué manera la fuerza del amor superaba las barreras del miedo y permitía que uniformados y familiares se encontraran en los lugares considerados de mayor violencia en el país?**

“El lugar más peligroso donde llegué a saludarlo fue el recorrido desde San Isidro hasta el Castillo (Meta), en el año 2000. Siempre nos decían que donde íbamos no dijéramos nuestro nombre. Ese era el dicho de los policías por temor a retaliaciones. Teníamos que decir que visitábamos a una curandera llamada ‘Berenice’ y no que íbamos para la Policía porque o si no, nos podían matar”.

María Jimena Gutiérrez Guevara, esposa del Subintendente Hugo César Cubillos, trabajaba como vendedora en un almacén de la ciudad de Villavicencio. Nunca se dejó derrotar por los malos presagios ante la recompensa final de caminar abrazados, avivando la época en la que empezó esta historia de amor, cuando él tenía 20 y ella 16 años de edad, y se contemplaban el uno al otro, iluminados por el faro de la ternura o cuando iba a visitarlo sin importar la distancia, dadas las responsabilidades propias del servicio.

“Apenas uno llegaba a la estación de Policía, no podíamos salir ni a comer un helado; uno quedaba enclaustrado junto con los mismos policías porque no sabíamos qué podía pasar. Inclusive cuando hacíamos visita y les cocinábamos, la guerrilla hacía hostigamientos y nos tocaba atrincherarnos junto con los uniformados en la Estación que parecía un búnker”.

Atenta y voluntariosa, ella preparaba los alimentos a su esposo y de paso a los policías que lo acompañaban. A pesar de las dificultades y del temor oculto en el interior de esa unidad policial que parecía un pequeño búnker con gente joven que no quería la confrontación sino la paz, sonreían sin importar que estuvieran rodeados por los perros jadeantes de la intimidación.

Pero si los vientos de la agresión armada azotaban a los policías, la fuerza de su ímpetu alcanzaba también el corazón de todo aquel que tuviera contacto con los uniformados. De hecho, entre los momentos más difíciles que Jimena vivió en uno de los recorridos para visitar a su esposo, recuerda el día en que dos hombres con pañoletas para ocultar su identidad bajaron a todos los pasajeros del bus para realizar una requisita arbitraria y les dieron la orden a ella y a su hija de quedarse adentro. Ese día casi pierde el sentido, pensó que la iban a quemar viva junto con el bus, pero uno de ellos le dijo que sabían con exactitud a dónde se dirigía, así que no le hicieron nada. Pero **¿cómo logró sobrevivir?**

“Yo venía de regreso de visitar a mi esposo, venía con mi hija de un año de nacida. Un día, en Pueblo Sánchez, nos hicieron bajar, y armaron un retén ilegal en el que hicieron bajar a la gente, y dieron la orden de que todos bajaran, menos yo. Pensé que me iban a quemar con mi hija adentro. Pensé

que ellos sabían la identidad de mi esposo como policía y me la iban a cobrar. Pidieron cédulas. Fue una experiencia de mucha incertidumbre. Al final me dijeron: ¡nosotros sabemos quién es usted!, pero usted no sabe quiénes somos nosotros. No se sabía con exactitud si era guerrilla o era autodefensa.

El peligro siempre estuvo latente. Recuerdo otro viaje en el que también pasé una experiencia trágica. En uno de mis continuos viajes. El comandante de la Estación de Policía de El Dorado (Meta), paró el bus y preguntó: ¿quién es la señora María Jimena Gutiérrez? Me hizo bajar y me comentó que no podía visitar a mi esposo porque estaban en un arduo hostigamiento, y que el cruce de fuego impediría mi llegada. En esa ocasión no fue posible visitarlo por el terrible orden público que se vivía en El Castillo”.

No en vano, el año anterior a su deceso, estando en La Macarena (Meta) cuando se encontraba prestando turno en el aeropuerto, él y sus compañeros fueron sorprendidos por una granada de fragmentación. En esa oportunidad el Subintendente Cubillos salvó su vida, pero la onda explosiva le hizo perder un 19% de su nivel auditivo. Los recuerdos siguen vivos; **¿cómo se vivieron esos momentos?**

“En el año 2008, él se encontraba prestando su turno en el aeropuerto, cuando unos tipos de improviso tiraron una granada de fragmentación. Por fortuna en esa ocasión las heridas no fueron de gravedad. Ese atentado terrorista quebró todos los vidrios del lugar”.

Su compañero de vida ya le había dado una consigna: *“recuerda amor que, en esta profesión, uno no se niega ni se regala”.* Desde ese tiempo ella guarda la camisa con la que se hicieron novios, y también la que él tenía la última vez que se vieron. Esa prenda de rombos que conserva un aroma de rosas tempranas, recién cortadas, sigue adherida a su piel. Un aroma que es bálsamo para curar la herida de tantos recuerdos, que aún sigue abierta.

“Yo tengo la camisa con la que nos hicimos novios, la camisa que se estrenó ese 6 de diciembre, la última vez que lo vi. Conservo todavía la chaqueta con el pasamontañas y sus



Fuente:
Fotografía
suministrada
por la familia.

guantes. Mi mayor tesoro son las cartas que él me enviaba junto con sus dibujos. Conservo su billetera junto con todos los elementos personales. Allí guardo su cédula, mi tarjeta de identidad, sus estampitas de santos, y en un bolsillo secreto un mechón de mi cabello.

Él era una persona muy detallista, siempre tenía un detalle para mí, me regalaba muñecos, chocolates, esquelas perfumadas... no tenía que ser un día especial para que me regalara algo. Me acuerdo que me regaló un muñeco de Mickey Mouse y a medida que uno jalaba la cuerda, el muñequito decía ¡te amo! Otra vez me regaló un Giordano, un muñeco de peluche gigante que ponía sobre mi cama”.

Hugo era su “despertador humano” para ir a trabajar; cada mañana recibía esa primera llamada y preguntaba por ella y sus dos hijas. Su familia lo recuerda porque era muy cariñoso con su esposa y sus padres, Édgar Cubillos y Marina Aldana, a quienes siempre los vio con respeto y admiración por ser personas humildes y trabajadoras. Incluso, no le importaba terminar sus turnos policiales, trasnochado y seguir despierto con tal de ayudarlos en el negocio de venta de verdura.

“Lo que siempre admiré fue el cariño hacia sus padres, porque Hugo era un niño grande. A pesar de medir un metro con ochenta y con 30 años de edad, siempre estuvo para sus papás, ayudando en la carnicería. Fue buen hijo, buen padre y buen hermano”.

Aún recuerda el brío cuando se quitaba el uniforme verde aceituna y luego se ponía una pantaloneta y una camiseta para colaborar en el mercado del pueblo. Una energía que ondulaba siempre en las frecuencias más altas del amor, con detalles y regalos para su familia, como lo evoca Jimena:

“Nunca se me olvidará que el 25 de septiembre de ese mismo año en el que lo mataron (2009), tres meses antes de su deceso, me mandó un arreglo floral inmenso, aunque su costumbre era siempre regalar una sola flor. Ese día esperé a que yo saliera de mi jornada laboral y me sorprendió con su vibrante presencia porque supuestamente no le habían dado permiso, pero apareció de repente para darme la

sorpresa. Como nunca, hizo un brindis con motivo de la celebración de mi cumpleaños, por la felicidad de nuestro hogar, delante de mis compañeras de trabajo y me dijo que las cosas iban a cambiar. Yo ya le había dicho que me había cansado de andar de pueblo en pueblo, que había decidido venirme para Villavicencio. Pero llegó el día en que la muerte se adelantó a los proyectos y no pudimos cumplir nuestros sueños.

A mí me llamó la esposa de un policía, me preguntó que cómo estaba; me dijo que era Belky, y que el esposo de ella trabajaba en mi pueblo, Remolinos. Me sorprendió porque hace diez años no hablaba con ella, hasta cuando me dijo ¡hola!, hablas con la esposa del gordo Quevedo. Luego volvió y me marcó para decirme, mamita, a usted no la han llamado porque dizque hubo una emboscada en Caño Blanco con muertos y heridos.

Llamé a Hugo, pero la llamada no entraba. Me fui hasta el comando. Inmediatamente me pasaron una silla y llegó la doctora Gloria, la psicóloga... todo el mundo me miraba. En la agenda decía, “fallecidos” y el primer nombre era el de mi esposo. No puedo describir lo que sentí. Eran sentimientos de tristeza, de dolor; me dieron ganas de llorar y vómito. Yo le decía que si mi esposo se había ido con vida, me lo tenían que regresar con vida. No fue fácil asimilar la noticia.

Según nos informaron, a Hugo lo llamaron de la Red de Cooperantes para atender con urgencia el caso de un hurto, pero todo resultó ser una emboscada. Cuando llegaron en moto al lugar del supuesto atraco, le lanzaron una granada de fragmentación. Me dijeron que había quedado aturdido por la onda explosiva y que lo habían rematado. Cuando estuvo herido, cada minuto se comunicó con el Comandante; al final les robaron sus pertenencias y los dejaron tendidos sobre la maleza. A los policías, los sacaron de la Estación con una falsa denuncia”.

Ese momento lo recuerda con muchas lágrimas y el vértigo que produce el vacío. En el fondo sabía que no volvería a verlo; por ello, María Jimena conserva dos

pañuelos, la chaqueta con sus guardas, el pasamontaña, y una cobija con la que su esposo se cubría, así como su billetera con una foto de los dos.

“En las cartas me escribía sobre el futuro y los proyectos para ser felices juntos. Soñábamos que el año el 2010, íbamos a tener otro bebé, una casa en Villavicencio y además íbamos a reafirmar votos de matrimonio en una iglesia. Me decía que las niñas ya se estaban creciendo.

Recuerdo que él compraba rifas a nombre de Dayana Alejandra, y que cuando tenía dos meses de embarazo, en Cubarral, se ganó dos pollos de campo, con el nombre de la niña que iba a nacer, y eso fue una alegría tremenda. Nunca nos imaginamos que se iba a morir repentinamente. Que la violencia me lo iba a arrebatar”.

En su mente y en su espíritu, Hugo siempre quiso ser policía, aunque siendo muy joven aprobó su entrada a la Fuerza Aérea. Sus palabras temblorosas reflejan la incertidumbre del día en que la muerte besó la frente del uniformado.

40

“El 7 de diciembre se despidió con un gran beso, un fuerte abrazo y esa sonrisa radiante que lo caracterizaba. Fue la última vez que lo vimos con vida. Fue la última noche que bailamos.

Su cuerpo lo entregaron a las 5:14 de la mañana en la Funeraria Santa Cruz de la ciudad de Villavicencio. Pedí el favor de verlo por última vez. Mi suegra también quería contemplar al que siempre fue su niño, pero solo dejaban entrar a una persona. Dios nos dio favor y gracia porque ella logró entrar como madre y yo como esposa.

Estuve unos minutos con él. Le miré los pies, de repente sentí un impulso. Lo vi pálido, acostado, con sus labios secos. Nunca sus besos fueron tan fríos. Le preguntaba que por qué me había dejado sola. Él ya estaba muerto y no había nada que hacer.

Sus labios, que siempre tenían el sabor de las frutas del Llano, ya eran de mármol. Era tanta la impotencia que solo



Fuente:
Fotografía
suministrada
por la familia.

quería verlo levantarse y que me dijera ¡Jimena!, esto es una pesadilla, despierta y salgamos de aquí”.

Durante el sepelio sus sentimientos se mecían junto con el viento del desconsuelo, mientras los recuerdos iban y venían como un péndulo agudo entre la promesa de un mejor futuro y el desenlace fatal de lo que parecía ser una esperanzadora historia de amor.

“El mismo día que lo enterré, pasé la noche con mis suegros y lo vi a la entrada de la habitación, parado y con sus ojos grandes de la tristeza. Le alcancé a decir: ¡flaco...! como si pudiera alcanzarlo con mi voz, como si pudiera abandonarme a su encuentro en medio del duelo. Pasados tres días después del entierro, me levanté a las cinco de la mañana, saqué un baulito para mirar fotos y me atacé a llorar. Mi suegra escuchó que él le dijo claramente: ¡Mamá... Jimena!

Ella se levantó de su cama, corrió hacia la habitación donde yo estaba y me abrazó con su amor de madre.

Esa visión se conecta en el tiempo con un sueño que Hugo tuvo en cierta ocasión cuando escuchó una voz que lo animaba a avanzar por un camino, mientras era perseguido por unas botas en medio del barro, sin poder mirar hacia atrás, hasta que unas lenguas de fuego cayeron sobre su cabeza desde el cielo y lo libraron de esta persecución”.

Con el paso de los años, las hijas del Subintendente Hugo César Cubillos Aldana, semilla perenne de ese gran amor entre él y María Jimena, fueron creciendo en inteligencia y belleza. En el corazón de sus amadas, el dolor sigue al desnudo, pero el perdón también, de acuerdo con las peticiones de Jimena, deseosa de conocer la verdad para transitar desde la barca de su alma, a la orilla de la clemencia.

“Yo no soy una mujer de rencores, pero sentiría que mi padecimiento es reconocido si el que comandaba el frente 43 de las Farc, y que dirigió este ataque me dice las razones por las que asesinaron a mi esposo, y también me cuenta, qué ganaron con su muerte, porque a mí me arrebataron la

razón de mi vida y a mis hijas, la oportunidad de tener un papá.

Mis hijas Dayana Alejandra y Sara Estefanía, también eran muy amadas por su padre. Dayana en el momento de su muerte tenía 9 años y Sara 11 años. A Sara la hospitalizamos porque era asmática. Dayana, después de un año empezó a reaccionar porque su papá ya no iba a volver. Su carácter se volvió más fuerte con la ausencia de Hugo.

Dayana actualmente cursa segundo semestre de licenciatura en Pedagogía Infantil y Sara se graduó como técnica en investigación judicial y siguió estudiando Derecho en Villavicencio. Ella quería ingresar a la Policía. Sara fue reina del municipio de Cubarral, por su belleza, por su carisma cuando tenía 17 años. Alejandra, por su parte, es una excelente bailarina y embajadora del folclor llanero, siempre la llaman a representar al municipio cuando hay ferias y fiestas, para que baile junto con el grupo de la Casa de la Cultura”.

Hugo era reconocido por ser un buen creyente; siempre rezaba el rosario al iniciar y finalizar su jornada. Una vez, al estar dentro de la iglesia en la última banca, sintió sobre su espalda los cuchillos de una mirada penetrante, entonces miró hacia atrás, donde había un muchacho de aspecto misterioso. Su discernimiento no falló, cuando salió de la misa, el Ejército capturó a este hombre de aspecto rucio, sindicado de ser uno de los responsables de la ejecución del “Plan Pistola” o asesinato selectivo de policías. En esa oportunidad, los ángeles acamparon alrededor de la vida de Hugo y fue librado en esa ocasión de la adversidad gracias a esa protección divina que siempre lo acompañaba.

“A él le gustaba ir bastante a misa los domingos. En una ocasión, estando en el templo del municipio de La Macarena, miró hacia atrás y había un hombre con una actitud sospechosa que de pronto salió de la iglesia. Luego nos enteramos de que el Ejército había capturado a ese muchacho con un arma, esperando matar a mi esposo. La orden era matar policías”.

Conocedores del poder de las oraciones proclamadas en vida, sus compañeros policías, cuando entregaron las pertenencias del Subintendente a su esposa, lo único que retuvieron para ellos como una especie de presea sagrada e inmovible para la subestación de Caño Blanco fue la Biblia personal del entonces patrullero, ascendido póstumamente a Subintendente. Según su esposa

“Muchos recuerdan que, siendo comandante de guardia en la subestación de Caño Blanco, él dibujaba murales con versículos y salmos en la unidad donde laboraba para generar convicción de la importancia de hacer el bien y como una especie de pedagogía de ‘cultura ciudadana’. Sus compañeros maravillados por su persistencia en los asuntos de Dios, le decían por molestar: el hermano Hugo.

...Dos días antes de morir, mi esposo soñó con su propia muerte y vio cómo unas manos extendidas desde el cielo lo alcanzaban. Ese sueño profético se lo contó a mi suegra, doña Marina Aldana.

Nunca se me olvidarán sus palabras: Jimena, soñé que nos habían emboscado y que también nos habían matado. Entonces miré hacia el cielo y había unas manos que me recibían. Lamentablemente justo como había soñado, iba a fallecer en una emboscada”.

Por ello, cuando alguien habla con María Jimena Gutiérrez Guevara sobre el legado de su amado, sus ojos vuelven a resplandecer con la llama vibrante del amor, el mismo, quizás más intenso, que sintió Romeo por Julieta, justo antes de que atravesaran el camino hacia la eternidad.

No en vano, William Shakespeare, en la obra literaria que relata la historia de estos dos enamorados, determina un símbolo que es “retrato mundial del amor eterno”, de esa misma historia replicada en miles de vidas como las de María Jimena y la de Hugo, para quien, como lo asegura el escritor inglés en su obra Romeo y Julieta *“había más peligro en los ojos de su amada, que en afrontar veinte espadas*

*desnudas, esperando que ella le concediera tan solo una dulce mirada”*¹, porque eso le bastaría para desafiar la calamidad del destino.

Así lo presiente María Jimena cuando contempla las tardes llaneras iluminadas por el naranja encendido del sol orinoquense. Momentos suspendidos en el tiempo que solo cobran vigencia en el instante en que el suave aleteo de un cálido recuerdo invade su fiel memoria, cuando ve *“a su flaco”*, en la puerta de la habitación, a ese caballero andante que siempre derrotaba con cartas románticas a los dragones del temor, dispuesto e impecable con su uniforme, a cumplir misiones del servicio policial –en la mitad de ensoñaciones y desconsuelos nocturnos– como signo de un eterno adiós, pero también de un nuevo tiempo de perdón, evidente en las sonrisas, en los ojos almendrados de sus hijas, quienes hoy son dos capullos de rosa a punto de abrir en plena adolescencia y quienes adornan con belleza exuberante el jardín de su existencia... Al fin y al cabo, Hugo era detallista, y a él le gustaba regalar flores grandes y de muchos colores, para que lo recordaran por siempre.

1 Shakespeare, William. Romeo y Julieta. 1952. Maison Carrée, España.



Por María Victoria Pérez Poveda

EL CORAZÓN DEL LEÓN

*“El miedo es ágil.
El coraje es pesado como una roca”.*
Mario Benedetti (1920- 2009)

El solo pensar que los pies desnudos de cinco policías, un soldado y tres guerrilleros, bajo el mando del Capitán Wilson Quintero Martínez, pudieron pisar la libertad cuando lograron escapar del cautiverio en que los mantenía la guerrilla de las Farc, trae un triste consuelo a Sara María Chitiva, para quien el destino de su hijo, el Cabo Segundo Gonzalo León Chitiva, después de esa intensa huida, es incierto año tras año.

El 21 de marzo de 1998 se quedó en la casa, desayunó y luego se despidió para no volver nunca más. Salió para un operativo que estaban planeando hace tiempo en el departamento de Vichada a un lugar llamado Puerto Príncipe. Sin embargo, **¿cuándo se produjeron las noticias de su secuestro?**

“El día que se fue, lo vi alejarse con su compañero en la moto. Al otro día unos policías vinieron a las 11 de la noche y nos dijeron que habían sido secuestrados los del grupo operativo por el frente del Negro Acacio de las Farc; además nos intentaron calmar al decirnos que estaban vivos... yo me fui a la habitación a llorar, no podía contenerme”.

Ese es el relato conmovedor de Sara María Chitiva, quien aún en la profundidad de sus sueños, busca una respuesta sobre el paradero de su hijo, sin que hasta la fecha haya podido encontrarlo. Su ausencia es insustituible; **¿cómo recuerda a su hijo, después de 17 años de larga ausencia?**

“Gonzalo hizo parte del primer curso de antinarcóticos a nivel nacional. Por sus venas no corría sangre roja, sino una especie de clorofila con la que alimentó sus aspiraciones durante su trayectoria en la Policía Nacional. Desde los cinco años perteneció con orgullo a la Policía Juvenil, y ya, a sus 13, quería servir con cuerpo y alma a la Patria. Por ello, cuando tuvo la edad requerida, en 1972, ingresó a la Escuela de Policía “Gabriel González” en Espinal (Tolima), donde se formó como Suboficial. Después fue enviado a la ciudad de Santa Marta y a los ocho meses lo trasladaron a la ciudad de Bogotá.

Su pasión era la operatividad policial. Fue así como se preparó para responder a la difícil situación de orden público por la que atravesaba el país, entrenándose con disciplina en cursos de alpinismo, patrullaje y primeros auxilios. Por estos méritos fue escogido para ser uno de los integrantes de los primeros grupos de contraguerrillas (hoy día conocidos como Escuadrones Móviles de Carabineros) en Colombia; también trabajó en interceptaciones, y al evaluar su destacada labor, la Policía lo envió a Estados Unidos para formarse en la Escuela de las Américas. A su regreso, la Institución lo destinó al municipio de Facatativá, de donde era oriundo, siendo nombrado comandante del Grupo Antinarcóticos”.

Las misiones que le fueron asignadas hicieron que su carácter fuera templado como el hierro —forjado a las más altas temperaturas del fuego— y generoso a la hora de responder al clamor ciudadano en una época adversa en la que era importante ser el policía de barrio, pero también por las difíciles condiciones de orden público, ingresar a grupos especializados como el Grupos Operativos Especiales de Seguridad (GOES) y al Cuerpo Especial Armado (CEA), ante la urgencia de contrarrestar nuevas modalidades delictivas y derribar el monstruo del narcotráfico, que en ese entonces asomaba sus gigantes tentáculos sobre la sociedad. Los policías que pertenecían a estas especialidades, siempre asumían el riesgo de atravesar en cualquier momento, el umbral entre la vida y la muerte. Ante su ilimitada entrega al servicio de la patria y el presentimiento de no volverlo a ver.

¿Cuál fue su último recuerdo?

“Recuerdo ese último día... yo le hice el desayuno que más le gustaba, caldo con huevo. Él me dijo, ‘mami, nos vemos la otra semana...’. Tengo que confesar que yo siempre tenía temor”, dice Sara, reprimiendo el llanto para no detener ese relato coincidente con las historias de otras madres y esposas que perdieron a sus familiares en este operativo.

Para el año de 1999, el comando en el que estaba Gonzalo culminó las operaciones antidrogas, en cuya ejecución destruyeron cuatro toneladas de cocaína y cinco de insumos químicos, los guerrilleros los rodearon rápidamente y no pudieron escapar. Esa crónica de su secuestro registrada en medios de comunicación **¿se conecta de alguna manera a su buena suerte en los distintos operativos policiales en los que participaba?**

“Él siempre llegaba en las noches. Hoy miro su equipo de campaña... su inseparable, el que estuvo con él cuando se libró en más de una ocasión de la muerte...”

Según nos contó el mismo Gonzalo, una vez estando en un helicóptero, el proyectil de una M-60 le rozó en medio de las rodillas. Sus compañeros pensaron que lo habían matado, pero para ese entonces, las bendiciones lo perseguían a donde él iba”... cuenta Sara, apretando un pañuelo en sus manos.



Fuente:
Fotografía
suministrada
por la familia.

Sin duda, él fue un aguerrido protagonista de operativos cinematográficos que superaban cualquier película de acción, y cuyo marco escénico era el conflicto armado en Colombia. Más de tres horas de intensa confrontación terminaron por minar las fuerzas del Comando, y aunque un helicóptero artillado intentó formar un anillo de protección para blindar a los policías que estaban en tierra, cayó al suelo; luego, la aeronave fue incinerada por los guerrilleros. **¿Los policías que estaban adentro no tuvieron otra opción que rendirse ante sus captores?** Responde su hermano Orlando:

“Desde ese día en adelante no apagamos nunca el televisor, cualquier noticia relacionada con policías, la mirábamos y casi ni dormíamos esperando a los nuestros. Ante esta circunstancia, la Institución creó un grupo de atención a las familias de policías secuestrados porque varias familias no soportábamos el dolor. Para ese entonces tenía su novia llamada Deisy, quien casi no se puede recuperar con la partida de mi hermano.

A los cuatro meses llegó un video a la Policía, donde salía el Capitán Quintero, nos llamaron y reunieron a toda la familia... Ese día sentimos una inmensa alegría... No obstante, a todos los secuestrados se les veía la tristeza en medio de los bellos mensajes que transmitían. El fin de Gonzalo era alentar nuestra resistencia y acorazar nuestra alma de fortaleza. Lo curioso del video es que salía el Negro Acacio, exhibiéndolos como si fueran un trofeo de guerra. Les filmaban las manos y la dotación... ¡Qué momento tan difícil para ellos y para nosotros!

Durante el tiempo de su secuestro, las pruebas audiovisuales de supervivencia que envió la guerrilla mostraban las crueles secuelas del secuestro. Sus barbas y cabellos crecidos, los hacían irreconocibles; sin embargo, eran intactas su capacidad de lucha y la esencia de su formación policial”.

La hostilidad del cautiverio no fue obstáculo para que su anhelo de resistencia ante cualquier adversidad, les permitiera retornar a la libertad. Después de 9 días de fuga, y de llegar al rancho de un administrador de una parcela de coca, fueron delatados y recapturados por los guerrilleros, quienes pidieron refuerzos

para cumplir las órdenes del Negro Acacio, de volverlos a traer vivos o muertos. Hacia el amanecer, los guerrilleros rodearon el lugar donde se habían refugiado y no bastarían las crónicas periodísticas para relatar la barbarie con la que fueron ultimados. Una lluvia de balas los alcanzó mientras corrían raudos hasta el río. Pero, realmente **¿ahí fue donde se perdió para siempre el rastro de Gonzalo?** Responde su hermano Orlando:

“Según versiones de prensa, un informante decidió colaborar con la operación tripartita iniciada por la Policía, el Ejército, y la Fuerza Aérea para rescatar al grupo en el que se encontraban los uniformados. Sin embargo, su ayuda fue tardía. Al final de esta misión, su guía permitió descubrir dos fosas, una en la que enterraron al Capitán, a los Agentes Alfredo Rojas, Antonio Culma y a un guerrillero, y otra en la que fueron escondidas las pertenencias del Capitán, entre ellas, algunas sábanas blancas, posiblemente con las que el oficial planeaba enviar señales de vida. El único cuerpo que no apareció fue el de mi hermano”.

52

Esas sábanas con el tiempo vinieron a ser una metáfora del sudario que seca las lágrimas de los héroes, y una prueba reveladora de sus sufrimientos, pero también de sus hazañas en la confrontación contra toda clase de mal. De hecho, los relatos advierten que el Capitán Quintero y todos los integrantes de la Fuerza Pública que estaban con él, eran tan fuertes que no se doblegaban a las humillaciones y tratos denigrantes a los que los sometía la guerrilla **¿en qué momento se tuvo la esperanza de encontrarlos vivos?** Responde su hermano Orlando:

“Dicen que lograron atravesar ocho anillos de seguridad de la guerrilla y alcanzaron a llevar comida hasta para 15 días de supervivencia. Las versiones indican que cuando huyeron se dividieron en dos grupos...”.

Para la familia de Gonzalo este no era el capítulo final de la historia; todos sabían que él era un experto en supervivencia y que en cualquier momento podía comunicarse con los suyos... Llegaron a pensar que aún estaba escondido en las selvas del Guaviare para evitar cualquier retaliación de la guerrilla, pero el paso del tiempo ha desvirtuado esta convicción. No obstante, **¿existen posibilidades de que aparezca vivo?** Responde su hermano Orlando:

“Él ya se habría comunicado con nosotros después de todos estos años, pero aún tenemos la esperanza de que la misma guerrilla nos diga dónde dejaron su cuerpo para darle cristiana sepultura.

Ante la inquietud que nos generaba su desaparición, recuerdo que durante el proceso de paz en San Vicente del Caguán hicimos un viaje. Yo en avión, mi mamá por razones de salud y Marina mi hermana, por tierra. El Gobierno daba un pasaje aéreo por familia, pero cuando llegamos nadie decía nada ni sabía nada. Sentimos que habíamos perdido ese viaje. El Mono Jojoy no llegó para darnos la información que necesitábamos y Carlos Antonio Lozada, en ese entonces cabecilla guerrillero, nos dio doscientos mil pesos para que nos devolviéramos y nos dijo... ¿se me van ya!

Nos tuvieron tres días, pero nadie nos dio razón de mi hermano Gonzalo. Es más, enviamos cartas que nunca llegaron a su destino. No hubo día que no mandáramos mensajes en el programa radial: ‘Las voces del secuestro’... Aún esperamos una respuesta de sus captores.

Uno quisiera ir al Guaviare a preguntar en las profundidades de la selva, dónde quedó mi hermano, pero todavía el país está en proceso de transición y eso es un peligro. Por estas razones, le pedimos a la guerrilla que nos digan la verdad, que nos cuenten qué hicieron con los desaparecidos de la Fuerza Pública, porque parte de la paz y de la reconciliación, es decir la verdad, y esa verdad no ha llegado a nosotros. Mi padre lleva 17 años en silencio sobre el tema y él no permite que le nombren a mi hermano porque se le acaba la vida”.

Su familia sabe que el persistente Gonzalo dio su existencia por lo que creía. Por eso, todos sus integrantes guardan en la intimidad del hogar, cada elemento de su propiedad personal como las reliquias sagradas de un guerrero. En este caso, **¿cuáles son esos tesoros personales y familiares que salvaguardan la memoria e impregnan de sentido los hechos acontecidos como hermano?**

“Su sobrino tiene sus botas de campaña –con el olor del monte–; yo tengo un buzo verde –con el sudor de sus

entrenamientos-, y una maleta, debido a que Gonzalo era enfermero, y mi mamá tiene una foto de él, encima de la mesa del comedor, que nadie puede quitar de ese lugar”.

Esos objetos personales son un enigma que los conecta con la atemporalidad de los años más intensos de su ser amado. Sus pertenencias redimen las emociones congeladas por la incertidumbre de los sucesos. No en vano, en otra situación de terror que vivieron otras víctimas en el conflicto, como el General (R.A) Luis Mendieta, quien estuvo secuestrado más de una década por las Farc, entregó a una artista (Érika Diettes) su rosario hecho a mano y fotos, a fin de evidenciar en un museo, el impacto del dolor de los días que pasaron alejados de sus familias, como una obra de arte que redime la más cruel tortura, en forma de barco sutil, para no naufragar en medio de los ríos más caudalosos de la memoria. De igual modo, lo interpreta Orlando, para quien tener la maleta con el instrumental de enfermería de su hermano, es también la posibilidad de observar el estrecho camino por donde los sueños emprendieron la fuga desde el día en que la guerrilla se lo llevó. Aun así, **¿considera usted como hermano que los objetos permiten traer de alguna manera a la vida al ser querido?**

“A pesar de las dificultades, Gonzalo siempre nos enseñó que cuando uno se propone las cosas, las consigue... ese fue su legado. Él me ayudó a ingresar a la universidad, pero todo cambió con su ausencia. En la lidia por conseguir pistas sobre la suerte de mi hermano, tuve que abandonar el trabajo como operario en una fábrica y los estudios en una universidad tecnológica para acompañar a mi madre a las reuniones de la Asociación Surcolombiana de Policías y Soldados Secuestrados, a las bases de antinarcóticos, a los medios de comunicación y a la zona de despeje.

Conmemoramos cada primero de noviembre, cuando mi hermano cumplía años. Si nos lo hubieran permitido, hubiésemos celebrado sus 44, pero lleva 17 años desaparecido. Recordamos que en la finca El Naranjal, en Sasaima, donde hoy vive mi mamá con mi padre Cándido León, un día llegó Gonzalo con un chigüiro¹ para

¹ Roedor, anfibio natural de Suramérica, cuya carne es muy apetecida.

prepararlo... A él le gustaba unir a la gente con ese tipo de detalles. Siempre nos hacía reír con sus apuntes, pero todos sabíamos que sus momentos de seriedad, el gran amor y su misión de su vida, era la Policía Nacional”.

El vaivén de los recuerdos no deja que el alma de los dolientes se aquiete. Por ello, cada vez que la familia del Cabo Segundo Gonzalo León narra el desenlace de esta historia que inició el 23 de marzo de 1998 con el secuestro del Capitán Quintero y sus hombres, luego de destruir un complejo cocalero de 12 campamentos; su tragedia es una clara remembranza del libro de Crónicas, en la Biblia, en el cual se relatan las hazañas de un grupo de hombres al mando del Rey David, quienes se ganaron el mérito histórico de ser denominados “valientes”, por su disposición a confrontar sin temor la fatalidad, pero aún más, por la dificultad de los tiempos de crueldad y maldad indiscriminada que enfrentaban.

Por el cauce de sus venas corrían torrentes de fortaleza. Eran hombres “dispuestos a pelear sin doblez de corazón”² porque nunca antepusieron sus proyectos de vida ni siquiera sus sueños personales, a los intereses de la patria, siendo superiores a la misión asignada.

En la intimidad y el bienestar de su finca para doña Sara y don Cándido, sus padres; sus hermanos: Judith, María Eugenia, Orlando, Marina, y sus sobrinos, para quienes Gonzalo fue uno de los policías que en Colombia edificó los cimientos de un país en paz, pues él representa al rey de la selva en todo lo que hacía: Silencioso, sigiloso, con una nobleza, una inteligencia, un poder y una fuerza impresionante que aún laten en el corazón de cada uno de ellos, sin importar el paso del tiempo, por ser el líder de la manada, al que ellos por siempre llamarán en su nostálgico clamor ¡León!

² (1 Crónicas 12:33). Cita bíblica.



Por Érica Jiménez y Meredith Peñuela

UN HOMBRE DE AUTORIDAD



*"Lo que cuenta no son lo años de tu vida. Es la vida en tus años".
Abraham Lincoln*

Desde la Constitución de 1886, se le ha atribuido carácter obligatorio a la prestación del servicio militar en Colombia. Allí se establecía que todo colombiano debía tomar las armas cuando las necesidades públicas lo exigieran, para defender la independencia nacional y las instituciones patrias. La Ley 1ª del 19 de febrero de 1945, establece que todo varón colombiano está obligado a inscribirse para la prestación del servicio militar.

En 1991 esta ley es regulada, lo que generó una transformación en la cultura jurídica respecto a la carta del 86; uno de los cambios más relevantes fue que no se permitía el reclutamiento de menores de 18 años ya que en otros tratados se contemplaba como edad mínima los 15 años. La última regulación de esta ley se lleva a cabo en el 2017. Allí se mejoran

las condiciones de los colombianos que prestan el servicio militar por medio de incentivos y beneficios relacionados con trabajo y estudio.

En el 2006, Iván Steven Barrera Rodríguez, un bogotano de 18 años, recién egresado del colegio Robert Hooke, ubicado en el barrio Restrepo de Bogotá, busca definir su situación militar. Se presenta a la Policía Nacional, contemplando la oportunidad de ser auxiliar de Policía. Allí dura un año, hace parte de la Policía Ambiental Ecológica, por lo que siempre estuvo en una oficina cubriendo horarios de ocho horas.

Cuando termina el año de servicio, la Policía le ofrece la oportunidad de seguir su carrera como patrullero. Barrera no duda un segundo en aceptar dicha propuesta, pues su servicio militar había sido muy tranquilo, además, contaba con el apoyo de sus padres.

Para hacer parte de la Institución debía hacer un curso de un año en la Escuela Nacional de Carabineros Alfonso López Pumarejo, ubicada en Facatativá, Cundinamarca. Allí tenían clase desde las seis de la mañana hasta las cinco de la tarde. Cuando Barrera obtiene el grado de Patrullero, es enviado a la Estación de Policía de Fortul, en el departamento de Arauca, frontera con Venezuela. Este municipio es uno de los siete municipios que, durante años, ha sido considerado una zona especial de orden público. Este limita al norte con Saravena, al sur con Tame, al este con Arauquita, y al oeste con Güicán. **¿Cuál fue su impresión al llegar a ese lugar?**

“Por ser de ciudad no me imaginé que había pueblos así, creo que nadie imagina pueblos como los de Arauca.

(...) Mi concepto de Policía para ese momento estaba errado, creía que un policía solo se la pasaba de arriba para abajo en su moto haciendo requisas. Quizá eso es lo que piensan muchos (...).”

Como era una zona de orden público, todos los días había atentados terroristas, ya sea a militares o a policías. En ese lugar delinquiría el frente Domingo Laín Sáenz del Eln (Ejército de Liberación Nacional). Transcurridos apenas seis meses en Fortul, Iván sufre un atentado en el que mueren nueve de sus compañeros.

Ese día, jueves 4 de diciembre de 2008, reportan que había un cadáver de una mujer cerca al cementerio de Fortul, es decir, a más o menos, kilómetro y medio de la Estación de Policía. Para confirmar dicha información, el Comandante llamó a la Alcaldía para hablar con un inspector, pidió que se confirmara el reporte que había llegado a la Estación; esto con el fin de no perder tiempo ni esfuerzo con el despliegue de hombres. Pasaron quince minutos y recibieron la confirmación por parte del inspector, así que se organizó un grupo de nueve hombres que debían ir a darle solución al caso; por supuesto, Barrera estaba incluido. **¿Cómo llegó ese reporte a ser un momento de dolor para muchas familias?**

“Para atender el caso, salió primero una moto con un hombre, luego una patrulla con seis más, y para cerrar el despliegue, otra moto con dos uniformados. Pasaron diez minutos y se escuchó un estruendo fuerte: una bomba. Minuto y medio después empezaron a sonar disparos de fusil, y por medio de los radios, pedían apoyo los nueve hombres que minutos antes habían salido de la estación.

Seis minutos después del ataque, los nueve hombres dejaron de reportarse por los radios. En la estación había desconcierto. Nadie sabía qué debían hacer ante lo que estaba sucediendo, todos los policías que eran de altos grados se encontraban en medio del enfrentamiento. Un patrullero que tenía mayor antigüedad en la Institución, tomó el liderazgo y organizó una reacción de ocho hombres.

Cada policía se equipó tomando un fusil y un casco, y salieron para tratar de repeler el ataque que estaban sufriendo sus compañeros, pero no contaban con que a la salida de la Estación habría más guerrilleros que impidieron su desplazamiento.

Al parecer, todo estaba planeado por el frente Domingo Laín Sáenz del Eln, a quienes se les atribuyó el ataque y la muerte de los nueve policías. Ellos sabían que la forma de llegar al cementerio era cruzando por la única vía destapada que había, así que en medio del camino enterraron los explosivos que sirvieron para el aturdimiento de los compañeros, y cuando estos trataron de reaccionar, siete guerrilleros los remataron con disparos de fusil”.

Medios de comunicación como la revista *Semana* y el diario *El Tiempo*, cubrieron la masacre y compartieron los nombres de los nueve policías, que no pasaban los 25 años de edad:

*Teniente Javier Édison Gómez Mancillo
(comandante de la Estación)*

Subintendente Orbi Yesid Hernández Bernal

Subintendente Luis Alberto Zambrano Contreras

Patrullero Wílmer Evelio Parrado Orjuela

Patrullero Andrés Jerónimo Calderón Martínez

Patrullero Nelson Oswaldo García Rozo

Patrullero Darwin David Mogollón Bedoya

Patrullero Wilson Fabián Rivera Cabezas

Patrullero Francisco Rivera Urrutia

Según la revista *Semana*, se ofrecían 100 millones de pesos a quien proporcionara datos para dar con la captura de los responsables. El diario *El Tiempo*, por su parte, publicó que habrían sido dos cargas explosivas las que se activaron por medio de un control remoto al paso de los uniformados.

Eran tan solo seis meses los que Barrera llevaba en Fortul y ya había visto a muchos de sus compañeros morir. Tuvo que realizar varios patrullajes, que le permitían interceptar y decomisar cargamentos de contrabando en la frontera con Venezuela, así como capturar milicianos de aquella organización guerrillera. **¿Qué acciones se llevaron posterior a ese ataque y como tomó su servicio?**

“Un mes y medio después de la muerte de los policías hubo trabajo de inteligencia, un equipo técnico de Bogotá llegó a hacer inteligencia en el pueblo. Pudieron capturar a los guerrilleros porque después de haber asesinado a los policías hicieron una celebración y se emborracharon en una vereda de Arauca.



Fuente:
Fotografía
suministrada
por Javier
Barrera

Yo participé en la recaptura de 8 o 9 guerrilleros. A ellos los condenan por el delito de homicidio y con el agravante 'a servidor público'. Sin embargo, me enteré que, de las personas capturadas, condenaron a tres, a los demás los anexaron a un proceso y los dejaron libres debido a que esos delitos se le atribuyen al cabecilla. Si el frente mató a una persona se reconoce que fue la guerrilla, no al guerrillero como tal.

(...) Cuando compartes con 30 o 40 hombres todos los días, te conviertes en una familia, y debido a los hostigamientos casi siempre mataban a un policía o a un militar, así que, en ocasiones, jocosamente hablábamos con los militares y nos decíamos: hoy toca que la cuota la pongan ustedes, porque a nosotros ya nos tocó. Creo que después de un tiempo se vuelve costumbre perder a un compañero cada nada, te vuelves frío; pero cuando salía a un patrullaje, sólo oraba para que ese día no me tocara a mí".

La situación era difícil para los integrantes de la Fuerza Pública. Debido a las constantes amenazas de este grupo guerrillero a los pobladores, el conseguir víveres se hacía una tarea de gran astucia debido a que el desplazamiento se debía hacer con la mayor precaución posible y para completar, al llegar al pueblo las tiendas cerraban para evitar cualquier represalia. Ya pasados cuatro años en esa jurisdicción, Barrera fue trasladado al departamento de Cundinamarca, en donde su trabajo como policía tuvo algunos cambios. En ese lugar volvió a experimentar la sensación de ir tranquilo a comerse un helado o asistir a una función cinematográfica, y aunque no tiene ninguna afectación física como sucedió con algunos de sus compañeros, asegura que la violencia sí dejó grandes secuelas psicológicas, a lo que Jorge Alejandro Ramírez, psicólogo e intendente de la Policía, comenta:

"No en todos los casos se lleva a cabo el mismo procedimiento por parte del área de psicología de la Policía, ya que se debe tener en cuenta el tipo de afectación que tiene el uniformado. Se realiza un seguimiento para evaluar y conocer cómo es la forma en que la persona está asimilando el evento en el que estuvo involucrado; a partir de esto se empiezan a realizar actividades con el individuo y, si es necesario, también se brinda compañía a los familiares".

Meses después es trasladado a Bogotá a la Estación de Policía de Kennedy. Allí, desde hace dos años, desarrolla labores de patrullaje. **¿Cómo fue esa nueva tarea ahora en la ciudad?**

"Supuestamente el trabajo en la ciudad es más relajado, pero siento que acá la delincuencia está muy bien organizada. En una noche de trabajo cualquiera, a la Estación llegan a reportarse unos cincuenta casos de personas que solicitan la presencia de la Policía. Hurto y agresiones suelen ser las denuncias más repetitivas y prioritarias".

La labor de portar el uniforme requiere de un grado de responsabilidad alto, cada uniformado debe estar al tanto de lo que suceda en los barrios que le han sido asignados. Deben saber controlar todo tipo de situación, pues muchas veces, les corresponde atender casos de prostitución, drogadicción y excesos de alcohol, entre otros. **¿Cómo describe el servicio de Policía?**

"Cuando uno se pone el uniforme es otro mundo. Te transformas ante la gente. Para algunas personas todos somos corruptos. Con este uniforme se aprende a soportar tensión y generamos una alta dosis de paciencia. Al parecer, no comprenden que también somos seres humanos, que tenemos familia y que este es nuestro trabajo".

Jenith Lizarazo es la esposa de Iván, y asegura que en varias ocasiones ha tenido que hacer uso del hielo para tratar de desinflamar los golpes que recibe durante el servicio, y que la impotencia de no poder hacer nada para evitar que la gente sea atrevida y comprenda la labor que hace su esposo es una frustración que la acompaña cada vez que lo despide. Sin embargo, es un motivo más para afrontar los desafíos de esa profesión. **¿Qué representa el ser policía para usted a pesar de las dificultades diarias?**

"Salir de un ambiente en el que se está agitado, haciendo registros a persona, capturando delincuentes y lidiando con la comunidad, no es tarea fácil. Cada que llego del trabajo, imagino que en la entrada de mi casa hay un árbol. Allí siempre cuelgo todos los problemas o altercados que he tenido en la jornada para no dejar que mi hogar se

contamine de esa energía. Por eso, cada vez que tengo la oportunidad de pasar mayor tiempo con mis hijos, Jean Paul, de 10 años, Mía de 2 y mi esposa, no dudo en hacerlo”.

Germán Daza es un patrullero que conoce a Barrera desde que estaban haciendo el curso para ser policías, es decir, desde el año 2007 él asegura que su amigo Iván siempre ha sido un hombre responsable y comprometido con la labor y además una persona divertida y calmada que pocas veces se ve enojado por alguna situación.

A pesar de las circunstancias por las que el patrullero ha tenido que cruzar estando en su trabajo, tiene gran sentido de pertenencia hacia la Policía. Dice que cada día desarrolla su labor con más energía, valor, cariño y pasión. En síntesis, siente que está haciendo algo que vale la pena, por él, pero principalmente, por su familia. Ya luego de casi 13 años de servicio al país, Barrera ha decidido continuar su labor en otro gran desafío: ser esposo y padre de tiempo completo, pero **¿cuáles fueron las enseñanzas que le dejó el haber sido policía?** y **¿cómo ha cambiado su visión de ella?**

64

“Bastantes aprendizajes. Hubo una recompensa personal, aprendí a crecer como ser humano y ser ejemplo en la sociedad. Hay muchas enseñanzas y valores que resaltar de la Institución porque todo lo que tengo se lo debo a la Policía. Hay cosas para aprender, corregir y contribuir como ser humano.

(...) La Policía tiene etapas que mucha gente no conoce, tiende a ser radical. Como persona tiene que entregarle mucho a la Institución. Ser policía es un trabajo poco reconocido y muy subvalorado porque se es la piedra en el zapato de la gente. ¿A quién le gusta que le apliquen la autoridad? A nadie.

(...) Me gustaba y ahora siento que fue la mejor decisión como policía siempre hacer las cosas bien, nunca me metí con bandas a delinquir ni casos de corrupción. No tengo ninguna queja que permita afectar mi buen nombre y excelente trabajo que desempeñé en la Institución (...).”





Por María Victoria Pérez Poveda

EL ADN DEL AMOR

*“Con la tristeza se puede llegar
lejos si uno va solo”*
Mario Benedetti (1920-2009)

El día lunes, 25 de enero de 1999 a la 1 y 19 de la tarde, con una magnitud de 6,1 en la escala de Richter, la ciudad de Armenia colapsó a causa de un terremoto que sacudió todo el Eje Cafetero de Colombia, y que arrojó un triste saldo de mil personas muertas. Ese mismo día, la casa de Mariana Betancourt Álvarez, hermana del entonces Patrullero Éduard Mauricio Betancourt, secuestrado por las Farc el 23 de marzo de 1988 en el departamento del Vichada, quedó totalmente devastada, y a la espera incierta de su hermano se sumó la tragedia natural que acabó con su casa materna.

Fue un doble sufrimiento, posible de soportar debido a la misericordia y el bálsamo de paz que sólo Dios podía proporcionar a su corazón para sanar las heridas del alma y evitar la flamante victoria de la soledad.

Según las noticias de la época, era un total desconcierto la desaparición de su hermano, de su compañero de juegos infantiles, **¿cómo vivió ese momento?**

“Para nosotros, la situación de mi hermano, el Patrullero Éduard Mauricio Betancourt era de total incertidumbre. Al parecer huyó del lugar donde lo tenían secuestrado. Las autoridades que emprendieron las labores de rescate de los uniformados que estaban con él nos decían que su ubicación era un misterio.

Ante estos hechos se manejaron varias hipótesis: algunos dicen que todos los que estaban con mi hermano escaparon en compañía de los guerrilleros para sobrevivir, y otros dicen que decidieron dividirse en dos grupos”.

Mariana aún tiene puestos en sus zapatos, los pasos de la marcha que realizó junto a otros familiares de policías y soldados secuestrados por la subversión en las principales calles de Armenia, para recordarle al país la condición desesperanzadora por la cual atravesaban estas familias, luego del fatal sismo y como reclamo de las acciones violentas de actores armados ilegales, que habían desintegrado sus hogares. **¿Esos momentos de tragedia podían superarse en la evocación del ser querido?**

“Mauricio siempre fue muy pilo y activo. Cuando se le metía una idea en la cabeza, siempre la tenía que llevar a cabo, como cuando aprendió a montar patines. Se consiguió unos de cuatro ruedas talla 37; y aunque él calzaba 42, se los metió como pudo. Se paraba, se caía, volvía y se levantaba, y al fin aprendió. Después se consiguió una moto. Un día se estrelló, pero él siempre se recuperaba de los desafíos que le planteaba la vida” ... Con esas palabras se ilumina el delicado rostro de Mariana.

“Todavía guardo las cartas que envió Mauricio durante su cautiverio, y en las cuales él mismo intentó calmar la angustia de su ausencia y la causada por la tragedia del terremoto”.

Así lo evidencia una carta que llegó en enero de 1998 por debajo de la puerta de la casa de doña Sara, la mamá de Gonzalo León, otro policía desaparecido

en el mismo operativo en el que se perdió el rastro de Mauricio León. Ellos dos iban en el mismo helicóptero, que fue incinerado por la guerrilla. En la misiva, **¿cómo expresaba el uniformado, la angustia de su secuestro y el terremoto que afectaba a su familia?**

“Mauricio nos escribió una carta que quisiera leer para responder a esta pregunta...”

...Hola querida familia, espero y pido a Dios que se encuentren bien. Se me presentó esta oportunidad para escribir y expresarles que me siento muy triste y preocupado por lo sucedido en el Quindío...

He estado pendiente de las noticias desde el momento en que empezó la tragedia... y me duele mucho que esto haya pasado y siento más no poder estar con ustedes en estos momentos tan difíciles y angustiosos... y desde esta selva tan remota les mando una expresión de cariño, amor y fraternidad a todos ustedes y vecinos para que sigamos luchando con más fuerza para seguir adelante triunfando y sobrepasando todas estas situaciones duras y dramáticas. Yo sé que ustedes son muy fuertes y emprendedores, sepan que me siento muy orgulloso de ustedes y les admiro”.

Ese aliento que enviaba Mauricio era el combustible para marchar en silencio con pancartas y letreros para solicitar a la guerrilla la liberación de cada uno de sus uniformados secuestrados en los ataques guerrilleros de San Carlos, Vichada, Miraflores y Mitú, a fin de que el sonido y el eco de su padecimiento pudieran ser escuchados en la conciencia de la comunidad nacional e internacional, a causa del martirio y la desolación que produjo la ausencia abrupta de sus seres queridos. Su solicitud era clara: que no hubiera más secuestros en Colombia. Pero **¿de qué manera su clamor de libertad era en cierto momento escuchado y respondido por sus captores?**

“Nos salvamos de morir en el terremoto porque alcanzamos a salir hasta la puerta, pero nosotros estábamos más preocupados por el desespero de Mauricio ante el impacto de esta noticia. Exactamente a los 11 días de retención en las

selvas del Vichada, el frente 16 de las Farc envió unas pruebas de supervivencia de los cinco policías antinarcóticos y del soldado del Ejército”.

Ellos eran el Capitán Wilson Quintero Martínez, los Patrulleros Eduardo Betancourt Álvarez, y Alfredo Rojas Vargas, los Agentes, Antonio Culma Chico y Gonzalo León Chitiva, quienes habían sido secuestrados el 23 de marzo de 1998 cuando la guerrilla derribó el helicóptero en el que realizaban tareas de erradicación, y del soldado Jhon Jairo Cubillos Peter, adscrito a la IV Brigada del Ejército Nacional, quien fue secuestrado ocho días después en el sector de La Catorce, zona rural de Cumaribo en el departamento del Vichada”.

Álgidos tiempos de ausencia, de lugares, de objetos, de eventos que sólo adquirirían sentido por ese ser amado que ya no estaba. Así lo discierne Mariana, al evocar los anhelos y las bellas locuras de su hermano, al recordar galanes momentos con su hermano y preguntarse **¿cuáles son los recuerdos que permiten superar en algunos momentos la agonía de su desaparición?**

“En mi familia había muchos tesoros emocionales y el baúl de mi papá era uno de ellos, allí tenía guardadas unas canicas cristalinas y una pistola, que Mauricio anhelaba, pero su padre le había advertido que él se iba a convertir en heredero de esas riquezas, después de su muerte. Por eso, de pequeño preguntaba con la inocencia propia de su edad: ¿cuándo se va a morir y me va a dar la pistola?”

Ya en su madurez de su adolescencia tuvo plata para comprar la pistola y una moto.

Mi papa fue policía y mi mamá enfermera. A Mauricio le gustaba la Ingeniería Civil, pero prestó servicio y le quedó gustando la Policía. Luego se enroló para elegir el destino que abrazaría por siempre. Adelantó en Tuluá un curso con los americanos e hizo parte del primer Curso Jungla. El formó parte del grupo selecto de los diez mejores”.

Por aquella época, la prensa registró una foto desgarradora de la hija del Capitán Quintero, abrazando y besando el tierno registro de su progenitor en las pruebas

documentales que fueron entregadas a los familiares en las instalaciones de la Policía Antinarcóticos. Esa imagen que aproximaba lo lejano, que hacía visible lo invisible, que revelaba el desierto de los unos esperando a los otros, y el espejo de la esperanza, era una silueta adherida a la búsqueda sin fin. Un vacío alojado entre la cavidad del corazón y el recipiente de flores nocturnas que siempre reposan sobre el recuerdo.

“El último día que lo vimos, se levantó a las 4 y 30 de la mañana y mi mamá le hizo el desayuno. Tres días antes de que lo secuestraron nos llamó por teléfono” ...comenta Mariana con lágrimas en sus ojos.

Sin embargo, la alegría se mezcló con la angustia el día que el Capitán Quintero escapó con sus valientes, de las Farc, y mucho más cuando las balas de la subversión acabaron con su vida y la de sus compañeros de fuga. El saber que su hermano había corrido la misma suerte, fue su mayor desconsuelo. **¿Qué noticia recibieron?**

“Nosotros nos enteramos que el día del secuestro, otro joven uniformado se suicidó con un tiro, cuando la guerrilla lo fue a coger... quizá del desespero por todas las noticias que se recibían en la época de lo que la guerrilla hacía a los secuestrados”.

En ese entonces las familias de los desaparecidos empezaron a conformar un solidario núcleo a causa de la tragedia que las unía. La primera vez que Mariana Betancourt, de Armenia, y Orlando León Chitiva, de Facatativá, viajaban juntos fue a la zona de despeje en busca de sus hermanos, Mauricio y Gonzalo. Tomaron uno de los 10 buses que desde Bogotá partieron hacia San Vicente del Caguán, con familiares de 500 policías y soldados secuestrados por las Farc, según quedó registrado en las crónicas periodísticas del periódico *El Tiempo*, del año 1999:

“Con lista en mano, un guerrillero les confirmó que los uniformados figuraban como retenidos en Puerto Príncipe, Vichada, durante un ataque del frente 16 al mando del Negro Acacio, reconocido como el Pablo Escobar de la guerrilla, según lo describían informes periodísticos.

Orlando recuerda que una guerrillera de 15 años les dijo que no se preocuparan, que Gonzalo y Mauricio estaban bien de salud. Ocho días después ocurrió la fuga.

Nos alegramos y pensamos que eran unos berracos. Pero cuando por radio emitieron un funesto anuncio del Mono Jojoy que ordenaba a sus hombres encontrarlos vivos o muertos, empezó la angustia. Una semana más tarde, un raspachín condujo al Ejército al lugar donde estaban enterrados el Capitán Quintero, los Agentes Rojas y Culman y el guerrillero de las Farc, los encontró y los mató. Pero de Betancourt, de León y del soldado Cubillos no había rastro.

Por eso el segundo viaje de Mariana y Orlando a la zona de distensión ya no había certeza sobre su supervivencia. Con el apoyo de la Asociación Surcolombiana de Familiares de Policías y Soldados Secuestrados, ellos dos viajaron nuevamente a San Vicente del Caguán, acompañados de familiares de otros cinco desaparecidos. Viajaron tres horas por una carretera destapada hasta el sitio La Sombra con la ilusión de recibir una respuesta. Pero esta vez no hubo guerrillero con lista en mano, ni palabras alentadoras. Les dijeron que los jefes guerrilleros no podían recibirlos porque no se encontraban en la zona”.

Por esa fecha, Éduard Mauricio Betancourt y Gonzalo León Chitiva hacían parte, desde ese entonces, de los más de 80 uniformados secuestrados en los ataques guerrilleros, de los cuales nunca se ha tenido noticia. A pesar de que el Gobierno Nacional y la guerrilla establecieron diálogos en la llamada “Zona de Distensión” y se generaban espacios de conocimiento de la verdad. **¿Cómo fue esa travesía para buscar a los policías desaparecidos?**

“Cuando viajamos al Caguán, la guerrilla citó a las madres de los secuestrados y nos dijo que fuéramos a las marchas para presionar al Gobierno. Cuando estuvimos en esa travesía, ellos ya se habían fugado, y duraron más o menos de 15 a 20 días en la selva. Lo más triste es que solo estaban a 15 kilómetros para alcanzar su libertad total.



Fuente:
Fotografía
suministrada
por la familia.

El problema era que Rojas tenía paludismo y por esta situación tuvieron que pedir auxilio al habitante de esa casa donde fueron ajusticiados. Dicen que el soldado se voló hacia el río y que le dispararon, que los habían enterrado en dos fosas, pero que luego los cambiaron”.

Frente a esa situación, la jurisprudencia internacional de Derechos Humanos fue unánime en considerar que la angustia y el sufrimiento causados a los familiares por la desaparición de su ser querido y por la continua incertidumbre sobre su paradero constituyen una forma de tortura o de tratos crueles e inhumanos¹. Así lo siente y expresa Mariana, con un tono de voz que se quiebra en medio del llanto,

¹ Centro de Memoria Histórica. Huellas y rostros de la desaparición forzada (1970-2010). Tomo II. Pág. 21.

por la constante incertidumbre. Aun así, **¿cómo superar esta situación desde la posibilidad del perdón?**

“Nosotros perdonamos estos hechos tan dolorosos en los que perdimos a los nuestros, pero debe haber justicia. No queremos ser solo parte de una estadística de desaparecidos. Esta no es la tragedia de un par de familias, es la tragedia de toda una Institución y de un país que reclama paz pero también que le dice no a la impunidad. Los secuestrados que retornaron a la libertad nos contaban situaciones denigrantes... que todo el tiempo los amarraban al cuello unos con otros, que para ir al baño uno, tenían que ir todos, que además dormían en huecos hechos en la tierra, como una especie de tumbas; que se las pasaban amarrados a palos y que el grupo que más aislaron fueron el de nuestros seres queridos. Lo que pedimos es que se nos dé una respuesta por parte de quienes los vieron y estuvieron con ellos por última vez”.

En medio de este contexto de dolor interminable, y a fin de dar respuesta a casos como el de Mariana, el Estado colombiano expidió la Ley 589 de 2000, cuya disposición creó la Comisión de Personas Desaparecidas y el Registro Nacional de Desaparecidos (RND). Este sistema recopila la mayor cantidad de información oficial sobre personas desaparecidas para orientar los esfuerzos en su búsqueda y responder dos preguntas: ¿cómo murió? y ¿quién era? Es así como se han hecho pruebas y cotejos de muestras biológicas a distintas familias a fin de hallar respuestas certeras en casos como el de Mauricio.

Lo anterior, teniendo en cuenta que la genética forense estudia los restos biológicos de interés criminal, como herramienta en la investigación, para seguir la huella y reconstruir lo que sucedió, y así brindar respuestas que intenten aliviar el sufrimiento de los familiares de desaparecidos. Sin embargo, en esta historia particular, la genética que va a ser determinante no es el cotejo genético aleatorio comprobado en un laboratorio forense, sino la demostración de que el único ADN que comparten los Betancourt con su amado y buscado Mauricio es el del amor. El ácido desoxirribonucleico, para ellos, es más que un compuesto orgánico que almacena y transmite de generación en generación la información que los

identifica como integrantes de la misma familia, según el descubrimiento de un secreto a voces, por parte de la misma Mariana. **¿Cómo dieron a conocer a los organismos de investigación una noticia que solo era un secreto de la familia?**

“Nosotros éramos un hogar casi de solo mujeres, pero mi mamá quería un niño. Dios y el universo escucharon su deseo. Un día una mujer joven dejó en la casa a su bebé en una chalina grande y nunca volvió. Ese niño creció junto con nosotras y lo amamos con todas nuestras fuerzas. Él era nuestro hermano Mauricio. Como mi mamá era la enfermera del barrio, le dieron su custodia.

Por eso cuando llegaron los entes investigadores a cotejar tejidos con muestras sanguíneas con fines de identificación forense, nosotras dijimos que no perdieran el tiempo porque él había nacido de la matriz del alma de la familia Betancourt, pero que no compartíamos los mismos vínculos sanguíneos.

Desde niño supo que era adoptado, pero también comprendía que era el hijo predilecto del corazón de todos. Él nunca se imaginó como integrante de otra familia. Nosotros éramos los suyos, aún desde antes de que él naciera. Estamos predestinados para encontrarnos y para que nosotros luego emprendiéramos la más larga búsqueda para encontrarlo a él”.

Mariana, así lo expresa con nostalgia a flor de labio, al reafirmar en sus palabras y en su sentir, ese vínculo, esa conexión entrañable de corazón a corazón, que vibra cada vez que escucha la canción de Metálica que más le gustaba a Mauricio... *Nothing Else Matters*, cuya primera estrofa es una lírica a su memoria, a su sonrisa inexplicable en el silencio y a los lazos indisolubles que los unirán por siempre:

*“Muy cerca, no importa que tan lejos
No pudo ser mucho más que del corazón,
Por siempre confiando en quienes somos,
Y nada más importa”.*



Por Camila Lozano

A PESAR DEL MIEDO



*"No dejes que el ayer
tome mucho del hoy"*
Will Rogers

La expansión territorial de los grupos armados al margen de la ley en los años noventa, se orientó hacia la conquista de zonas con elevado valor estratégico, utilizando el terror como su mejor aliado, según algunos estudios sobre violencia en Colombia. La lucha en que se trenzan los grupos armados ilegales con tendencia contrainsurgentes, mal llamados paramilitares y la guerrilla, más allá de suscitarse por desacuerdos ideológicos, resulta de la disputa por el control de zonas con un alto potencial para ambas fuerzas y donde el apoyo de la población se consigue por la vía de la violencia y la intimidación.

Debido a ello, a finales de esos años, el país estaba agobiado con los embates de la confrontación armada permanente entre la insurgencia y las Fuerzas Armadas, y en el electorado se sentía un deseo marcado por optar por un candidato que enarbolará

las banderas de la paz. Así las cosas, el entonces aspirante presidencial por el Partido Conservador, Andrés Pastrana, abandonó su esquema de seguridad y se adentró en la selva para reunirse con alias Tirofijo, líder de las antiguas Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc). Al término del encuentro, el máximo líder de la guerrilla manifestó que estaría dispuesto a negociar con Pastrana si este llegaba al gobierno; ese anuncio fue determinante en el triunfo del candidato conservador. Este tipo de acontecimientos fueron en cierta forma alicientes para que muchas personas hicieran parte de las instituciones del Estado, por eso surgen las preguntas **¿de dónde le nace la idea de ser parte de la Policía Nacional y recibió el apoyo de su familia?**

“Yo tenía un vecinito que era policía juvenil¹, lo veía pasar con su boina² y overol verde y para mí era una vaina muy bacana. Era una cuestión de ego, yo decía –Ese man como se ve de bacano–, era el vecino de enseguida de mi casa y mi amigo. Él ahora pertenece a las Fuerzas Militares de Europa. Yo le preguntaba a Diego Alejandro cómo era la Policía y él me comentaba del trote animado. Le dije a mi mamá si me apoyaba y después pertenecí a la Policía Cívica Juvenil hasta que salí de grado 11° (...)

(...) Tengo la fortuna de tener dos mamás. Mi mamá biológica vivió un poco alejada de mí y quien me crio fue mi tía. Desde que estaba muy chico, con 3 o 4 años, les decía a las dos ‘mamá’. Mi tía es pensionada de la Universidad del Quindío y el asunto era ‘usted va a la universidad. Miremos qué carrera va a escoger.’”

El pensamiento de toda madre es siempre ver a su hijo mejor que ella misma, que trabajen y que sean hombres de bien, por eso apoyan actividades deportivas o lúdicas para desinhibir los malos pensamientos, razón suficiente que motivó a Javier para participar en la Policía Cívica Juvenil y pensar:

1 La Policía Nacional de Colombia implementa el programa “Cívica Infantil y Juvenil” como estrategia orientada a la protección integral de niños, niñas y adolescentes que busca prevenir su vinculación a cadenas delictivas y situaciones de vulnerabilidad y riesgo, a partir de la formación en valores humanos y para la participación democrática de infantes y jóvenes como ciudadanos que cimientan la nación y el mundo (Policía Nacional, s. f.).

2 Gorra redonda y plana utilizada por la Cívica Infantil y Juvenil.

“En la Policía Cívica Juvenil había cosas que hicieron que me gustara más la Policía, ir a trotar, hacer mucho deporte, recibir charlas y ponerse un uniforme; de cierta forma, uno ya se veía como policía. Cuando llegó el grado 11 en mi colegio, mis amigos me colaboraron y presté servicio militar en la Policía³. Para mí todo fue mucho más fácil. Vi que todo me servía y un amigo me dijo “¿vamos a incorporación? Yo me voy a meter”. Fuimos y pidió una planilla para mí, empezamos a llenar la de él y cuando menos lo pensamos, llené la mía. Al pasarla nos hicieron unos exámenes médicos, pero para los exámenes cobraban, por eso le dije a mi mamá.

Yo soy del curso 005 de patrulleros cívicos de Armenia, y estuve ahí más o menos desde los 13 o 14 años hasta que cumplí 17. Cuando estaba en grado 11°, salí a pagar servicio en la Policía y a los 2 meses me fui a hacer el curso de patrullero en la escuela de Tuluá”.

Sin embargo, para cualquier persona no es fácil tomar la decisión de hacer parte de las fuerzas del Estado, ya sea por la familia, el sacrificio, el encierro o simplemente por miedo. **¿En algún momento consideró ejercer otra profesión o estudiar alguna carrera?**

“No, esa es la diferencia entre una vocación y una profesión. Yo lo decidí porque me nacía y quería hacerlo. La vocación es una fuerza que se tiene dentro que lo motiva a hacer algo. En este tipo de profesiones uno escala desde abajo y así fue conmigo. Siempre pensé que iba a ser policía”.

Esta fuerte convicción llevó a Javier a tomar determinaciones radicales en su vida, diferentes a las pensadas por su tía, de hacer una carrera profesional y que esa implicara “ser policía”. Aunque las cosas no fueron fáciles, han sido un gran reto y una bendición, pero no todo es un cuento de hadas y los sacrificios llegan. **¿Qué pasó en el año 1997?**

3 El programa está orientado a los colombianos mayores de 18 años que de manera voluntaria deseen fortalecer conocimientos, habilidades y destrezas policiales para que contribuyan al fortalecimiento de valores cívicos, culturales, sociales, éticos y otras causas originadoras de comportamientos que afecten la tranquilidad y la convivencia de los habitantes de Colombia.

“En el grupo⁴ se llevaban a cabo operativos⁵ contra el narcotráfico; en ese momento se lanzó un operativo para la destrucción de un laboratorio de clorhidrato de cocaína⁶. Se dispuso del total de hombres de la compañía⁷ y se buscó el apoyo de los sitios donde íbamos a llegar, en ese momento como el laboratorio quedaba en el Cauca se buscó el apoyo de dos grupos operativos de allá. Nosotros, todos los días, antes de lanzar los operativos hacíamos una reunión y tratábamos todos los temas que tenían que ver con inteligencia, seguridad, apoyo de las aeronaves que se necesiten en la misión, porque casi siempre en esos casos nos ayudan los helicópteros. Se estructuraba la función del grupo, por ejemplo, qué grupo hacía un puesto de observación. Dentro de mis funciones estaba ser escolta del señor Comandante de la Compañía⁸ e íbamos en el grupo de asalto⁹ al laboratorio.

Llegamos en las horas de la madrugada. Regularmente cuando uno va haciendo el acercamiento, lo primero que se encuentra son los cambuches¹⁰, la cocina y el laboratorio queda en la parte baja al lado del desagüe y las cañadas para ellos poder botar los químicos. Entramos a las 4 de la mañana. Hicimos las capturas del grupo que estaba ahí, eran ocho personas y se capturaron con uniformes y armamento. Después se realizó la toma¹¹ del sitio con el acompañamiento de los fiscales, fue rápido por la zona donde se estaba y los muchachos de explosivos¹² se encargan de la destrucción del laboratorio.

4 Se refiere al Escuadrón Móvil de Carabineros de la Policía Nacional (EMCAR).

5 Actividad coordinada para llevar a cabo un objetivo.

6 Un laboratorio clandestino es una infraestructura en donde se fabrican sustancias ilícitas, sean estas drogas o sustancias químicas. Por lo general, los laboratorios clandestinos se ubican en zonas geográficamente apartadas, donde la presencia de las autoridades se dificulte, y se facilite el accionar de los traficantes, en razón a que disponen de los insumos necesarios para el procesamiento, además la cobertura que les ofrece el terreno, ya que, por lo general, se trata de zonas selváticas o rurales bastante lejanas de los centros urbanos (Secretaría General de la Comunidad Andina, 2013).

7 Se refiere al personal que se encontraba en el sitio de la operación.

8 Superior jerárquico que se encuentra a cargo de un personal de la Policía Nacional durante el operativo.

9 Miembros de la Policía Nacional preparados física y mentalmente para realizar ejercicios de alta precisión en situaciones de alto riesgo, se especializan también en el uso de distintos tipos de armamentos y equipos de última tecnología.

10 Vivienda improvisada construida con cualquier material que está al alcance.

11 Se refiere a tomar control de la zona.

12 La Unidad Antiexplosivos Antiterrorista de la Policía Nacional tiene como misión el apoyo a la administración de justicia, fundamentado en la prevención y atención de incidentes que involucren la utilización de sustancias explosivas y/o agentes nucleares, radiactivos, biológicos y químicos (NRBQ); así como también la investigación posterior a una explosión e investigación de incendios premeditados (Policía Nacional, 2019).

Duramos en un recorrido de 2 horas a pie para poder salir de ahí; el jefe tomó la decisión de embarcar en los carros, siendo ese el momento oportuno para irnos del lugar. Llevando 10 o 15 minutos de recorrido empieza la emboscada¹³.”

De por sí, la época era complicada y aunque cada integrante de la Fuerza Pública reciba un entrenamiento, para nadie es un secreto que afrontar la vida y ver de frente los retos no es nada fácil. Los hostigamientos¹⁴ o ataques a las poblaciones era el pan de cada día; pero **¿qué pasó cuando empezó la emboscada?**

“Yo iba en la parte trasera del camión y escuché las ráfagas, los disparos. El camino estaba pegado al lado derecho de la montaña y al lado izquierdo había un desfiladero y abajo un río. Después de dos o tres ráfagas, uno siente la adrenalina por el momento de la calentura que despierta escuchar ese ruido. Me paré del camión para tirarme y en el momento de lanzarme sentí que se adormeció mi pie izquierdo, me caí del vehículo de espalda. En ese tiempo utilizábamos arneses¹⁵, así que el peso de la munición y el equipo se llevaba en la cintura; caí en seco y de espalda, el golpe fue duro. Ahora los policías utilizan los chalecos con los proveedores pegados al pecho.

Quedé con el fusil abrazado. Hice el movimiento para recoger mis pies, pero no me daban. Cuando levanté un poco la cabeza, vi la bota con sangre. En ese momento intenté arrastrarme a la cuneta pegado a la montaña para que los disparos no me alcanzaran.

Sin embargo, hay dos cosas que una persona que haya pasado por eso te puede contar: cuando se está lejos de los disparos suenan tas y cuando los directos van hacia ti suenan fuin. Nosotros al escuchar sabíamos que era delicado porque sentíamos el zumbido, sabíamos que

13 Táctica militar consistente en un ataque violento y sorpresivo sobre vidas humanas.

14 Todo acto ejercido por un grupo armado contra un adversario a efectos de producir un atentado (Policía Nacional, 2016).

15 Prenda policial que descansa en los hombros y se ajusta en la cintura utilizada para cargar elementos para el servicio policial.



Fuente:
Fotografía
suministrada
por el
uniformado.

los que estaban disparando estaban muy cerca. Por las posiciones que teníamos como grupo se sabía porque por allá no teníamos gente.”

La naturaleza del ser humano proporciona herramientas, aunque no para todos sean las mismas, es decir, nadie reacciona de la misma forma. El miedo es uno de los factores que define o determina los comportamientos de los seres humanos. Ante ese ataque **¿siente que reaccionó de una manera adecuada ante la emboscada?**

“Yo no reacciono de la misma manera que lo hace mi compañero. He estado en situaciones con compañeros que el miedo los motiva a resguardarse y estar quietos; hay muchachos que la adrenalina los hace reaccionar de otra manera. Por eso en una conferencia expliqué que sentir miedo es bueno, es nuestro polo a tierra de lo que puede o no hacer.

Para mí el temor fue la impotencia de no poderse moverme, de querer arrancar a correr, pero no poder. Mi pensamiento de ese momento fue –yo no me quiero morir acá–. Mi impotencia partía de ver a todo el mundo correr, aunque mis compañeros nunca me dejaron solo, estuvieron conmigo hasta que me embarcaron en el carro. Uno herido se convierte en una carga”.

Ese momento fue eterno y complejo, pero la preparación física y mental que se adquiere en el entrenamiento y el contar con gente preparada en un momento decisivo vale una vida. Cuenta Javier que gracias a la rápida reacción del grupo pudieron defenderse.

“En ese momento tuvieron oportunidad de responder. De hecho, el grupo fue el que nos ayudó a deshacer la trampa que nos tenían lista. Uno tiene conceptos y bases para cuando llega el momento de reaccionar dependiendo de la preparación y el terreno, eso puede ayudar. ¿Qué nos favoreció? Teníamos gente en la parte alta, si todos hubiéramos ido por el camino, hubiera sido más complicado.

La preparación mental es la que se adquiere con el tiempo, la experiencia va de la mano con la parte física y aprende hasta dónde su cuerpo puede resistir en un entrenamiento. Esa resistencia es la que en un momento a usted le determina hasta dónde puede llegar o no con algo... Si nosotros no hubiéramos tenido el apoyo institucional y de la familia, hubiera sido mucho más difícil la recuperación. La parte médica, le corresponde a la Institución”.

El destino es una cosa incierta; hacía ya varios meses Javier venía atravesando una serie de pruebas para poder asistir a un Curso de Operaciones Helicoptadas¹⁶ en Estados Unidos y sin contar, fue seleccionado y este se llevaría a cabo a los ocho (08) días posteriores de este hecho.

“A mí me gustaban mucho los grupos operativos, era una visión y ambición. Al llegar el disparo ya no podía viajar, tenía que estar acostado en una cama con una férula un tiempo determinado hasta que no sanara la herida y tuviera motricidad. Si no hubiera estado acompañado por mi familia ‘vamos a recuperarnos’, y de mis compañeros ‘tranquilo hermano, usted va a quedar mejor de lo que estaba’, no hubiera tenido la fuerza para la recuperación. En ese momento estaba muy joven, uno ve truncadas muchas oportunidades a corta edad y los conceptos médicos dicen ‘estuvo de buenas’.

Afortunadamente, el disparo atravesó una caja de munición que había en el piso del camión ¿Cómo se supo? Porque los compañeros fueron a mirar y encontraron la caja de munición atravesada de arriba a abajo justamente de donde me iba a lanzar, el borde del camión”.

Este incidente muy seguramente le hubiera causado mucho más daño, si el disparo hubiera entrado de lleno, atravesando el pie, lo que hace que todavía se encuentre dentro de su cuerpo como un recuerdo difícil, pero lleno de fortaleza. Y aunque era difícil la operación, **¿cuál era la motivación para continuar?**

¹⁶ Dentro de las funciones de los Comandos en Operaciones Especiales y Antiterrorismo (COPES) de la Policía Nacional, se realizan operaciones helicóptadas contra campamentos, sitios, refugios e instalaciones, con el fin de neutralizar personas o grupos al margen de la ley (Policía Nacional, 2019).

“En ese momento, con la destrucción del laboratorio estaba todo muy caliente. Con la información que teníamos de la noche anterior, nos reunieron y preguntaron: ¿usted quiere ir a la operación? Obviamente todos vamos, pero la pregunta es ¿se siente bien para ir? porque cuando se mete allá tiene que estar con sus cinco sentidos.

La Institución no obliga a nadie a hacer ese tipo de cosas porque se convierte el trabajo en una obligación, pero no en un deber. Ahí es cuando la hermandad y la camaradería salen a flote. ¿Qué pasaba en nuestro grupo? Llegamos 75 personas a trabajar y todos éramos compañeros desde la Escuela¹⁷, nos sabíamos el cuento de todos.

Es más, como yo hice el curso en la Escuela de Tuluá¹⁸ y los muchachos que vivían lejos habían ido a mi casa desde Armenia a pasear porque no les alcanzaba el fin de semana para irse hasta Cúcuta o a la costa. Cada fin de semana llamaba a decirle a mi mamá –voy con dos amigos– y ella me decía ‘traiga a los que quiera’ y llegaba con 4 o 5 a la casa.

Cuando pasó lo del tiro en el pie, a mí me tocó irme para la casa, me dieron incapacidad mientras me sanaba. Mi mamá todos los días decía ‘sálgase de eso, a usted lo van a matar’, ‘mire como está; hoy fue una pierna, mañana un brazo y después me lo matan ¿y yo qué hago?’. Hasta que uno maneja la situación, este tipo de trabajo a uno lo madura muy pronto”.

Las decisiones son parte fundamental de la vida, y mucho más, aquella que puede afectar a las personas que se ama. Y **¿cómo ha sido su vida luego de ese día?**

“Bien, gracias a Dios, ya pensionado y estoy radicado en Neiva, Huila. Siempre juicioso. Mi esposa está trabajando en la Alcaldía de acá, en la parte de planeación con los barrios que tienen asentamientos y se deben legalizar

¹⁷ Se refiere al centro de capacitación que tiene como misión formar y capacitar integralmente el talento humano de la Policía Nacional de Colombia.

¹⁸ Escuela de Policía “Simón Bolívar” (en sus siglas ESBOL), ubicada en el kilómetro 1 vía La Rivera, en el municipio de Tuluá, departamento del Valle del Cauca.

para convertirse en formales y recibir los aportes que el Estado ofrece; a ella le gusta todo lo que tenga que ver con emprendimiento y desarrollo de comunidades. Yo estoy pendiente del desarrollo de un plan personal que tengo sobre una microempresa, encaminar mi vida a mis metas”.

En el transcurso de la vida muchas cosas o sucesos acontecen y cambian por completo el panorama, y en gran manera, llevar a cabo una labor tan arriesgada como el ser policía siendo esta profesión un gran reto. **¿Cuáles recuerdos le vienen a la mente de su vida institucional?**

“Un entrenamiento que hice en Bogotá con unos muchachos del ESMAD¹⁹ que utilizaban la coraza para poder desarrollar ejercicios tácticos con unos señores que vinieron de la Embajada Americana a dictar clases en defensa táctica o defensa personal encaminada a peleas callejeras donde uno se pueda defender.

El entrenamiento que hice de Operaciones Civiles en la Escuela de las Américas de Estados Unidos. Ese curso lo hicimos entre de 16 a 17 colombianos, personal de Brasil, Estados Unidos y también panameños. El curso duró dos meses y estaba encaminado a la utilización de recursos propios en beneficio de comunidades y apoyo para contrarrestar delitos como narcotráfico, terrorismo y trata de personas. Todo lo relacionado a operaciones civiles.

Otro fue un reconocimiento que nos hizo la Alcaldía de Usme por la labor que hacíamos al contrarrestar delitos de alto impacto. Me escogieron, junto a un grupo de compañeros, para entregarnos una medalla y un diploma en 2018.

Recuerdo mucho un seminario que hice en la UNAD²⁰ porque se trataba de víctimas del conflicto; la gente tenía ganas de hacer cierto tipo de preguntas que no sabíamos si responder o no. Cuando empezamos a responder, lo hicimos con realidad y franqueza; pudimos entender y desvirtuar los imaginarios que se hacen alrededor de la Policía. Este

tipo de charlas sirven muchísimo para aclararle a la gente los conceptos que tienen de la Institución. Ese día compartí con varios compañeros que sufrieron el atentado en La Macarena en Bogotá²¹, muchos de ellos quedaron lesionados y otros fallecieron”.



Fuente:
Fotografía
suministrada
por el
uniformado.

¹⁹ Escuadrones Móviles Antidisturbios de la Policía Nacional en sus siglas ESMAD
²⁰ Universidad Nacional Abierta y a Distancia (en sus siglas UNAD).

²¹ Hecho victimizante en contra de la Policía Nacional ocurrido el 19 de febrero de 2017 en el barrio La Macarena de Bogotá, cerca de la plaza de toros La Santamaría, cuando se celebraba la última corrida de toros de ese año.



Por Meredith Peñuela

ENTRE RISAS Y DOLORES

*"Todo lo que necesitas es un plan,
el mapa del camino,
y el valor para ir hacia a tu destino"*
Carl Nightingale

Como resultado del conflicto armado interno en Colombia, 55 acciones guerrilleras se llevaron a cabo en el 2012, solamente en el departamento del Meta, por parte del grupo guerrillero Eln (Ejército de Liberación Nacional) y las actualmente desmovilizadas Farc (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia), posicionándose como el octavo departamento del país con más influencia de grupos al margen de la ley, según el Observatorio de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario (ODHDIH).

La violencia en Colombia ha dejado cicatrices en la sociedad, y muchas de ellas hacen parte de la vida de los integrantes de las instituciones encargadas de la seguridad y la defensa nacional y sus familias. De hecho, la Unidad para la Atención y Reparación Integral a la Víctimas en su último reporte describe

que fueron 8.953.040 las personas víctimas del conflicto armado, de las cuales el 96% quedaron con alguna discapacidad tanto física como psicológica de la que hace parte Luis Carlos Andrés Muñoz Beltrán, patrullero de la Policía Nacional de Colombia, quien se describe a sí mismo:

“Soy hijo de Alirio Muñoz Ramírez y Luz Helena Beltrán Castro; mi hermana es Mayerly Alejandra Muñoz Beltrán. Yo soy el mayor, ahorita tengo 28. El suceso fue a mis 23 años.

Desde pequeño siempre me ha gustado manejar mi economía. Gracias a Dios mis padres siempre me han dado gusto, pero he manejado mi dinero. Me gustaba jugar mucho fútbol, montar bicicleta, los videojuegos, ir a piscina, nadar, todo lo que hace un niño normal.

Me he caracterizado también por ser muy compañerista, pero muy indisciplinado, no iba a clase; pero como dice mi mamá. ‘usted no iba a clase, pero pasaba los exámenes’. Cuando uno es mayor empieza a tener más libertad y a entender muchas cosas. Como desde los 12 me empezaron a gustar los videojuegos; yo me la pasaba en maquinitas. Policía que se respete tiene su consola de videojuegos, por ejemplo, yo tengo mi Play Station 4 en la alcoba”.

Como muchas cosas en la vida, llega el momento de madurar y afrontar nuevos retos en la vida, pero el más difícil es decir a ciencia cierta cual sería la profesión a escoger y por consiguiente el camino a seguir, situación que concluye en la siguiente pregunta: **¿cómo llegó a ser policía?**

“A los 16 años hice un Técnico de Sistemas porque quería ser ingeniero de sistemas, ya después me fui a prestar el servicio como auxiliar regular de la Policía en el Escuadrón Móvil de Carabineros’ en Antioquia desde el 2006 al 2008. Llegué a Bogotá y le dije a mi papá que quería ser policía y me dijo ‘no, hermano’. Mi mamá siempre me ha apoyado y mi abuelito, que en paz descansa, también me decía ‘si usted quiere hacer algo hágalo, pero no tiene que ser del montón, usted tiene sobresalir’.

1 Grupos especializados en temas relacionados con la seguridad rural en todo el territorio nacional.

Papá no me quiso apoyar y era quien aportaba la parte económica. ¿Qué le tocó hacer a este pequeño comando? Ponerse a trabajar. En ese tiempo yo fui escolta, vigilante y a veces peleaba con mi papá y pensaba: ‘mi papá tiene los modos para darme la carrera y no me ayuda’. No es bueno tener ese resentimiento en el corazón. Reuní lo de mi carrera y empecé a hacer el curso, fui a la Escuela de Carabineros Eduardo Cuevas García de la Policía en el municipio de Facatativá, Cundinamarca.

Hice el curso y salí trasladado para el GOES² de la Región³, al grupo de operaciones especiales que usan una boina de color verde. Bueno, yo estaba allá trabajando en todo el departamento del Meta. Me fui sin permiso (del papá), peleamos tanto y él no fue a dejarme en la Escuela, porque este es un acto simbólico de entrega a la Patria, solo fue mi hermana y mi mamá”.

Aunque no siempre las cosas suceden como uno quisiera, hay momentos que marcan la vida, y lo que sucedería años posteriores al juramento de la bandera, no cambiaría la decisión de Luis de haber sido policía, por el contrario, marcaría los restos que tendría que afrontar más adelante.

“Era un sábado, recuerdo bien la fecha, 21 de enero de 2013, y aunque algunas veces me confundo en el año, el día no se me olvida. Estaba en la vereda Buenos Aires de Villavicencio, en el departamento del Meta, mi compañero y yo íbamos a atender un hurto bancario.

Por orden del Comandante salimos a apoyar los cuadrantes de vigilancia. Yo fui por la moto, pero no quería prender, hasta que al fin arrancó. Llegué, reclamé mi armamento y nos dijeron que teníamos que apoyar un CAI⁴ llamado ‘El Vanguardia’. Fuimos con un compañero a presentarnos al Comandante del CAI y salimos al servicio de seguridad.

2 Grupo de Operaciones Especiales.

3 La Policía Nacional está organizada jurisdiccionalmente por Regiones de Policía, en este caso la Región 7 incluye Meta, Casanare, Guaviare, Vichada, Vaupés y Villavicencio.

4 Centro de Atención Inmediata.



Fuente:
Fotografía
Meredith
Peñuela.



92

Nos reportaron por el radio de comunicaciones un hurto bancario y con el compañero dijimos: ‘nosotros somos comandos⁵, vamos a dar ese positivo para la Institución’. La moto en la que yo iba manejando se apagó y él me dijo: ‘rolo, usted le está haciendo algo para que no vayamos, ¿es que tiene miedo? Yo le dije que no, pero la moto no quería arrancar, dijo bájese, conteste el radio y yo manejo’, la moto prendió y en un lapso de dos minutos nos encontramos con un grupo de integrantes del frente 44 de las Farc.

Yo reaccioné, saqué el fusil también para disparar y le dije a mi Subintendente ¡nos jodieron, nos jodieron! A mí me habían pegado tres tiros, pero no me había dado cuenta: cuando miré el uniforme, no tenía la parte del gemelo en mi pierna izquierda y mi compañero me dijo: ‘rolito, nos mataron’. Nos fuimos hacia un barranco y él frenó la moto, no estaba agarrado de nada y salí por encima de él cayendo al barranco”.

⁵ Término que hace referencia a que se encuentran altamente capacitados tanto física como mentalmente.

Estos momentos fueron eternos para Luis y su compañero John Jairo, no esperaban que fueran a padecer ese tipo de dificultades, y mucho menos que, vieran pasar su vida en un minuto que dependiera de las decisiones que como compañeros y aguerridos a la vida fueran a tomar surgiendo la pregunta **¿qué pasó desde del barranco?**

“Al caer tratamos de acomodarnos en ese espacio, como para resguardarnos y se me vino la moto encima, fue lo que más daño me hizo, me fracturó la pierna izquierda de la rodilla para abajo en 42 pedazos, mejor dicho, me la destruyó. Empezaron a dispararnos para rematarnos, nos decían que nos entregáramos y ellos nos iban a respetar los Derechos Humanos. Eso duró aproximadamente 10 minutos hasta que llegó mi Coronel Ramírez, comandante del GOES y mi Mayor Ayala a respaldarnos”.

Luego de ese momento de gran angustia y dificultad, y de saber que el apoyo había llegado, solo bastaron algunos instantes para recuperar la calma y poder contrarrestar el ataque, sin embargo, no todo era alegría debido a que era el momento de realmente saber cual había sido la afectación a su cuerpo.

“Me lesionaron la pierna en cuatro puntos con cuatro impactos de fusil, el pecho y la espalda. Se demoraron en traerme a Bogotá dos o tres días. Tenía fracturada la pierna, la rodilla; mejor dicho, la rodilla se luxó, se rompió hacia un lado y se metió en el motor de la moto; tuvieron que desarmar el motor para sacarme la pierna y un compañero me la enderezó. Nos trasladaron al hospital y desperté, vi a la enfermera haciendo labores de reanimación a mi compañero. Me dijo que no lo dejara abandonar los hijos, y yo le decía que iba a estar bien. Cuando llegamos bajaron primero a Silva, fue el último momento que lo vi. Él era más viejo que yo y llevaba más tiempo en la Policía, padre de dos niños.

Al bajarme de la ambulancia, me dejaron caer porque las patas de la camilla no se abrieron, y el comandante les decía ‘tengan cuidado con el muchacho’. Me hicieron un poco de exámenes y pasé la noche en el hospital. No me decían nada, si me iba a morir o no, como dicen, ‘para alistar el

ataúd'. Me colocaron líquidos y una transfusión de sangre y yo permanecía acostado, adolorido mirando para el techo. Después me despertó el dolor y me entubaron, me dijeron que me habían perforado un pulmón”.

Esos momentos posteriores los recuerda su madre, Luz Helena Beltrán Castro, quien hace hincapié en esa mañana de sábado siguiente al accidente:

“Ese sábado yo estaba haciendo el almuerzo, él me llamó y me preguntó con su voz habitual ¿si iría a visitarlo ese fin de semana?, pero mi instinto de madre me decía que algo había pasado y capté algo diferente”.

Cuenta desde sus recuerdos el propio Luis Muñoz, los momentos en que se comunicó a casa con angustia y desespero luego del accidente:

“La familia estaba en la casa y mi mamá (Luz Helena) estaba haciendo el almuerzo, iba a servirle la comida a mi papá cuando la llamaron a decirle que había sufrido un atentado, que mi compañero estaba grave y a él lo iban a trasladar a Bogotá. Ellos me esperaron en el Hospital Central de la Policía. Aunque estaba moribundo, les contaba chistes. Recuerdo que les decía: –Si me muero, les voy a halar las patas, los voy a desarropar; ahora es la venganza de Pichao–⁶. Después le dije a mi familia que estuvieran tranquilos, que yo estaba bien porque para qué los iba a estresar. Ahí fue una parte de la vida en la que tuve miedo; si uno muere ¿para dónde se va?

Cuando llegué tenía los dedos del pie negros y el médico dijo que me iba a tratar de salvar la pierna e hizo la cirugía. Me despedí de mi mamá y le dije que no se pusiera a llorar, que, si yo me moría, le quedaba la pensión. Mientras tanto yo pensaba ¿será que esas varillas me las va a meter en el hueso?”.

Luego de salir de la cirugía, Luis recordó lo que había soñado mientras estaba en aquella sala por varias horas:

⁶ Apodo que adquirió el patrullero Muñoz entre sus compañeros porque salía a trotar frecuentemente en Villavicencio.

“Yo estaba en una zona donde había mucha gente, pero no conocía a nadie, decía bueno, como Jackie Chan, ¿dónde estoy? ¿quién soy? Podría escuchar a mi mamá y a mi hermana hablando. Pensaba ‘No conozco a nadie para, aunque sea preguntar’. Estaba en un potrero con ríos y había gente, me encontraba del otro lado del potrero, y llegó mi abuelito y me dijo: ‘Coja ese camino hijo, abra una puerta y allá va a estar la gente que a usted lo quiere’, abrí la puerta que era como abrir los ojos; ahí estaba mi hermana y salió corriendo mientras decía ‘Doctor, se despertó’.

Cuando le describí a mi mamá el señor que me había guiado se puso a llorar, era el abuelo y yo no lo reconocí, lo había visto en fotos, pero no lo recordaba. Todo el mundo me dice que me parezco a él. A mi abuelo lo mataron, yo no había nacido, no estaba ni en planes. Lo mató la guerrilla por quitarle unas tierras que tenía en el llano.

Todo lo que tengo se lo debo a él porque era camionero y desde pequeño me gustaba ayudarlo. La familia es el núcleo”.

Pero esta no fue la única cirugía por la que tuvo que pasar, su recuperación y más su nuevo estado de salud fue un proceso largo y progresivo.

“Me hicieron un montón de cirugías de ahí en adelante, aproximadamente unas 25. Me tuvieron que reconstruir los nervios, las arterias, las venas, me hicieron microcirugías para reconstruir el hueso y varias cirugías plásticas. Le dije al doctor –Por favor, arrégleme la cara– (risas). El doctor me decía: ‘por tener esa actitud es que se recupera tan pronto’. Tenía las heridas abiertas y parecían albóndigas.

Mi hermana me decía: ‘Yo creo que cuando estemos los dos viejos, si usted se llega a morir primero que yo, me va a llevar’ y le pregunto ¿por qué? si ella va a tener su familia y responde ‘Es que yo a usted lo quiero mucho’. Ella está haciendo los papeles para entrar a la Policía, yo le dije un día: –De pronto a mí me pensionen porque no sé si me pueden dejar trabajar. Si me pensiono le paso mis carabinas y sigue usted con mi legado–. Las carabinas son las que se

colocan en la solapa del uniforme. Mi hermana se puso a llorar cuando le dije eso y respondió: ‘Yo quisiera una foto suya de Sargento pero si no se puede, no se puede’”.

La Subcomisario de la Institución y fisioterapeuta Nayibe Sanguino, fue una de las profesionales que acompañó al patrullero en la rehabilitación y el fortalecimiento de su pierna, y aunque según ella “terapéuticamente se proyectaron sus objetivos de recuperación que eran mejorar la movilidad, bajar esa sensibilidad que durante el proceso de rehabilitación era muy alta con poca recuperación”, por ciclos, los especialistas consideraban su proceso estacionario; no obstante, insistían, pues si bien era un tratamiento físico, ellas lo apoyaban en los instantes de desvanecimiento tanto cuando creía mirar movimiento en sus dedos, como cuando lo veían llorar.

Al pasar por varios procedimientos quirúrgicos y sesiones de terapia, Luis Carlos aspiraba perseguir una moción de existencia en cada una de las actividades que debía diariamente realizar, pese a esto, los médicos llegaron a la conclusión de que no había más solución que amputarle la pierna debido a la osteomielitis⁷ que tuvo, por lo que el patrullero les mencionó:

“El doctor dijo –hay que amputarla– y yo le dije –‘Pues ampute desde donde sea necesario, ya qué se puede hacer–. Hágale, hermano, pero no se va a poner a cortar el pie como una barra de salchichón: 100, 200, 300...’ refiriéndose a que quería un solo corte para acabar con la cantidad interminable de actuaciones quirúrgicas en su pierna y haciendo alusión a una canción de Walter Cadena dijo: ‘lo que fue, fue’.

Después de la amputación desperté y pensaba ¿será que me la cortaron? Volteé a mirar el huequito de ahí para abajo y dije: –Me cortaron la patica, me puse a llorar porque no sabía qué iba a ser de mi vida, uno generalmente ve una persona así en un semáforo vendiendo dulces, vendiendo lotería o pidiendo limosna”.

La marca que deja cualquier tipo de circunstancia no es fácil de superar, en especial, la nueva condición física de Luis podría generar muchos tipos de comportamientos

⁷ Inflamación del hueso ocasionada por una infección, generalmente en las piernas, los brazos o la columna vertebral. Las infecciones pueden llegar a los huesos mediante el torrente sanguíneo o propagarse desde un tejido cercano; en algunos casos generar proceso de necrosis.

de acuerdo a los psicólogos, pero **¿en algún momento pasó por episodios de depresión?**

“¿Depresión? No, nada. Me dejó la novia que tenía en ese entonces, me dijo ‘Lo voy a dejar’ y yo respondí –¿y qué quiere que haga? Usted se va y yo me voy es a preparar a que me quiten la pierna, normal. Yo todo lo tomo con tranquilidad, uno no puede tomarse la vida a la ligera, por ejemplo, ¿quién fue el puesto número uno en el SENA⁸? Fui yo en el curso Desarrollo de adaptación de prótesis y órtesis. La prótesis es para reemplazar un miembro que ya no está: la pierna, el brazo; la órtesis es para corregir una fractura para que vuelva a tomar su movilidad.

Recuerdo que compré una silicona y cuando me doblaban la rodilla apretaba los dientes ahí; es berraco, pero era lo último que hacía. Un día sí se me aguó el ojo y me decían ¿qué le pasó?, –nada, tengo un mugre en el ojo–, respondía. Llegaba a la casa a llorar y a jugar Xbox, pero a veces con la emoción que me daba doblaba la rodilla y me dolía.

Me mandaban a psicología, psiquiatría, todo tipo de especialistas, pero una persona que está con sus piernas, con su salud lúcida, cómo le va a decir a uno que no tiene una pierna ‘Usted se va a recuperar’. Yo digo que eso es absurdo.

Me formularon pastillas para dormir porque yo me despertaba diciendo –nos van a matar. Se va a meter la guerrilla–. Tuve estrés postraumático. Recuerdo que para una Navidad estaba durmiendo con mi mamá; yo dormía en la cama y ella en el piso. Esa noche sonaron unos voladores y yo grité –¡Auxilio!, se metió la guerrilla al pueblo. Nos van a matar–, mi mamá me dijo ‘Cuál que nos van a matar si está en la casa, mire las cortinas’. Eso lo superé conmigo mismo. Los amputados que visito me dicen ‘me siento mejor cuando viene usted porque está en la misma condición que yo. Es diferente a los doctores que vienen a hablar por celular’”.

⁸ Servicio Nacional de Aprendizaje.

Las dificultades no se hicieron esperar, pero no hay impedimentos para aquel que confía en Dios y en sí mismo, y reflejo de eso fue el ímpetu de superarse y salir adelante posterior al incidente y al proceso de recuperación, así como la noción de Luis de ayudar a otros.

“Mi mamá me dice que salí a mi abuelo porque me gustan mucho los caballos y el campo. Cada vez que voy a los llanos me meto a nadar y monto a caballo. Nado con o sin prótesis, cualquiera de las dos. La prótesis que tengo está diseñada para soportar el agua; antes me había hecho una diferente. Hay dos tipos de prótesis: monocéntrica, tiene un solo eje y policéntrica, varios ejes de movimiento. Esta es policéntrica, me permite doblar la rodilla como si fuera una normal.

Ahora mis horarios varían porque voy a fundaciones, a hospitales a visitar los enfermos. Me gusta mucho el tema de tejido humano, es más personal. Cuando me pasó ese evento no tuve una compañía que me dijera ‘Ahí no se acaba la vida, usted tiene que seguir adelante’. El año pasado inclusive me pasó con un niño del Hospital Cancerológico; una doctora me contactó y me dijo que el niño no quería conocer ni a James, ni a Cristiano Ronaldo, ni a nadie más, sino al policía Luis Carlos Muñoz que hace las prótesis, entonces fui a visitar al niño en el hospital y nos tomamos fotos, hablé con él medio día, me preguntaba sobre la prótesis.

Mis compañeros me han dicho que me lance de concejal, pero es divagando porque saben que me gusta ayudar a la gente, porque a mí la política no me gusta mucho, me dicen ‘siendo concejal puede ayudar a las personas aún más’. Yo no puedo entender cómo en un país tan rico como Colombia, la discapacidad afecte solo a la gente pobre, todas las personas tenemos derecho al acceso a salud. Ya estoy haciendo campaña política (risas). En esta ciudad hay tanta gente y tantas empresas, ¿por qué no contratan 3 o 4 discapacitados? o Transmilenio podría ser gratis para las personas con discapacidad. Un día hablé con una persona de la Alcaldía por los estudiantes del SENA, yo era representante, me preguntaron qué soluciones daba para



Fuente:
Fotografía
tomada por
Meredith
Peñuela.

que los muchachos del SENA no se colaran⁹, pero no son solo ellos, hay universidades públicas con muchachos que no tienen recursos y al ir a estudiar necesitan dinero para fotocopias que valen mucho, almuerzo y si no tienen para comer, para transporte, les toca colarse. Pienso que eso deberían dejarlo gratis para los estudiantes. También he visto cómo ayudar una fundación, ayudar a personas, no a la Teletón¹⁰, sino a otras entidades que ayudan a personas con discapacidad”.

Pero no solamente ayudar a otros es su único hobby, en su tiempo libre lee libros que le aporten a su vida o que suenen interesantes, de todo un poco, además de apreciar el arte y disfrutar su nueva pasión, la cicla.

“Me gusta leer historia, novelas, cómics, de todo. Desde que vea un artículo, que me llame la atención, lo leo. Disfruto ir a museos, ver un cuadro, saber quién lo pintó, porque mucha gente va a museos y piensa ‘Ay qué bonito’ pero no sabe ni quién lo pintó. A veces que no tengo nada por hacer, estoy en la cama y digo –No, me tengo que levantar– y cojo mi bicicleta, mi caballito de hierro ‘La Furia’, y me voy por toda la ciudad en bicicleta, aunque siendo sincero, cuando tuve que vender mi Kawasaki 650, lloré, ¡era grande!

Todo es adaptación en la vida. Un día llegué y tomé la bicicleta de mi papá, una panadera vieja y grande. Arranqué y dije –bueno, si me caigo me paro, no me pasó nada, me fui con unos amigos al billar dando pedal y no llevaba la prótesis. Una señora se quedó mirándome y le dije – ¿Nunca ha visto un mocho¹¹ manejando? Por andar mirando y peleando con la señora, frené la bicicleta y me caí. La gente estaba mirando y decía ‘mi pierna, mi pierna’ y yo alzaba el mochito. Casi siempre manejo cuando estoy en el trabajo, dejo la prótesis los lunes en mi lugar de trabajo y me vengo de la casa sin prótesis y allá me visto, me coloco el uniforme. Yo manejo normal y salgo a ciclovía”.

9 Ingresar al sistema de transporte masivo sin asumir el costo del pasaje.

10 Organización que trabaja a favor de los niños, niñas, jóvenes y adultos con discapacidad física del país.

11 Apelativo coloquial usado para referirse a personas que carecen de una o más extremidades.

Y aunque este tipo de discapacidad no es fácil de ocultar o disimular, y no permite hacer muchas cosas que serían normales si tuviera sus piernas, Luis tiene la firme convicción de no terminar su labor en la Institución próximamente, de querer aportar hasta su última fuerza para ayudar a los demás, y así sembrar en las nuevas generaciones, la inspiración de ser policía, porque como lo repiten. ‘policía un día, policía toda la vida’.

“Por ejemplo, si a mí me llega el resultado de la junta de evaluación médica este diciembre y me dicen ‘sale pensionado hijo, gracias por su servicio’, es decir, gracias por darnos parte de su vida e integridad, váyase para su casa. Yo no quiero ir, yo quiero seguir, tengo toda la voluntad.

Mis amigos dicen que me admiran por la superación que tengo tan berraca, me dicen ‘créame, si a mí me quitaran una pierna, yo me muero’ y yo les digo –Si les quitan una pierna, ahí estoy yo y les meto la cachetada para que reaccionen–.

De hecho, tengo una madrina, mi capitán Saindel, ella es la que me ha ayudado con los permisos para estudiar, para todo. Ella me dice ‘usted es un hombre muy comprometido, ejemplo para los demás’, palabras que me motivan a decirle a los demás compañeros que disfruten la Institución porque el tiempo se pasa volando”.

Si su vida profesional no ha sido fácil, su vida personal no ha sido la diferencia. Las dificultades no han faltado, pero como todo en la vida, no hay cosa más bonita que los hijos y así lo narra Luis:

“Tengo dos y uno en el cielo. Tuve una niña con el amor de mi vida, una novia que tenía en el colegio y duramos 10 años. Yo me fui para la Policía y me trasladaron para el departamento del Meta y ella un día me dijo que se iba para Estados Unidos y nos despedimos. Cuando desperté del coma, me enteré que ella estaba embarazada y la niña nació al mes, le dije a la mamá que se devolviera para formar el hogar, pero eso no pasó. Sólo sé que en diciembre me toca



Fuente:
Fotografía
tomada por
Meredith
Peñuela.



102

decirle –Tome para que compre algo–. Ella tiene 6 años. Luego cuando estaba en terapias conocí a una muchacha, salimos un tiempo, y de esa relación quedó el niño, que muy poco lo veo”.

Sin embargo, su familia siempre ha estado con él, no lo han dejado solo y lo acompañan en cada uno de sus pasos y triunfos personales y profesionales.

“Un general me dijo ‘qué más docente que usted, que puede infundir a los jóvenes honor, superación y vocación’. La discapacidad solamente es en el cuerpo. Me hace falta el pie, pero no es un impedimento, me toca hacer más esfuerzo que los otros, y esto no es una excusa para hacer menos que los demás.

Gracias a Dios y mi dedicación, la Institución me ha enviado a representarla a países como Alemania, Estados Unidos, Argentina, Chile y Ecuador. Realicé prácticas en Ottobock Andina¹² y una especialización en Alemania. Terminé estudios con terapia asistida con animales. Ahora estoy en la Dirección de Carabineros y Seguridad Rural, con el programa de equinoterapia o terapia asistida con animales. Quiero ser fisioterapeuta para ser autosuficiente. Me gustaría que todos nos ayudáramos unos a otros sin importar la religión, la raza, todo eso”.

¹² Empresa de productos y servicios con el objetivo de conservar las funciones y devolver la movilidad a personas con discapacidad.



¿Qué falló? La muerte de siete policías en Cauca deja varios interrogantes.

El pasado 22 de junio los 70 hombres de la Policía iban a capturar a Juan Carlos Úzuga, alias 'El Emano', jefe del frente urbano Manuel Cepeda Vargas de las Farc y considerado el autor intelectual y material de las tres bombas contra dos sedes policiales y el Palacio de Justicia en Cali.

El general Gustavo Ricaurte, comandante de la Policía en el suroccidente del país, dijo que "fue una emboscada" que ocurrió cuando la patrulla salió de la zona. También que la Fuerza Aérea había bombardeado previamente el campamento de los insurgentes. Pero para muchos resulta extraño que los policías no hayan solicitado apoyo militar. Tampoco se entiende por qué si el bombardeo al campamento fue antes de que los policías fueran atacados, no se pudo recuperar los cuerpos de 30 guerrilleros que, según la Policía, murieron en las emboscadas.



SETE POLICÍAS MURIERON Y CUATRO MÁS RESULTARON HERIDOS Emboscada de Farc a la Policía

Comisión especial de la Policía realizó operación contra jefe del frente 'Manuel Cepeda Vargas'. Asesinó, resultaron los resultados.

Una comisión especial por inteligencia, asesorada que incluye al jefe de la investigación de la Policía y al jefe de la inteligencia de la Policía, realizó una operación contra el jefe del frente 'Manuel Cepeda Vargas' de las Farc.

La vida fue controlada por la comisión de la Policía, que se encargó de la seguridad de los policías heridos y de la evacuación de los heridos.



CUATRO PATRULLEROS MÁS HERIDOS Emboscada de las Farc deja 7 policías muertos

Seis patrulleros de la Policía y un soldado murieron al ser atacados con morteros al salir de la zona. Los patrulleros heridos fueron trasladados a un hospital en Bogotá.

DOCUMENTOS ENCONTRADOS DEMUESTRAN LAS FUGAS DE BLOQUE ORIENTAL Dijín frustra secuestros en Bogotá

Los documentos encontrados demuestran que los grupos de las Farc se movían libremente en el bloque oriental de Bogotá.

Los secuestros frustrados en Bogotá fueron el resultado de la información que se obtuvo de los documentos encontrados.



La Policía dice a conocer el nombre de los secuestrados de los vehículos, entre los que se encuentran el senador Daniel Sánchez Botero y el periodista Luis Beltrán Domínguez.

Los documentos encontrados demuestran que los grupos de las Farc se movían libremente en el bloque oriental de Bogotá.

Financial news section with charts and text. Includes 'Gómez Méndez, salta al segundo lugar' and 'El crecimiento del PIB'.



Por Ingrid Ramírez Fuquen

DE LLUVIA Y OTROS RECUERDOS



"La fuerza no viene de la capacidad corporal, sino de la voluntad del alma"
Gandhi

E

s mediodía, pero parecen las cinco de la tarde. A lo lejos, una gigantesca nube negra acecha a quienes caminan por la calle empinada, acercándose con pasos fuertes que retumban en un trueno. Sombrillas de colores sobre el paisaje gris y opaco decoran el barrio Monte Blanco. Sobre la calle 93 B sur se escucha el pito de los autos y buses atrapados en una interminable línea, se respira aire espeso, hace frío.

La casa es grande. Tiene una fachada con ladrillos pintados de vino tinto, tres pisos y dos puertas blancas sin timbre. La puerta de la derecha se abre y Javier Rivera, un hombre alto, de piel blanca y cejas gruesas sale a mi encuentro. Después de un breve saludo cruzamos un corredor largo y oscuro. El interior de la casa es aún más grande.

En varias paredes de la sala hay fotos de Naira y Karen, sus hijas de nueve y tres años, respectivamente.

SOBRE 'MILIÓN DE OREJAS' A PRESIDENTE Y CORTE SUPREMA Uribe acoge carta del Procurador sobre cese a discordia entre poderes

El presidente Uribe recibió una carta del Procurador General de la Nación sobre la discordia entre los poderes del Estado.

La carta del Procurador General de la Nación pide al presidente Uribe que cese la discordia entre los poderes del Estado.



En las fotos las niñas están disfrazadas o abrazadas a sus padres cuando eran bebés; un ramo tejido con fique con granos de maíz, arroz y arveja pegados junto a monedas de diferentes denominaciones “para que nunca falte la comida ni el dinero en la casa”, y dos diplomas con arcos dorados, otorgados por la Policía Nacional de Colombia a Héctor Javier Rivera Núñez, patrullero de 34 años de edad y 12 de servicio en la Policía.

Oriundo de Ibagué, Javier Rivera es el menor de cuatro hermanos: tres varones y una mujer. Vivió allí por tres años y los siguientes diez en El Guamo, Tolima. Pasaba sus días entre travesuras y ayudando a su padre José Santo Rivera, un cuidador de fincas, a prestar guardia y con las labores del campo mientras que su madre, Clementina Núñez, permanecía en casa.

Encomendado a la Virgen de Santa Marta, Javier era un devoto que soñaba con ser sacerdote hasta que tuvo contacto con la Policía. Ahora se conforma con congregarse en la Iglesia católica y embellecer el altar de imágenes santas que tiene en la sala de su casa.

Fue parte de la Policía Cívica Juvenil (PCJ), un programa de la Policía Nacional que consiste en conformar grupos de jóvenes entre los 7 y los 15 años de edad, con el propósito de prevenir su vinculación a cadenas delictivas y fomentar su participación en la comunidad por medio de actividades cívicas, fortaleciendo las relaciones entre la Institución y la comunidad.

Quince días antes de cumplir dieciocho años fue reclutado por el Batallón Caicedo Chaparral en Tolima para prestar el servicio militar. Al no ser mayor de edad, el Ejército le pidió la firma de autorización de sus padres, José Santo Rivera y Clementina Núñez, para poder prestar servicio.

“Quería ir sí o sí. En la mañana me dijeron que debía llevar la autorización lo más pronto posible, y en la tarde la entregué. Mis papás no supieron nada sino hasta cuando yo ya estaba adentro”.

Más tarde, la Escuela Gabriel González de la Policía Nacional envió un oficio al batallón Caicedo Chaparral solicitando 200 hombres, y Javier Rivera fue trasladado

a continuar el servicio militar en el Espinal, Tolima. A los seis meses salió para el departamento del Caquetá. Allá estuvo en los municipios de Curillo y Doncello, tiempo después regresó al Tolima, donde terminó de prestar el servicio militar.

“Los primeros días fueron los más difíciles, pero los que más me gustaron. La disciplina militar es increíble. Definitivamente, la Policía y el Ejército son como una universidad: todo es calificable”.

En el 2005, Rivera inició el proceso para ingresar a la Policía al grado de patrullero. En mayo del 2006, quedó seleccionado para hacer el curso, recibió entrenamiento en diferentes tipos de combate, estrategias y tácticas para afrontar las situaciones de amenaza a la población civil graduándose como patrullero en noviembre de ese mismo año.

En una de las paredes de su hogar se destaca la silueta en madera y pintada de negro de un fusil Galil 5,56. Sobre el centro del fusil, de abajo hacia arriba, hay una bala de una pistola M-60 calibre 162, dos balas calibre 156 para ese tipo de fusil, una de un AK-47 y una Punto 50, (que solo la tienen los helicópteros, aviones fantasmas y embarcaciones por la fuerza de su impacto: parte a la mitad troncos de árboles adultos).

“Lo hice con mis manos, lo corté, lo lijé y lo pinté. Es el recuerdo físico que tengo de lo que pasó ese día”.

El sonido de un trueno lo interrumpe, llueve a cántaros. Respira profundo, se sienta y recuerda:

“Ese día también llovía”.

Recibieron la orden la noche del 22 de junio de 2009. La Fuerza Aérea había bombardeado el campamento de Juan Carlos Úsuga, alias el Enano, jefe del frente Manuel Cepeda Vargas de las entonces Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc). Javier Rivera y el resto de los hombres que conformaba el Grupo de Operaciones Especiales (GOES) debían ir a hacer una inspección, después del bombardeo, en la zona montañosa del Alto Naya, Cauca.



Fuente:
Fotografía
tomada por
Íngrid Ramírez
Fuquén.

A medianoche Rivera y su amigo, el patrullero García “El Ñote” se preparaban para el operativo. “Le decíamos Ñote porque medía metro y pico, era un enano bien simpático”. Se vistieron con el uniforme de dril verde oscuro, un casco blindado y botas negras; y alistaron su dotación: una pistola MR, granadas de 60 milímetros y un fusil Tabor 21.

“Cuando me ponía el uniforme para el GOES sentía que tenía el deber de luchar contra la delincuencia y el crimen. Y cuando iba a una operación, no sentía nada, pero de regreso sí sentía miedo y adrenalina por no saber si uno iba a salir completo. Esa vez sentí algo en el pecho antes de salir para la operación”.

Uniformados y armados de valor, los hombres del GOES, después de encomendarse en una oración, partieron desde la Escuela de Carabineros de Cali hacia Jamundí, en el departamento del Valle del Cauca. Allí se reunieron con un grupo de los Escuadrones Móviles de Carabineros (EMCAR) de Cali y la SIJIN (Seccional de Investigación Criminal). Juntos conformaron un grupo de casi cien hombres, una caravana con cinco camionetas tipo estacas y un camión. A las 3:40 a.m. la caravana partió desde Jamundí al Alto Naya, Cauca, en el corregimiento de Buenos Aires.

“Eran las 7:00 a.m. Llegamos a la base del Alto Naya. Caminamos como dos horas cerro arriba para llegar al lugar del bombardeo. Hacía mucho frío y había neblina, la mañana estaba gris. Parecía que el sol no quería salir. Yo pensé ‘va a llover’”.

A las 9:00 a.m. los hombres del GOES, el EMCAR y la SIJIN hicieron el recorrido donde habían bombardeado: encontraron los cadáveres, (entre ellos el de alias El Enano) e hicieron el levantamiento de los cuerpos. Descendieron del cerro por otras dos horas, subieron los cuerpos de los guerrilleros a la caravana y arrancaron de regreso a Buenos Aires, Cauca. El camino era de bajada.

A la 1:30 p.m. sintieron tres explosiones: las antiguas Farc atacaron con morteros la caravana. Javier Rivera y Ñote quedaron justo atrás de la camioneta impactada en la mitad de la caravana. Lo que vino después fue caos: llovía a cántaros, sonaban disparos y el radio no paraba de sonar requiriendo apoyo.

Aún aturcidos, Rivera y Ñote salieron del vehículo donde estaban y buscaron refugio en una caseta de madera y teja al lado del camino. Llovió aún más fuerte. Luego, Javier disparaba con el MGL hacia la parte de arriba del cerro, de donde venían los disparos de los guerrilleros. Mientras Rivera disparaba, Ñote pasó al otro lado de la carretera corriendo haciendo relevos para disparar y desplazándose en zigzag; los dos uniformados avanzaron hacia la parte inicial de la caravana para auxiliar a sus compañeros.

“El uniforme me pesaba y casi no veía por la lluvia. Al disparar sentí mucha adrenalina, se me secó la garganta y me dio mucha sed. Por alguna razón eso me dio más valentía para seguir”.

En el camino se encontraron con un enfermero de combate auxiliando a un compañero herido. “Tranquilos compañeros, de esta salimos”, les dijo Rivera, sin saber que ambos, el herido y el enfermero, morirían. El enfrentamiento de fuego cruzado con las Farc continuaba.

“Ellos tenían la ventaja, estaban en el cerro y nos podían ver así nos escondiéramos; a los guerrilleros los escondía la maleza y uno no veía a dónde disparaba, pero teníamos que defendernos”.

Siguieron desplazándose con la misma estrategia hacia el inicio de la caravana. Encontraron siete cuerpos tendidos en el suelo sin vida. Camino abajo corría un río de sangre mezclado con agua lluvia. Aún llovía y la neblina era espesa. El apoyo aéreo llegó a las 4:20 p.m. y los disparos cesaron. Procedieron entonces a recoger los cuerpos de los compañeros que habían muerto y los subieron a la parte de atrás de una camioneta tipo estacas.

“Parecía una carnicería. A un compañero lo impactó un proyectil en la frente y le levantó toda la parte de atrás del cráneo. Recogí los sesos, los puse en su cabeza y con Ñote lo subimos a la camioneta. El conductor era un duro para manejar, pero ese día casi bota la camioneta por el abismo”.

A las 4:40 p.m., refugiados en una zona rural, estacionaron la camioneta, sacaron ponchos de plástico, cortaron palos e hicieron hamacas improvisadas para poner

allí los cuerpos de los fallecidos. Un helicóptero aterrizó en el lugar, recogió los cuerpos y salió para la sede de la Fuerza Aérea de Cali. Los demás siguieron su camino hasta el municipio de Timbío, Cauca, donde había un equipo médico para atenderlos y un grupo de psicólogos.

En la tragedia murieron seis Patrulleros de la Policía y un Teniente. Los dos heridos (un Patrullero y un Subintendente) fueron trasladados a centros asistenciales de Santander de Quilichao y Cali.

“Hubo una última explosión cuando estábamos recogiendo los cuerpos, no sabemos si fue granada o qué artefacto. A mí me alcanzó a quemar la pierna, pensé que había sido un proyectil que me había impactado, pero el enfermero revisó y solo fue un roce y cicatrizó.”

El impacto es el recuerdo, fue duro porque uno se acostumbra a ver a las personas y esa es una herida que sana, pero la cicatriz es siempre recordar los hechos. Los primeros días es impresionante porque al dormir siempre se recuerda eso. Ahora al escuchar un disparo se está alerta, se reacciona diferente en una eventualidad, porque al estar uniformado se está más expuesto que un particular.”

Esos días tuve pesadillas: lo que les pasó a mis compañeros me pasó a mí. De alguna manera su muerte también fue mía — dice Rivera mientras mira la pantalla de su computador”.

Es una foto de sus compañeros de operación del GOES horas antes de las detonaciones a la caravana. Posan veintiocho hombres. Algunos sonrientes con sus manos extendidas con el pulgar arriba y otros serios sosteniendo su fusil en el pecho. **¿Qué siente al ver esa foto? ¿sigue en contacto con Ñote o alguno de sus compañeros?**

“Hablar este tema es duro porque ya lo había despejado de la mente. Una cosa es despejar y otra olvidarlo, que no se puede. Me pongo a pensar si yo hubiera muerto, ¿qué sería de mi familia?”

Creo que aún tengo sentimientos de rabia y rencor, incluso pensé en vengarme alguna vez. Recordar eso es como ver la cicatriz de una herida que sanó, pero que sigue ahí. Esto es una familia muy pequeña, lo que le pasa al compañero le duele a uno.

No nos hemos visto desde entonces. Todos tomamos caminos separados, unos en Cali, otros en Medellín, Pereira y Bogotá. Lo único que tenemos es esta foto y recordarnos uno al otro. Pero así es la vida institucional: hoy estamos acá, no sé mañana”.

Entre otra de sus experiencias recuerda que en el 2010 se desempeñaba en la vigilancia del corregimiento Santiago Pérez, departamento del Tolima. En la Estación de Policía, Javier Rivera y sus compañeros hacían un muñeco relleno de arena y disfrazado de policía. En la cabeza, a manera de casco le ponían una tutuma, le dibujaban facciones en el rostro y en la boca le hicieron un hueco pequeño. Cada noche, a las diez, bajaban los tacos de la luz, sacaban al muñeco a “prestar guardia”, encendían un cigarrillo y lo ponían en el agujero de sus labios. La chispa roja y naranja del cigarrillo ayudaba a distraer al guerrillero o delincuente:

“Piensan que el muñeco es un policía. Si decidían atacar, atacaban al muñeco primero y nosotros teníamos más tiempo de reacción. Cada vez que al muñeco se le acababa un cigarrillo le poníamos uno nuevo. La gente pasaba y decía ‘agente, buenas noches’, pero el muñeco qué iba a responder. Seguía fumando el cigarrillo — recuerda Rivera entre risas”.

En mayo de 2011, Rivera y sus compañeros prestaban guardia en compañía del muñeco, que como cada noche, cumplía su misión en la parte de afuera de la Estación. De repente, el silencio se vio interrumpido por un cañonazo que se escuchó a lo lejos. Al salir a revisar qué había pasado, Rivera se sintió aliviado y aterrado a la vez: desde la montaña, un francotirador le dio un tiro al muñeco y le toteó la cabeza.

Momentos como esos son difíciles de olvidar, y más para su familia, que aunque no vivían con él en las poblaciones donde trabajó (Cauca, Nariño y



Fuente:
Fotografía
tomada por
Íngrid Ramírez
Fuquén.

Cali), sí sentían en su corazón las angustias por las que pasaba Javier en aquellos momentos como después de más pensamientos en su hija, que solamente tenía un año de nacida. Y a pesar de saber las afúgias que tiene la profesión, su hija, ahora ya mayor de edad tiene una decisión en proceso:

“Cada quien tiene su propia imagen y percepción. Yo no permitiría que mi hija fuera policía en mi grado de patrullero. Pero si ella va a hacer un curso de oficial¹, magnífico, porque pertenecen al nivel directivo de la Policía”.

Ahora la vida de Javier Rivera posee otro rumbo; el uniforme verde aceituna de la Policía tiene un significado diferente de autoridad, poder y responsabilidad con la Institución y con la comunidad. Siente el deber de ayudar a la convivencia y el bienestar ciudadano pero desde otra labor.

Su nuevo reto es como Gestor de Prevención y Participación Ciudadana² en la Policía. Desde allí, ayuda a las comunidades de diferentes localidades de Bogotá a conformar frentes de seguridad, con el fin de crear toda una cultura de la seguridad ciudadana. La idea es integrar a los vecinos de un sector específico por cuadras, sectores, conjuntos cerrados, edificios y localidades, junto con la Policía, con el objeto de contrarrestar y prevenir los problemas de seguridad que afectan el orden ciudadano, diseñando mecanismos especiales (como grupos por WhatsApp o de vigilancia) para contrarrestarlos oportunamente, llevando en esta tarea ya año y medio.

Este plan piloto de la Policía Metropolitana de Bogotá para reincorporar la Policía Comunitaria (POLCO), hoy conocido como el Programa de Prevención y Educación Ciudadana³, cuenta con cuatro grupos de diez hombres aproximadamente en

localidades como Rafael Uribe Uribe, Usme, Ciudad Bolívar y San Cristóbal. La POLCO busca, principalmente, recuperar la relación de confianza y respeto entre la comunidad y la Policía, y que las personas se unan para mitigar el crimen y la inseguridad. “Si la gente se uniera como realmente debe de unirse, no habría delincuencia”, afirma Javier.

El compañero del patrullero Rivera, Jairo Lancheros, un hombre de estatura media, moreno y de sonrisa tierna, hace parte del plan piloto también.

“De eso se trata este trabajo. La Policía es un consejero de la sociedad. Buscamos que las personas cambien el chip del ‘tombo’, del policía corrupto e intocable al del policía amigo y humano”.

Para Javier Rivera, la Policía ha sido como otra escuela y otro hogar. Le ha enseñado sobre la vida, sobre geografía y sobre derecho. Le gusta lo que hace, pero confiesa que si le dieran la oportunidad de ser parte de un equipo de operaciones, de nuevo se iría, sin pensarlo.

“Todos tenemos en el trabajo un factor de riesgo. Sea policía, militar o abogado. Yo tomaría el riesgo”.

igualmente en los que permitan la inscripción voluntaria de los ciudadanos en los diversos programas de nuestra Institución, por medio de procesos, procedimientos, planes.

1 La formación de los oficiales se realiza en la Escuela de Cadetes de Policía "General Francisco de Paula Santander" (por sus siglas ECSAN), en la ciudad de Bogotá, cuya misión es "Formar integralmente a los futuros oficiales de la Policía Nacional, fortaleciéndolos con los valores institucionales, que les permitan desarrollar sus funciones con profesionalismo, en cumplimiento a las necesidades de seguridad de la comunidad" (Policía Nacional, 2019).

2 Se refiere a la actividad que desarrolla dentro del Área de Prevención y Educación Ciudadana de la Policía Nacional, cuya misión es fomentar una cultura de participación ciudadana entre comunidad y Policía Nacional con el fin de minimizar el riesgo de ocurrencias de violencias, delitos y contravenciones en su jurisdicción, promoviendo, instruyendo y acompañando la conformación y el fortalecimiento del programa

3 Se refiere al Área de Prevención y Educación Ciudadana de la Policía Nacional (por sus siglas PRECI), en los cuales la comunidad en general puede participar directamente a través de su compromiso personal,



Por Viviana Yanguma

EL SER HUMANO BAJO EL UNIFORME

*"La mayor gloria no está en no caer jamás,
sino en levantarnos cada vez que caemos"*
Confucio

A inicios de 2015, el país se adentraba en un clima preelectoral que lo llevaría a elegir, el 25 de octubre, a los alcaldes, gobernadores, concejales, ediles y diputados de las asambleas departamentales para los próximos cuatro años.

Durante ese mismo año en el mes de julio, las antiguas Farc daban a conocer su segundo cese al fuego unilateral que empezaría el 20 de julio y tendría una duración de 30 días. Meses antes de este anuncio en el departamento del Cauca murieron 11 militares en un ataque de la guerrilla, como lo indicó el periódico *El País* "La guerrilla de las Farc mata a 11 militares en medio de la tregua", (15 de abril de 2015), posteriormente, 26 guerrilleros cayeron en una operación desarrollada en un campamento de las Farc, en el mismo departamento.

Así como el Cauca, existen muchos departamentos que han sido afectados en gran manera por la violencia que ha azotado al país, y en mayor medida a la zona rural. Aquellos campesinos que han visto y vivido los horrores de la muerte y la desolación, la desesperanza y la tristeza de tener algo o no tener nada. La historia de Ánderson Camacho Zapata surge del campo, de las ganas de cumplir un sueño, y con este poder ayudar a su familia:

“Mi nombre es Ánderson Camacho Zapata. Nací el 26 de abril de 1993, en la vereda Casa de Zinc, cerca al municipio de Ataco, en el departamento del Tolima. Allí crecí con dos hermanas, un hermano, mi mamá y mi papá, quienes nos sacaron adelante con cultivos de café y plátano”.

A los 18 años viajó a buscar nuevas oportunidades en la ciudad de Bogotá y por recomendación de su tío entró a prestar el servicio militar. Una vez lo terminó, se vinculó de manera profesional a la Policía, haciendo parte del Escuadrón Móvil Antidisturbios (ESMAD). Su tía Ana Elsy Zapata fue quien lo recibió en Bogotá.

“Desde que llegó a la casa siempre lo impulsamos a entrar a la Policía porque nos gusta esa vida. Mi esposo es pensionado de la Fuerza Aérea, mientras que mi hijo mayor está vinculado profesionalmente en la misma Institución. Y de joven, yo quería ingresar a la Policía, pero mi sobrepeso me lo impidió”, cuenta Ana Elsy.

Ella ha estado en todas las etapas profesionales de Ánderson. Con el tiempo, se ha convertido en una madre para él en la ciudad.

“Yo lo apoyo en cualquier decisión que él tome en la vida, solo quiero verlo bien y feliz”.

Ánderson Camacho mide un metro ochenta centímetros, es aficionado al fútbol y a las motos, le gusta la acción –estar en constante movimiento–. Con los años en la Policía ha aprendido a leer a las personas y a controlar, por ejemplo, la velocidad de su moto, dependiendo del compañero que lleve consigo sin que este le diga nada. Al ser parte del ESMAD se había acostumbrado a esquivar piedras y explosivos. Había tenido que ver a varios de sus compañeros heridos de gravedad y ser fuerte cuando alguno de ellos fallecía. A los 21 años, creía haber logrado convivir con el

miedo constante de salir un día y perder la vida o una parte de su cuerpo, pero también lo agobia el dolor de perder algunos de sus compañeros.

“Compartir con los compañeros genera un vínculo de hermandad. Llegamos al punto de conocer a los familiares y hacer parte de la familia de ellos. Son las personas con las que uno convive a diario, día y noche, por más de 16 horas al día.

Aquí se tiene la oportunidad de conocer a muchas personas, abogados, profesores, de todo. Soy de las personas que piensa que hay que tener amigos; el día que llegue a tener un problema o calamidad, la familia puede ayudar, pero muchas veces la ayuda se consigue en la amistad”.

Ser parte de la Policía es un gran reto, y existen cosas para las que nunca se está preparado, lo que para Ánderson se hizo realidad el 15 de marzo del 2015. Amaneció en el municipio de Piendamó, Cauca, cuando el Escuadrón Móvil Antidisturbios de la Policía al que pertenecía –y que hacía presencia en el pueblo desde hacía doce días–, recibió la orden de alistarse y dirigirse a municipio de Mondomo, en donde había una protesta indígena. Los manifestantes habían bloqueado la vía Panamericana, reclamando al Gobierno tierras que consideraban ancestralmente suyas.

Antes de salir, Ánderson había bromeado con sus compañeros diciéndoles que no quería ir a trabajar, que se iba a excusar para que lo pusieran de ranchero a cocinar para todo el escuadrón. Tenía un presentimiento de esos que inquietan pero que rápidamente se olvidan. Arregló su munición y salió con los demás. Todos sabían que no se iban a encontrar solo con indígenas en medio de una minga¹. Este tipo de episodios eran aprovechados por algunos delincuentes para infiltrarse y causar daño a la Fuerza Pública.

Hacia las diez de la mañana, iniciaron los enfrentamientos en las montañas de Mondomo. Había dos grupos, uno que repelía y otro que defendía. Ánderson estaba en el primero. Dieron las cuatro de la tarde, ninguno había almorzado y por

¹ Protesta indígena que busca exigir al Gobierno la entrega de las tierras que consideran suyas.

un momento, ya cansados, vieron a los manifestantes alejarse y sintieron que se había acabado todo. Pero de repente, desde un costado, los sorprendió la explosión de un tatuco² que cayó a unos 20 metros de donde estaba Anderson. El tatuco lo lanzó unos metros más adelante y lo dejó postrado en el suelo.

Los pedazos de hierro, puntilla y tornillos que dejó el artefacto se incrustaron en su pierna derecha: “No era un dolor normal, yo sentía que estaba en llamas”, recuerda. Esa sensación inmovilizó la parte inferior de su cuerpo. La angustia se apoderó de él cuando sus piernas no respondieron a las órdenes de levantarse y correr. El protector que usaba en su pecho le impedía verlas. Pensó que las había perdido. En ese momento, varios de sus compañeros, entre ellos Albeiro Garibello Alvarado y Miguel Gómez, lo levantaron de los brazos, hicieron una camilla improvisada con los escudos y lo bajaron por la montaña hasta una patrulla que lo trasladó a Santander de Quilichao, norte del Cauca, para recibir los primeros auxilios.

“El estruendo fue bastante fuerte, y al voltear y ver a ‘Camachito’ botado en el piso, yo quedé como en shock. Para bajarlo tuvimos que lanzar gases lacrimógenos y así lograr un poco de tiempo. No fue fácil bajar con él en hombros a través de una nube blanca de gases; nos sentíamos asfixiados y cansados, pero eso no importó porque valía más la vida de él”, recuerda Miguel.

La primera vez que operaron a Anderson fue en la ciudad de Cali. Duró seis meses allí, sin conocer a nadie y con la esporádica visita de su novia de ese entonces. Luego lo trasladaron a Bogotá para continuar con la recuperación por otro medio año, lapso en el que se movilizaba con la ayuda de muletas.

Producto del ataque quedó una cicatriz que recorre la palma del pie, el tobillo y pasa por el gemelo hasta detenerse centímetros antes de llegar a la rodilla derecha. En el interior de la pierna hay dos tornillos que sostienen y le dan movilidad a su pie, el cual debe soportar el dolor que produce el constante frío de las madrugadas bogotanas.

² Mezcla letal de dinamita y metralla contenida en un cilindro que se dispara desde un tubo de hierro.



Fuente:
Fotografía
suministrada
por el
uniformado.

Por las afectaciones a la movilidad de su pierna derecha, Ánderson pidió la desvinculación del ESMAD, y desde hace siete meses hace parte de la Policía de Vigilancia en la estación de la localidad de San Cristóbal, al sur de Bogotá.

A pesar de las circunstancias, agradece al ESMAD por la oportunidad que tuvo de conocer tantos lugares de Colombia. Estuvo en Putumayo, Nariño, Huila, Boyacá y Cauca. Además, valora el haber conocido y compartido con tantas personas a lo largo de los tres años y medio que estuvo en esa unidad.

Aunque no habla con rencor del ataque que sufrió en el Cauca, ni del que fue testigo en Bogotá y que lo dejó sin uno de sus mejores amigos, su voz y su relato transmiten tristeza e incomprensión. Entiende que su trabajo no es fácil. Sabe que desde que entró a hacer parte tanto del ESMAD como de la Policía de Vigilancia ponía en riesgo su integridad física. Sin embargo, le es difícil entender que otro ser humano sea capaz de atentar y acabar con la vida de otra persona.

“Me cuesta perdonar a las personas que me hicieron esto. A veces cuando tenemos un caso en la Estación que involucre a algo o a alguien que me recuerde el ataque, prefiero no ir o mantenerme muy alejado”.

No se reconoce como una víctima, ni como un victimario, pero sí pide que entiendan que no es una mala persona por dudar al perdonar.

“Soy tolimense y los tolimenses somos buena gente, pero aún no estoy listo”.

El ser padre de Sara Gabriela, una niña de ojos verdes, preciosa, que no es otra cosa que su mayor adoración, hace que cada día sea especial. No vive con ella, pero trabaja cerca y no pierde ninguna ocasión para ir a verla. Hace unos meses compró un carro pensando en que cuando Sara esté más grande, puedan salir a pasear juntos con la comodidad que ella se merece. Un hijo hace que se piense en el futuro, por eso Ánderson planea, en un par de años, invertir en un negocio propio, comprar una casa y recuperar la movilidad de su pierna por completo para correr y jugar junto a su hija, pero sabe las dificultades que esa profesión emana.

“Fui padre a los 23 años. Fue una odisea cuando nació, yo estaba en Putumayo, a 28 horas por tierra. Pedí permiso

para venir a Bogotá y poder verla, nació prematura, con 7 meses. Al verla, Dios bendito, fue asombroso, aunque me dolió mucho verla en la incubadora y con oxígeno, no esperaba verla así.

Los que tienen hijos es menor el tiempo. Uno llega cansado y es poco lo que se comparte, se vive más solo que acompañado. La familia, al hacer cuentas del horario laboral de nosotros y el estrés, no permite la posibilidad de estar con mamá o papá, si apenas veo a mi hermosa Gabriela”.

La vida es difícil y deja momentos amargos. La labor de ser policía le ha mostrado a Ánderson las diversas caras del dolor y la perseverancia; los momentos difíciles no han sido tan fáciles de superar, y mucho menos aquellos que marcan la vida.

“Ayudar a recoger un compañero muerto. En la vida y la Policía hay que afrontar esas cosas. Aquí siempre estamos expuestos y a cualquiera le puede pasar, pero morir destrozado, amputado de piernas o bracitos es algo que no se espera. Nadie está preparado para algo así. Son momentos que, al pasar el tiempo, uno los va blindando, en lugar de derrumbarse, se mira qué hacer”.

El 19 de febrero del 2017, el último día de la temporada taurina en la capital, la explosión de un artefacto cerca a la entrada a la Plaza de Toros Santamaría de Bogotá dejó 30 heridos y una única víctima fatal: el patrullero Albeiro Garibello Alvarado. El mismo que le había salvado la vida a Ánderson dos años antes en Piendamó, Cauca.

“Yo conocía a Gari desde la Escuela, cuando estábamos haciendo el curso del ESMAD en el Espinal (Tolima), y uno va formando lazos de amistad muy fuertes con todos los compañeros. Termina conociendo quién ronca, quién no, quién tiene problemas con la novia, quién es el malgeniado y quién es el amarrado”.

3 Término para denominar a la persona poco amplia o generosa con su dinero.



Fuente: Fotografía
suministrada
Viviana Yanguma.

Una vez que fuimos a Boyacá por el paro campesino del 2013, nos tocó dormir sobre unas esteras en un polideportivo que nos prestaron, techado, pero sin paredes; casi no podíamos dormir del frío, y cuando a las cinco de la mañana nos fuimos a bañar, al agua le salía humo del frío; eso lo vivimos juntos”, recuerda entre risas.

Albeiro tenía 23 años, igual que Anderson en ese momento. Fue declarado muerto el 22 de febrero del 2017. El 24 de ese mismo mes, Anderson aparecía en los medios de comunicación sosteniendo el casco número 175352, que perteneció a Gari, como lo llamaba de cariño. Ese día hicieron un homenaje por sus heroicos años de servicio en la Policía Nacional. Todos lo despidieron con un “hasta pronto, amigo. Hasta siempre contigo. Valiente héroe”.

“Con Garibello en Bogotá, como vivimos y trabajamos en estaciones cercanas, él me traía casi todos los días o me prestaba la moto”, recuerda Anderson mientras deja escapar un ¡Dios bendito!

Horas antes de la explosión, Anderson hablaba por teléfono recostado en la caja telefónica donde había sido puesto el petardo. Él y su compañero Miguel Gómez, habían estado en esa esquina durante los tres últimos domingos de la temporada taurina, pero el quinto día, el último, cuarenta minutos antes de la explosión, con el fin de tener acceso a la tienda y entrar al baño más fácilmente, Anderson, Miguel y sus otros compañeros cambiaron de lugar con Albeiro.

Cuando escucharon la explosión, ambos pensaron que había sido una papa bomba⁴, pero al ver los vidrios de los edificios caer, las paredes romperse y el humo de los escombros cubrir la calle, supieron que había sido algo más fuerte. Corrieron a ayudar a sus compañeros. El panorama no fue alentador: cinco policías heridos, Garibello, prácticamente muerto.

“Fue muy duro, nosotros pasamos más tiempo con nuestros compañeros, ellos se convierten en nuestra familia”, asegura Miguel.

⁴ Artefacto explosivo fabricado artesanalmente con clorato de potasio y azufre entre otros componentes.

Todo el escuadrón perdió más que a un amigo, a un hermano ese día. Y la relación de Anderson y Miguel, protagonistas de ese dolor, se fortaleció más. Miguel continúa en el ESMAD, pero vive cerca de la estación de policía en la que trabaja Anderson, por lo que se ven casi todos los días cuando él está en Bogotá.

Sin uniforme, hablando con su tía, sentado en la escalera y acariciando a Dalia, una perrita schnauzer gris, parece uno más de esos jóvenes con sueños por cumplir, miedos, amigos –a los que ama como a hermanos–, y que está dispuesto a construir una sociedad mejor para él y su familia desde donde sea que el destino le dicte que tiene que estar.

Son tantos los recuerdos que el servicio al país le ha dejado, así como secuelas en su cuerpo, que recuerda el viejo adagio popular que dice –cada días lleva su afán–, pero la necesidad de vivir y saber que podrá aportar con su trabajo a un mejor país para su hija lo hace esforzarse cada día más, y no temer a la adversidades, agradeciendo a Dios por otro día más de vida y trabajo. En su nueva labor en la vigilancia **¿le ha ocurrido algo que haya quedado grabado en la memoria?**

“Hace poco. Eran las 3 de la mañana, íbamos en una camioneta Duster a recoger a un señor para llevarlo al Centro de Traslado por Protección (CTP). Una señora salió de la casa despavorida y nos pidió que le colaboráramos, decía ¡La niña se me muere!. Nos bajamos y corrimos; la niña sufría problemas cardiacos y en el momento que la levanté de su camita se contrajo su cuerpo y dio el último respiro. La niña no tenía más de 4 añitos. No son mi familia, pero fui quien les prestó ayuda; no puedo decir –se salvó–. Son cosas de las que no estamos exentos.

En otra ocasión, una señora en estado de embarazo no alcanzó a salir del apartamento e intempestivamente empezó a dar a luz, no había tiempo para llevarla a la clínica. Cuando saqué al niño, venía con el cordón enredado en el cuello y estaba morado y con algo en la cara, nuestra reacción fue limpiarlo. El doctor dijo que eso fue lo que le salvó la vida, porque si no, se hubiera ahogado con la placenta. Me acordé lo que mi mamá nos contaba y lo que

hice fue quitarme un cordón y amarrar el ombligo a cuatro dedos de la placenta”.

No solo la Policía es su pasión, compartir con sus compañeros, andar en moto y disparar son sus hobbies.

“Con mis compañeros comparto; a veces cuando hay asados, me llaman. La amistad perdura. Salgo a rodar con Gómez, llevo poco en un grupo. Se llama Los Brothers. Hace poco lo vinculé a él porque también tiene moto. A mí me encantan las motos de alto cilindraje; tengo una NS 200 blanca. Quisiera comprar una GCR 600.

Me gustaba jugar microfútbol; ahora no puedo porque hacer deportes de contacto me puede volver a fracturar y no podría caminar más, utilizaría bastón o tendría más cirugías y me pondrían más tornillos. Soy hincha del Atlético Tolima; de hecho, tengo una camiseta original. Antes lo apoyaba muchísimo, pero le perdí ese amor; la hinchada tiene gente que no se sabe comportar.

Me gustan las armas. No soy problemático, pero soy de quienes van a las canchas de tiro que hay en Chapinero de la Policía, guardo y compro cartuchos. Es algo que libera; el sonido y el olor a pólvora distrae. Sentir nervios y la adrenalina es chévere, es como ir en una moto a 180 km/h”.



Por Camila Botero

EL AMOR HACIA UN UNIFORME LE SALVÓ LA VIDA A TODO UN PUEBLO

*"El valor de un acto se juzga por su oportunidad"
Lao-Tse (570-490 a. C.), filósofo chino*

Las noticias de Colombia en el año 2002 no eran nada alentadoras. Los titulares de los periódicos anunciaban enfrentamientos, secuestros, asesinatos, ataques a estaciones de Policía, masacres, desplazamientos, entre otros hechos, los cuales causaron daño y zozobra en la sociedad. Durante el mandato del presidente Andrés Pastrana se llevaron a cabo diálogos con las Farc por un periodo de tres años, los cuales fueron rotos en los últimos meses de ese Gobierno a causa del secuestro de un avión y poco tiempo después, el secuestro a la entonces candidata presidencial Ingrid Betancourt cuando se movilizaba hacia San Vicente del Caguán. Estas situaciones desencadenaron acciones militares de impacto, a lo que el grupo guerrillero respondió de manera desproporcionada, reanudando las hostilidades.

El conflicto ha sido un escenario de impacto durante varias generaciones y la de Felipe no era la excepción. Aunque la zona del Eje Cafetero no había sido un territorio afectado en gran manera por la violencia, si tuvo algunos momentos de gran tensión y dolor, sin embargo, eso no fue un motivo menos para que Felipe no tomara una decisión trascendental en su vida, ser policía.

“Ingresé a prestar servicio militar el 6 de diciembre de 1993, durante 8 meses fui auxiliar. Después hice el curso en la Policía que duró un año, y como profesional empecé en la ciudad de Bogotá.

Quería ser sacerdote; desde cuando era pequeño tenía la vocación, gracias a un tío que era obispo. Cuando estaba en el grado 11 llegaron al colegio a hacer el sorteo para prestar servicio militar y decidí que antes de ser sacerdote quería la experiencia de prestar servicio, así que decidí hacerlo y estando ahí me dijeron que iba para la Policía Nacional. A veces me pregunto ¿qué hubiera sido de mi vida como sacerdote? Un sacerdote pelea con la palabra de Dios, mientras que yo lo hago con el arma de fuego, pero ambas tienen un fin en común: proteger a la gente”.

El ser policía acarrea una gran responsabilidad, primordialmente, de hacer las cosas bien y así, ayudar a las personas asumiendo roles sin serlo, profesión para la cual Felipe tenía una fuerte vocación y se sentía orgulloso de poder hacerlo. El país atravesaba dificultades de seguridad, y eso no era una excepción en la profesión escogida.

Durante el 2003, hubo 95 incursiones guerrilleras a diferentes municipios del país, según datos del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) y del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI), lo que equivalía a 8 ataques por mes. Una cifra alarmante que obligaba a los policías y a los militares a dormir con su armamento al lado para estar atentos a cualquier aviso. Entre los departamentos más afectados se encontró Nariño. Las Farc atacaron Funes, Albán, Colón, Potosí, Génova y La Cruz, por solo mencionar algunos de los municipios afectados.

La Cruz –municipio de no más de 240 km²–, ubicado en el nororiente del departamento de Nariño, sufrió agresiones en repetidas ocasiones. Entre 1985 y

2002 vivieron 27 ataques a manos de las Farc, de los cuales se desencadenaron secuestros, desapariciones, violencia sexual y minas antipersona, según la misma base de datos.

Sin embargo, no fue sino hasta abril del 2002 que este lugar sufrió uno de los ataques guerrilleros más largos y difíciles de la historia del país. Fueron tres días de enfrentamientos que dejaron como resultado dos policías muertos y un pueblo semidestruido. Una lucha en medio de la cual afloró lo mejor y lo peor de la condición humana.

Era 10 de abril; todo transcurría con calma en la Estación de Policía de La Cruz, Nariño. A las cuatro de la tarde el timbre del teléfono rompió el silencio. Luis Felipe Moreno Cortés levantó el auricular y oyó una voz femenina al otro lado de la línea. Lo que escuchó lo tomó por sorpresa, no supo si le estaban tomando del pelo o era verdad lo que le decían; sin embargo, decidió darle credibilidad.

La llamada fue de una mujer que no quiso dar su nombre, pero se identificó como la madre de un joven obligado a pertenecer a la guerrilla. El fin era advertir a la Policía. Su hijo pertenecía al segundo anillo de seguridad de un frente guerrillero que se movía por esa zona de Nariño. Había escuchado por casualidad a miembros del primer anillo planear un ataque simultáneo en dos pueblos: Génova y La Cruz, a cincuenta minutos de distancia por una carretera destapada.

“Ma, dícales a los policías que tengan cuidado. El ‘Mono Jojoy’ organizó una toma simultánea a Génova y La Cruz. Aproximadamente 1.200 guerrilleros vamos a entrar al mediodía a Génova; iremos disfrazados de policías para tomar rehenes”, relata Felipe, mientras trata de reconstruir las palabras de la llamada.

Desde ese momento la zozobra acompañaba en cada paso a todos los policías del municipio. La información fue compartida a los integrantes de la estación de Génova. Todos estaban atentos.

El 12 de abril hubo un fatal accidente de tránsito. Un bus que iba de Cali hacia La Cruz rodó por un abismo en las afueras de San Pablo, Nariño. Los veintidós pasajeros que iban a bordo murieron. De esos, según Felipe, doce eran oriundos del pueblo.

“Yo creo que ese era el día en el que los guerrilleros iban a entrar al pueblo, pero como ocurrió el accidente y hubo un sepelio colectivo, se abstuvieron de entrar por tanto movimiento”.

El 15 de abril tuvo que hacer turno hasta las siete de la mañana, por lo que se despertó poco después de las doce para ver las noticias. Él vivía a una cuadra de la estación de Policía con su esposa y con su hijo de cuatro meses. Felipe escuchó el fuerte sonido de ráfagas de ametralladoras; habían llegado los guerrilleros. Lo primero que pensó fue en su bebé; debía protegerlo. Así que tal cual estaba vestido, tomó su arma y salió corriendo a enfrentar lo que fuera. Cuando estaba saliendo de la casa, cayó en la cuenta de que iba vestido de civil y sus compañeros podrían confundirlo y dispararle. Regresó a su casa y se puso su uniforme.

Las balas salían disparadas de todas partes; apenas tenía tiempo para cubrirse. Por la posición geográfica del pueblo, que parece un cañón, Felipe pudo ver cómo el lugar se llenaba de guerrilleros, que a la lejanía parecían hormigas. Mientras corría pensaba que solo eran veintinueve policías para confrontar a tantos insurgentes. Al fin logró llegar a la esquina de la Estación esquivando los disparos, allí se encontró con unos compañeros y entró a la garita.

“Pregunté qué pasaba y un compañero me respondió: ‘Se nos metieron, están entrando a Génova, así que la información era real’. Desde Génova empezaron a llamar diciendo que un grupo de guerrilleros se habían llevado a la policía; estaban vestidos con uniformes de policía. Llegaron diciendo que eran enviados del Comando de Policía del Departamento de Nariño a reforzar la Estación porque había probabilidades de una incursión guerrillera. Los policías mordieron el anzuelo, los retuvieron. Un policía salió corriendo y lo mataron.

Uno de ellos dijo que había escuchado que en Génova habían secuestrado a 10 policías para tomarlos como rehenes y que habían dinamitado la estación de Policía y la Alcaldía. Y claro, ahí el impacto fue más fuerte. Tuve mucho miedo. Miedo de morir. Miedo porque eran más que nosotros. Sentía que la muerte me tocaba la espalda y me decía: ‘En la jugada, papá, que en cualquier momento nos vamos’.

Para que el ambiente no fuera tan pesado, bromeamos entre nosotros. Después empezábamos a decir: ‘Armemos un equipo de microfútbol y jugamos con los guerrilleros mientras se acaba esto’. Algunos preguntaban quién quería ir a piscina, mientras que otros pedían aguardiente para la sed. Incluso, en la segunda noche un sargento de apellido Fajardo empezó a cantar el himno de la Policía”.

Los guerrilleros atacaron el pueblo con fusiles, lanzacohetes, granadas, cilindros de gas y metralletas. Como era lunes de mercado, había mucha gente afuera de sus casas, así que en el momento del ataque tuvieron que refugiarse en cualquier parte sin poder salir, mientras escuchaban cómo la guerrilla destruía su pueblo.

“Éramos 29 policías, y ellos 1.200 guerrilleros, pero no entraban todos al pueblo, se relevaban por ahí unos 300, pero no todos atacaban, unos preparan los cilindros de gas, otros hacían de comer, otros prestaban seguridad externa por si venía apoyo, otros se infiltraban de civil en el pueblo



Fuente:
Fotografía
suministrada
por el
uniformado.

a ver qué movimiento veían. A Génova se entraron vestidos de policías, volaron la estación de Policía y la Alcaldía.

Ellos utilizaban cilindros de gas, yo veía cómo los cargaban y los veía por el aire antes de caer. En ese tiempo, ellos llenaban los cilindros de tornillos, grapas y cualquier cosa que pudiera causar daño e infección. Así que si uno de esos caía a tres cuerdas, se sentía como si hubiera caído ahí al lado. La tierra se movía como si estuviera temblando y los techos de las casas se elevaban tan alto que parecían pájaros. Apenas estallaba un cilindro, el pecho me dolía como si me hubiera estallado por dentro. Escupía y me metía los dedos a la nariz para ver si me estaba saliendo sangre. Además, el estruendo era tan fuerte que un silbido en el oído nos aturdiría por varios minutos. Pensábamos que nos habíamos quedado sordos”.

No había pasado ni media hora de haber iniciado el ataque cuando murió el primer policía, Julio Meneses, oriundo de Nariño. Llevaba un poco más de un mes de haber ascendido a Subintendente.

“Para mí fue muy dura la muerte de Meneses porque fue él quien me enseñó a conducir carro. Era muy buena persona. Cuando se metió la guerrilla, él estaba en el parque con mi capitán, salieron corriendo y se metieron a un búnker subterráneo que había en la Estación. Meneses estaba desempotrando el arma, y en el momento en que subió para sacarla por la boquilla, entró por ese mismo orificio un proyectil que le dio en la cabeza y lo mató”, relata Felipe.

Llevaba más de cuarenta y ocho horas de fuego cruzado. Fueron veinte minutos de tiroteo, y luego, un silencio acompañado de una incertidumbre muy larga. Ninguno sabía qué iba a pasar, no sabían si los guerrilleros se habían ido, si habían matado o secuestrado a sus otros compañeros, pero en el momento menos pensado, el fuego se reanudaba y la pesadilla continuaba.

“Como no nos rendimos, trajeron a los policías de Génova y los pusieron como escudos humanos. Los colocaron con los brazos atados hacia atrás, y ellos gritaban ‘muchachos, entréguese que ellos vienen no más por el armamento’.

Por esa adrenalina y con el instinto decíamos que con todo el dolor del alma nosotros no nos íbamos a entregar”.

Al tercer día del enfrentamiento estaban a punto de colapsar mentalmente, no habían dormido ni comido nada, el agua ya se había acabado y las municiones también estaban por terminarse. Tanto ruido los tenía aturridos y el desespero de no saber cuándo iba a acabar esa pesadilla ni qué pasaría con ellos los desanimaba.

“Se pidieron refuerzos, pero por tierra era muy difícil, así que esperábamos al aéreo, pero las condiciones climáticas de ese primer día no fueron las más favorables para que llegara el apoyo. Estaban como a tres horas por tierra, pero se demoró mucho porque había hostigamientos por todo lado”.

Cuando llegó el apoyo terrestre, retrasado por las múltiples emboscadas a lo largo de todo el camino, liberaron a los policías que habían secuestrado en Génova. Muchos de los guerrilleros se retiraron haciéndose pasar por campesinos del pueblo. Felipe asegura que si el enfrentamiento hubiera durado dos o tres horas más, se habrían quedado sin municiones.

“Nosotros vimos cómo mataron a un compañero que se entregó voluntariamente para que no mataran a su esposa e hijo. Mi capitán le dijo que entonces se entregara porque ellos solo iban por el armamento. Nosotros vimos que salió con las manos hacia arriba con el arma, entregó el armamento a un guerrillero, llegó una guerrillera y le disparó por detrás con una pistola en la cabeza. Él cayó a los pies de la esposa y el niño, que medio hablaba, lo tocaba en el pecho y le decía ‘Papá, espíete; papá, espíete’. Por ese motivo decidimos no entregarnos, aunque los policías de Génova lo pidieran. En ese tiempo el presidente Pastrana le pidió a las Farc que desalojaran El Caguán, antigua zona de distensión, y en efecto, ellos se fueron de ahí. Nosotros nos preguntamos: si no había esa zona, ¿para dónde nos llevarían? Lo único que harían sería matarnos”.

Una vez establecido el orden, con el apoyo del Ejército, en el pueblo no quedó rastro alguno de los guerrilleros, así que las personas empezaron a salir de sus casas. Felipe recuerda, con gran emoción, el ánimo que recibió de todas las personas de La Cruz.



Fuente:
Fotografía
suministrada
por Camila
Botero.



“Algo que me conmovió mucho fue que la gente nos aplaudió a nosotros. Nos decían que éramos unos héroes y nos agradecían por defenderlos. Esa escena nunca se me va a borrar de la mente. La mejor recompensa que pude recibir fue el reconocimiento de los habitantes. Con eso me quitaron el cansancio y me di por bien servido”.

Momentos luego de ese gran agradecimiento, los policías se reunieron con sus familiares. Felipe abrazó a su esposa y a su hijo. Ningún poblador murió durante el ataque. El General Jorge Daniel Castro, Director de la Policía en ese entonces, viajó a La Cruz para felicitarlos. Les pidió que escogieran cualquier lugar en el que se sintieran a gusto para trasladarlos. Felipe decidió irse para su ciudad natal, Pereira.

“Estuvimos en Pereira desde 2002 hasta el 2008. El cambio fue muy bueno, viví con mi familia un tiempo. Después

empezamos a tener problemas porque la guerrilla amenazó a mi esposa, si seguía conmigo la mataban. Yo la calmaba, le decía que la guerrilla estaba muy ofendida porque no lograron lo que querían hacer, pero ella no lo pudo superar y nos separamos”.

Allí conoció a su actual esposa, Elizabeth Amaya, quien también es policía. Se hicieron novios en el 2008 y, según ella, Felipe le pidió cinco veces matrimonio hasta que por fin aceptó. Se casaron el 21 de diciembre de 2014. Tienen un bebé de tres años llamado Hian Sebastián (que significa hijo de Dios).

“Felipe siempre quiso un hijo que le dijera ‘papi’. Cuando Hian lo hizo, fue la gran alegría para él. Ellos siempre están juntos. Salen a jugar, a comprar carros, a la tienda; a donde pueda, siempre se lo lleva”, cuenta Elizabeth.

Con los años, Felipe pasó a la vigilancia en las cabeceras municipales.

“En general, mi vida después del ataque guerrillero dio un giro de 180 grados. Al ver la muerte tan cerquita, yo decía –¡Diosito, no quiero morir en este momento, me falta mucho por vivir, mi hijo tiene 4 meses! - Ahora valoro más todo lo que tengo, la vida, la familia. Procuro no dejar las cosas para después, las hago el mismo día porque sé que mañana puede ser demasiado tarde.

Luego de dos años regresé a La Cruz, recorrí las zonas destruidas ya reconstruidas, pero la gente ya se recompuso. Algunos al verme me abrazaban y me decían. ‘Estoy feliz de verlo porque usted fue uno de los policías que nos salvó a nosotros’; me reconocieron como tres o cuatro personas. Ese pueblo ya había tenido como cuatro ataques antes, pero no de tal magnitud.

Antes de ese ataque, mis compañeros y yo llegábamos a apoyar cuando los guerrilleros atacaban un pueblo, pero no los enfrentábamos. Un día llegué a El Encano, Nariño, después de que la guerrilla se metió y veía esa Estación destrozada, los policías muertos. Yo pensaba –Berracos mis compañeros, tenaz como quedó todo– pero nunca pensé que me fuera a tocar a mí. Llevaba un año trabajando en

el departamento de Nariño y antes había estado en dos o tres ataques, pero no veía a los guerrilleros, veía de dónde disparaban, mientras que en este, sí tenía visibilidad de ellos en el cementerio”.

Agrega que en lo posible ha tratado de cumplir todos sus sueños, de viajar, conocer diferentes sitios, ver películas, ver documentales, leer de cosas que antes no conocía y en general, hacer todo lo que no hacía antes porque no se atrevía o no le interesaba lo suficiente.

Actualmente es Intendente Jefe en la Policía Metropolitana de Bogotá. Trabaja en la estación de Bosa haciendo labores netamente administrativas como jefe de la sala estratégica. Se encarga de controlar cuántas patrullas salen a servicio, de atender las novedades del personal antes de salir a turno, de las estadísticas operativas y delictivas de la Estación, y de crear estrategias para reducir el homicidio, las lesiones personales y el hurto.

Lleva veintitrés años trabajando para la Institución, y le gustaría durar unos siete años más o “hasta donde el cuerpo aguante”, ya que hace poco le detectaron diabetes y sus planes cambiaron un poco. Por el contrario, su esposa le dice que, si ella se retira antes, quiere que él también se pensione con ella. La única secuela física que a Felipe le dejó el conflicto fue el desgaste de una de sus rodillas. Para él no ha sido fácil superar lo que vivió. Siente que todo es un proceso, no para olvidar, sino para superar y dar una nueva oportunidad a los que fueron sus contrarios, y aun así tiene firme su convicción de haber tomado la mejor decisión, ser policía.

“Si yo volviera a nacer, sería lo que soy ahora. Lo que me pasó me pasó para bien, porque mi vida espiritual cambió, la forma de ver la vida también porque de una u otra manera mi vida era como un poquito desordenada. Hay un lema que dice ‘Vive este día como si fuera el último’ y yo todos los días de mi vida los vivo así. La Biblia también habla de guerras, pero esos guerreros siempre andaban con Dios. David que venció a Goliat, él era un guerrero. Él comandaba ejércitos y Dios siempre decía ‘Hágale que yo voy con usted’”.

Recientemente ingresó como estudiante al Politécnico Grancolombiano en la modalidad virtual. Allí estudia Administración de Empresas, y pesar de todo lo que ha vivido, cree en un mejor país, tiene en cuenta que los diálogos con los grupos guerrilleros son necesarios. Desea, por el bien de su familia, que algún día Colombia encuentre esa paz estable y duradera que se promulga.

Así es este hombre, que pensó en ser sacerdote antes de unirse a la Policía, el mismo que lleva más de veintitrés años sirviendo a los colombianos. Tiene la convicción de que su suerte en el municipio de La Cruz se debe a su espiritualidad y a la fe que tiene en su Dios. Por el momento seguirá haciendo lo que más le gusta: ser policía.

**“Si a obrar los obliga el deber
tu prudencia y saber demostrar,
de balanza y justicia ser fiel,
ciudadano ante ley es igual.”**

***Estrofa II del himno de la Policía
Nacional de Colombia.***



Por Jenny Zuleima Gaviria y Angélica Lorena Salazar Tibaquirá

SOY FELIZ PORQUE PERDONÉ Y CAQUETÁ FUE EL ESCENARIO

"Valor es lo que se necesita para levantarse y hablar, pero también es lo que se requiere para sentarse a escuchar"
Winston Churchill

Muchas personas nacen en un lugar, pero se identifican con otro, y precisamente es por algo bueno o bonito que vivieron allí, pero la historia de Jorge Luis Villamil Salazar es la excepción a la regla. Él es un bogotano de 37 años, oficial de la Policía Nacional hace 21 años, administrador policial, licenciado en Filosofía y especialista en Gestión Territorial de la Seguridad. Durante la entrevista acentúa con voz clara y decidida la frase *"soy bogotano de nacimiento, pero caqueteño de corazón"*, porque para él, el departamento de Caquetá ha marcado más que cualquier otra región, su vida personal y profesional.

Conocer un poco del recorrido institucional ayuda a comprender la vida como policía, pero **¿cuál fue el motivo para ingresar a la Institución?**

“Realmente quería ser ingeniero electrónico y contaba con el apoyo de mis padres, pero a los 11 años fui Patrullero Cívico Juvenil. En esa época me vestía con overol, camiseta blanca, boina negra y bolillito a la cintura. Durante mis últimos dos años del bachillerato me gustaba servir y lo hice a través de la Policía Cívica Juvenil en la Estación Cuarta de San Cristóbal, vocación que estuvo en mí desde la infancia”.

Aunque no tuvo un familiar cercano que le hablara de la Policía, su hermano mayor es Técnico Mayor de la Fuerza Aérea Colombiana, quien lo guiaría en esa gran decisión. Con tan solo quince años de edad, Jorge ingresa a la escuela de formación el 17 de enero de 1998.

“Realmente uno a los 15 años no tiene todavía la formación intelectual, la personalidad, el carácter y la parte cognitiva no está muy fuerte. Salí cerca de los 18 años de la escuela; de hecho, mi primer sueldo lo reclamé con la tarjeta de identidad porque no tenía cédula.

Mi primera unidad fue la Metropolitana de Bogotá; trabajé en el CAI¹ Navarra en la vigilancia durante siete meses y, con ese entusiasmo que tenía por la electricidad y electrónica, me presenté para ser Administrador de Redes Telemáticas. Hice mi curso y pasé a liderar la Oficina de Telemática en la ciudad de Santa Marta.

Luego de culminar mi curso de ascenso de Teniente, fui destinado a laborar como comandante de la Estación de Policía Montañita en el departamento del Caquetá. Para el año 2014 estuve al frente de la Estación de Policía Florencia, y por mi trabajo y dedicación me nombraron en un puesto administrativo y ‘aunque mi vida era operativa’, esa decisión le dio un giro de 180 grados a mi proyecto de vida”.

En los inicios de su carrera policial lo llevan a trabajar en uno de los departamentos más golpeados por la violencia y el delito. La Fundación Ideas para la Paz menciona

¹ Comando de Acción Inmediata (CAI) es la unidad básica de policía de la Dirección de Seguridad Ciudadana, que tiene como misión mantener las condiciones necesarias de seguridad y participación ciudadana, brindando una respuesta a los requerimientos de la ciudadanía con inmediatez, oportunidad y acercamiento a la comunidad en un sector específico.

que en los últimos 14 años, Caquetá y Putumayo se han convertido en lugares emblemáticos de las transformaciones experimentadas en el marco del conflicto armado colombiano, en donde el Bloque Sur de las Farc fue el principal protagonista. Caquetá, al ser bastión político y militar de esa guerrilla, se convirtió en objeto de planes sistemáticos de recuperación territorial por parte de los últimos cuatro gobiernos; mientras Putumayo se convirtió en una zona de repliegue de las Farc.

Para las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc), estos departamentos, y especialmente Caquetá, tienen varias connotaciones, en lo histórico y lo político, por haber sido el lugar donde se creó y consolidó la estructura ilegal “Bloque Sur” de esta organización guerrillera, donde se refugiaron los principales comandantes del Secretariado y, se instaló la sede de las negociaciones con el gobierno del presidente Andrés Pastrana, desarrolladas entre 1998 y 2002.

En el Caquetá, el conflicto armado ha sido un factor central en la configuración socioespacial del departamento, ya que su ubicación geográfica en la Amazonía, en una zona contigua a la región Andina y al valle del Magdalena, lo ha convertido en un territorio estratégico en la dinámica del conflicto, pues constituye un corredor militar desde donde las Farc asedian áreas más integradas y una de sus zonas de aprovisionamiento y descanso cuando el Estado toma la iniciativa militar².

Debido a este contexto de violencia y conflictividad, la Policía Nacional ha enviado a sus integrantes para garantizar la seguridad y convivencia de los caqueteños, y aunque existe temor y miedo por la influencia de los grupos guerrilleros, Jorge, quien desde 2006 es víctima de un atentado, no fue inferior al reto; y aquí cuenta la historia con sus propias palabras: **¿cómo llegó a ese departamento y cómo fue su labor allí?**

“Cuando fui comandante de la Estación de Policía de Florencia en el grado de teniente, me dediqué a conocer y entender la ciudad. En ese momento era una ciudad pequeña y muy conflictiva con una situación social y cultural muy compleja. En el año 2005, ya llevaba seis años en la Institución, es decir, tenía 21 años de edad. Para esa

² Texto recuperado de <http://www.ideaspaz.org/publications/posts/1012> el 27 de octubre de 2019.

época, yo empecé a hacer mi trabajo como comandante de la Estación de una manera comprometida, que hoy en día hablando con los policías con quienes trabajé en esa época, me dicen ¡nosotros sí trabajamos demasiado!, es decir, no descansaba más de cuatro horas, pero era por ese entusiasmo y vocación que uno tenía.

Nos dedicamos con otro oficial de la zona, que era el jefe de la seccional de protección, a recorrer muchos sitios de Florencia como barrios, lugares donde estuvieran los Escuadrones Móviles de Carabineros, porque en ese momento Florencia fue un sector muy atacado por grupos armados ilegales, tenía muchos atentados dentro de la ciudad. Y realmente entre el 2004 – 2005, el departamento del Caquetá era una de las zonas geográficas con más actos terroristas e influencia guerrillera en el país. Aunque mi traslado de la costa al Caquetá me puso triste y sacó algunas lágrimas, hoy después de 16 años de haber conocido ese Departamento, ¡no quiero salir de allí, porque ahí conocí al amor de mi vida ¡mi esposa! Quien me ha acompañado incondicionalmente.

Por un año estuve como Comandante de la Estación, hasta que fui nombrado Secretario Privado. Aunque sólo llevaba tres meses en el cargo, no dejaba la costumbre de tener mi chaleco arnés y mi fusil al lado por mi seguridad y porque la situación de orden público era muy difícil”.

Jorge jamás dejó de lado sus rutinas de seguridad y siempre estaba listo para acudir al llamado de la comunidad. El amor por esta región nunca desfalleció a pesar de una serie de momentos que cambiaron su vida, en particular lo sucedido el 22 de febrero de 2006. **¿Qué sucedió?**

“Ese día estaba en la oficina, eran cerca de las seis de la tarde, cuando escuché un reporte por radio, decía que acaban de quemar tres taxis y dos busetas en un barrio de Florencia; yo pensé ¡ese barrio es aquí cerca, eso ni siquiera es a las afueras!

Mi primera reacción fue coger mi chaleco arnés y el armamento, organizar un grupo de 30 personas como

reacción para llegar al lugar para verificar lo que había sucedido; caminamos hacia la zona, vimos los daños que habían hecho. En ese momento yo le decía al Comandante del departamento; ‘si nos quedamos acá, realmente no vamos a hacer nada, aquí ya hicieron lo que tenían que hacer, mejor cojamos esta reacción y vayamos en esta dirección que posiblemente nos pueden salir por ahí’. Por esa sugerencia, iniciamos la caminata porque hacia ese punto yo conocía y era la única ruta de salida del lugar; pero no sabía que esa decisión me cambiaría la vida.

Eran como las siete de la noche más o menos. Yo conocía y sabía que era la única salida que comunicaba varias veredas, siendo este, el último barrio de Florencia y zona rural por excelencia. Cuando llegamos a un punto, yo le dije a mi Coronel Mendoza ‘lleguemos hasta aquí, mi Coronel, no avancemos más porque hasta aquí conozco’. Sin embargo, él me dijo con voz segura ‘bajemos un poquito más’ y yo respondí ‘bueno mi Coronel, pero hasta donde tengamos visibilidad’. Habíamos dejado unos 20 policías custodiándonos y solo nos habíamos movido unos pocos metros, pero mi Coronel caminó un poco más, como a un metro mío.

Yo alcanzaba a verle el chaleco, cuando de un momento a otro comencé a escuchar muchos disparos y no lo pude ver. Mi primer pensamiento fue ‘lo mataron’ y corrí a buscarlo pero en ese momento algo pasó, sentí un fuerte calor en mi pierna como a la altura de la cadera y caí, sentí que no podía mover de mis piernas hacia abajo, puse la pistola en mi pecho, tomé el radio y empecé a pedir apoyo, diciendo que estaba herido, que por favor llegaran que el Teniente Roa sabía mi ubicación.

No sabía qué había pasado, no pude saber en qué lugar me habían herido claramente y tampoco cuánto tiempo pasó. Cesaron los disparos, no pude ver a nadie, ni siquiera a los que había dejado en la parte alta porque siempre estuve consciente.

Luego de ese momento eterno, sentí una mano que me agarró del pecho y me dijo: ¡Villamil, no se mueva, ya vengo por usted! Sentí un poco de paz, era la voz de mi Coronel Mendoza. ¡Estaba vivo! Me quedé esperando en el suelo que no me pasara nada más, no pasó mucho tiempo cuando sentí que tres personas me alzaron para llevarme al hospital más cercano y el dolor era tan fuerte que no sentía las piernas. Me imaginé de todo”.

Sin duda, momentos como esos de incertidumbre y de desesperación los han sufrido muchos de los policías que estuvieron en zonas difíciles e inseguras del país, lugares donde cada día es incierto y no se tiene la certeza de saber si será la última vez que se tenga comunicación con la familia. Allí es donde las familias y las ganas de vivir son el único medio para seguir sirviendo a la comunidad y al país. **¿Qué sucedió posterior al verse en un momento tan difícil?**

“El dolor era muy fuerte, todavía lograba escuchar los disparos y no sabíamos de dónde provenían, pero varios de los policías que iban conmigo estuvieron ahí para auxiliarme; recuerdo a Fabio Acevedo, al Intendente Uribe y otros más, quienes me sacaron de allá lo más pronto que pudieron. Algunos ya se encuentran retirados y otros todavía están trabajando.

Recuerdo que salimos de ahí como pudimos. La verdad, estaba mal herido, llegamos a una finca donde me dieron agua y cosas para el dolor. No sentía mi pierna izquierda y no me podía mover, tenía mucho calor en la parte de la cadera, era una cosa impresionante. Pensé que había sido algo superficial.

Habían pasado tres horas desde que me hirieron, y para poder recibir la ayuda, nos comunicamos telefónicamente con el Comandante de Paujil, el Teniente Roa. Eran las 9:30 de la noche cuando llegaron por mí y realizaron una camilla improvisada aplicando todo lo que le enseñan a uno en la Escuela. Al hospital llegamos a las 10:30 de la noche; le pedí el favor a un compañero que llamara a casa y que dijera que me había caído pero que estaba bien, para que no se preocuparan. Me intervinieron quirúrgicamente en

varias ocasiones para tratar de recuperar los tejidos que me habían afectado.

Mi novia, Érika, nacida en Florencia, estuvo desde el primer momento conmigo, apoyándome, ese hecho nos fortaleció como pareja, demostrándonos que en las buenas y en las malas íbamos a estar juntos. Me convencí que era un amor verdadero. Esto unido a las demostraciones de cariño del personal y de la comunidad hicieron que el dolor y el temor fueran más llevaderos”.

Es gratificante saber que fuera de la familia existe una persona que nos ama a pesar de los defectos y debilidades; los compañeros de vida se convierten en apoyo incondicional y nos reafirman en medio de nuestras dificultades. **¿Qué consecuencias dejó este hecho en su vida?**

“Yo siempre soñé con tener una familia numerosa, anhelé una bella esposa que me amara tal y como soy. Doy gracias a Dios por hacer realidad mi tan esperado sueño.

El calor que sentía en la cadera era un impacto de arma de fuego que me había ingresado por mi zona genital. Cuando me dijeron eso, sentí que mis proyectos personales se desvanecían; además de mis heridas físicas, me sentí afectado física y moralmente. Luego de muchas cirugías y la destreza y conocimientos de excelentes médicos, y la gran gestión del área de Sanidad Policial, tuve un proceso de recuperación física y mental rápida; no podía apoyar bien mi pierna derecha porque me había afectado los músculos y caminaba arrastrándola; asistí a muchas terapias y aunque tuve complicaciones, mi novia, hoy día esposa, estuvo ahí para ayudarme y animarme a seguir, pero sobre todo para darme consejos de perdón y reconciliación para tener paz interna. Igualmente, mis padres y hermanos fueron un bastión para haberme recuperado tan rápido. Los pronósticos no se cumplieron y recuperé todas mis facultades físicas y emocionales”.

Muchas veces cuando nos sucede un *impasse* en un lugar, no quisiéramos regresar allí, procuramos evitar el paso por ahí ya que vienen a la mente los recuerdos y

148



Fuente:
Fotografía
suministrada
por el
uniformado.

sentimientos de ese momento, pero ese lugar tiene un significado especial que lo obliga a regresar.

“Aunque muchas personas me lo cuestionan, siempre les digo ‘soy bogotano, pero caqueteño de corazón’ y reafirmo mi convicción de pasar el resto de mi vida allí, porque es un lugar maravilloso, es tranquilo y este lugar me cambió la vida.

Igualmente, hice realidad mi sueño de formar una familia como la que hoy tengo. En Florencia, Caquetá, conocí a mi esposa, Érika; nació uno de mis hijos, Alejandra; fue un momento sublime en mi vida, seguido de otro igual de milagroso, como fue el nacimiento de mi hijo, Juan, pero, sobre todo, este lugar me enseñó a perdonar.

Vendí mi casa en Bogotá para comprar una en este municipio y, actualmente, mis hijos y mi esposa no quieren salir de allí; es un territorio que me trae mucha paz porque luego del suceso tuve la oportunidad de trabajar directamente con las personas que pertenecían a estos grupos diciéndoles que se desmovilizaran, que perdonaran y que existe otro camino de vida por medio de la reconciliación.

Hoy me siento muy contento de lo que soy porque Dios me concedió una bella familia que espero siga creciendo. La Institución me ha dado la posibilidad de crecer profesionalmente. Tengo la oportunidad de contar mi historia para que las personas comprendan que todo tiene un propósito, y que aprendan a través de mi vivencia que perdonar es el mejor medicamento para sanar el alma, que no podemos transmitir a nuestras futuras generaciones sentimientos de rencor y dolor, sino que tenemos la responsabilidad de enseñarles nuestra historia de una manera objetiva e imparcial para que ellos sepan qué fue lo que sucedió y cómo nosotros, los policías, aportamos a la construcción de paz...

Buscar el equilibrio entre los sentimientos y la razón nos hace más fuertes y nos guía en la toma de decisiones acertada”.

149

Epílogo

MAYOR GENERAL

GUSTAVO ALBERTO MORENO MALDONADO

Subdirector General de la Policía Nacional de Colombia

Construir la paz significa conocer la verdad de hechos que entristecieron al país y a la Policía Nacional a través de los ojos, el corazón y la sensibilidad de familiares y amigos que vieron truncados los sueños de un hermano, padre o hijo policía en el contexto del conflicto interno armado, para lanzar un mensaje al mundo entero sobre la trascendencia existencial del ser humano que recubre su humanidad con el uniforme “verde aceituna”, y que en medio del cumplimiento de su deber patriótico ofrendó su vida o parte de ella.

No en vano, hoy la Nación colombiana afronta el reto de aproximarse a los policías víctimas y sus familias desde diferentes perspectivas académicas y/o artísticas para reivindicar el derecho al conocimiento de la verdad, la no repetición de hechos victimizantes y el acceso a la justicia por medio de la reconstrucción de aquellos momentos en los que sus vidas y las de sus seres queridos fueron truncadas y cambiadas para siempre.

En honor a las historias de algunos de los muchos valerosos e insignes policías que dieron todo en cumplimiento del deber, la Unidad para la Edificación de la Paz (UNIPPEP), a través del Área de Historia, Memoria Histórica y Víctimas, construyó este ejercicio narrativo con la participación de la Universidad Jorge Tadeo Lozano, algunos integrantes de la Institución y escritores independientes, quienes utilizaron la pluma y el papel como un medio para contar un momento de

vida que cambió un universo de expectativas y sueños, plasmados mediante una dinámica de investigación, entrevistas personalizadas y reconstrucción de hechos que posibilita la transformación del dolor en una oportunidad de restitución.

Las conversaciones sobre el pasado tuvieron como telón entornos materiales e inmateriales entre los cuales la intimidad de sus hogares o sus lugares de trabajo fueron el fondo de una narrativa, que permitió recuperar la evocación completa del ser humano que vivió en carne propia los dolores de una violencia sin tregua, dejando un legado imprecioso en su familia y en la Institución.

Retomando la expresión sentida de nuestro premio nobel de literatura Gabriel García Márquez que dijo: ‘Olvidar es difícil para quien tiene el corazón, aún abierto por las heridas causadas’ estas 12 crónicas dan un paso más para rescatar los testimonios personales de cada familiar y compañeros de trabajo, de sucesos que no pueden olvidarse, dado el deber moral y la responsabilidad institucional y social de honrar su legado, pero que sirven de apoyo para continuar de una forma u otra un sueño.

Un proyecto que se ejecutó gracias a las herramientas provenientes de la narrativa oral, del arte como mediador de sentimientos, del poder de la palabra testimonial y de asumir los alcances de la definición del Policía como víctima del conflicto interno armado, a fin de establecer una ruta narrativa de sensibilización acerca de los deseos, los sufrimientos, los vacíos, los sueños, la capacidad de superación y las necesidades emocionales de quienes todavía esperan el retorno de sus seres amados o ante la fatalidad de su muerte, evocan su memoria.

A las personas y familias entrevistadas, hoy extendemos un sincero abrazo de acompañamiento a su dolor, pero también de firmeza para continuar en la búsqueda de la verdad, desde el poder transformador del amor, la esperanza y la resiliencia. De hecho, las iniciativas de memoria construidas han permitido dignificar el trabajo de cada funcionario de policía teniendo como premisa el lema: ‘Que el sacrificio hecho por miles de policías colombianos no sea desconocido por las futuras generaciones’.

*¡Honra y tributa a quienes lo han dado todo
por un mejor país!*



www.imprenta.gov.co
PBX (0571) 457 8000
Carrera 66 No. 24-09
Bogotá, D. C., Colombia